biblioteca de patrística

juan crisóstomo

COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS

editorial ciudad nueva

Juan Crisóstomo
COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS

El **Comentario a la Carta a los Gálatas** de san Juan de Antioquía, llamado «Crisóstomo» (boca de oro), pone de manifiesto la profunda sintonía espiritual que se daba entre él y san Pablo, cuya persona y escritos se hallan presentes con mucha frecuencia en las obras del obispo de Constantinopla. Así se puede comprobar que en el desarrollo de su ministerio pastoral durante sus años en Antioquía y Constantinopla, san Juan Crisóstomo comentó todas las epístolas paulinas, revelando su intensa atracción por la personalidad y por el mensaje espiritual y teológico del apóstol y resaltando algunos aspectos y actitudes características de su conducta y de sus escritos, tales como la humildad, la sabiduría, la sensibilidad maternal hacia las comunidades cristianas, la firmeza en la defensa de la verdad, la sinceridad de sus palabras, y su compromiso por mantener y salvaguardar en todas partes la integridad del Evangelio.

Este comentario es el primero sobre la Epístola a los Gálatas que se nos ha conservado íntegro de entre las obras exegéticas de los Padres griegos. Asimismo, desde el punto de vista de su estructura se diferencia de los demás comentarios de nuestro autor a las cartas paulinas, en que nos ha llegado no en forma de homilías, sino como un comentario continuo al texto del apóstol, aunque probablemente su origen se encuentre en la predicación al pueblo.

La presente edición es la primera traducción íntegra al castellano del **Comentario a la Carta a los Gálatas.** Su lectura pone de manifiesto la actualidad y eclesialidad de esta obra, toda ella impregnada del lenguaje vivo y preciso del gran orador que fue san Juan Crisóstomo.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

34

Juan Crisóstomo

COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS

Introducción y notas de Sergio Zincone
Traducción del griego de Isabel Garzón Bosque

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1996, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-14-0
Depósito Legal: M-36455-1996

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Printing 10

INTRODUCCIÓN [1]

1. *Juan Crisóstomo y san Pablo*

Cuenta Jorge de Alejandría en el c. 27 de su *Vida de Juan Crisóstomo* [2] que cierto día, Proclo [3], que se había acercado a la puerta de la habitación de Crisóstomo, lo vio escribiendo mientras a su lado el apóstol Pablo le hablaba acercándose a su oído derecho. Esa

1. Respecto a la vida de san Juan Crisóstomo, véanse las breves anotaciones de Alberto Viciano en el volumen 15 de esta misma colección de textos patrísticos: JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Evangelio de san Juan*, Ciudad Nueva, Madrid 1991, pp. 7-12. De fundamental importancia sigue siendo la biografía crisostomiana de C. BAUR, *Der heilige Johannes Chrysostomus und seine Zeit*, Münich 1929-1930 (2. vols.). Interesante es también el trabajo de A. MOULARD, *St. Jean Chrysostome. Sa vie. Son oeuvre*, Paris 1941. Sobre el ambiente de la actividad pastoral y literaria de Juan Crisóstomo, se pueden consultar provechosamente: A. J. FESTUGIÈRE, *Antioche païenne et chrètienne: Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, Paris 1959; A. FERRARI, *Las dos ciudades cristianas de San Juan Crisóstomo: Antioquía y Constantinopla*, en «Boletín de la Real Academia de la Historia» (1966) pp. 25-105; O. PASQUATO, *Gli spettacoli in S. Giovanni Crisostomo. Paganesimo e Cristianesimo ad Antochia e Constantinopoli nel IV secolo*, Roma 1976.

2. Véase el texto en F. HALKIN, *Douze récits byzantins sur saint Jean Chrysostome*, «Subsidia Hagiographica» 60, Bruselas 1977, p. 144.

3. Es incierta la identificación de este Proclo; cf., al respecto, F. HALKIN, *op. cit.*, p. 143, n. 40.

narración es ciertamente sintomática de la inmediatez, por así decir, plástica con la que ya el antiguo biógrafo percibía la estrecha relación, la profunda sintonía espiritual que Juan Crisóstomo sentía correr entre él y Pablo, cuya figura y escritos están presentes con extraordinaria frecuencia y con una particular predilección en las obras del obispo de Constantinopla, como fácilmente puede notarse incluso con una rápida lectura de las mismas [4]. En el curso de su ministerio pastoral antioqueno y constantinopolitano, Juan Crisóstomo comentó todas las epístolas paulinas, incluida la *Carta a los Hebreos*, demostrando una fuerte simpatía y un profundo entusiasmo hacia la personalidad y el mensaje espiritual y teológico del apóstol. A ese propósito, basta con leer las páginas finales del *Comentario a la Carta a los Romanos* en el que Pablo es representado con términos y expresiones que alcanzan tonos de intenso lirismo [5]. Refiriéndose expresamente a ese comentario, Isidoro de Pelusio observaba que si el apóstol hubiera usado la lengua ática para interpretarse a sí mismo, no lo habría hecho de manera distinta a como lo hace Crisóstomo [6].

Recuérdese, además, que muchas de las homilías dedicadas por nuestro autor a comentar pasajes del Nuevo Testamento, recurren a textos paulinos, extraídos sobre todo de las cartas a los Romanos y a los Corintios [7]; por otra parte, el más célebre panegírico compuesto por

4. Para las referencias a Pablo, cf., vg., el índice crisostomiano ofrecido por PG 64, 335-344. Son muy abundantes las citas de textos paulinos en las obras crisostomianas: cf. C. BAUR, *op. cit.*, vol. I, p. 261

5. *In Rom. hom.* 32, 2-4; PG 60, 678-680.

6. *Ep. lib.* V, 32; PG 78, 1348A.

7. PG 51, 155-371.

Crisóstomo se puede considerar el constituido por las siete homilías *De laudibus s. Pauli*, en las que con frecuencia se subrayan la humildad y la mansedumbre del apóstol, su ardiente amor por Cristo y su superioridad sobre los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento[8]. Respecto a esas homilías, Aniano de Celeda, que las tradujo al latín, dice que en ellas no sólo se describe a Pablo, sino que se le presenta casi como resucitado, para ofrecer de nuevo un ejemplo de perfección[9].

Ese mismo juicio puede aplicarse también al *Comentario a la Carta a los Gálatas*, objeto de la presente publicación. De él emerge un retrato vivo y elocuente del apóstol, a quien Crisóstomo, siguiendo los cánones de la Retórica antigua[10], se dirige con frecuencia en su discurso de modo personal, como si se tratara de un interlocutor directo, con lo que consigue conferir una gran viveza e inmediatez a sus argumentaciones. En el curso de la traducción se hará notar ese procedimiento, que testimonia la ferviente admiración de nuestro autor hacia san Pablo y su profundo esfuerzo por penetrar en su pensamiento. Con todo, me parece oportuno señalar ya desde ahora algunos aspectos y actitudes del apóstol que Crisóstomo pone de relieve con mayor frecuencia, tales como la humildad, la sabiduría, la sublimidad evangélica, los sentimientos maternos hacia la propia comunidad, la firmeza en la verdad, amada y defendida en cualquier circunstancia, la concisión en el hablar, el sabio método pedagógico, en el que dulzura y energía, mansedumbre y severidad se

8. PG 50, 475ss.

9. PG 50, 471*-472*.

10. Sobre este punto, cf. A. CIOFFI, *Eredità filosofica e retorica (diatriba e sentenza) nel «quod nemo laeditur nisi a seipso» di Giovanni Crisostomo*, Bari 1979.

alternan con equilibrio, la condescendencia hacia la debilidad de sus interlocutores, el empeño por salvaguardar siempre la integridad del evangelio. Particular relieve da Crisóstomo a la relación entre Pablo y Cristo, que lo había llamado personalmente, obrando su repentina conversión. Con conmovidos acentos, nuestro autor destaca la voluntad del apóstol de conformarse por entero al ejemplo y la enseñanza del Señor, de asemejarse cada vez más a la Pasión de su Maestro, según el misterio de la Cruz, culmen de la solicitud divina hacia la humanidad (*Comm. in Gal.* VI, 4, PG 61, 680; I, 2, PG 61, 615 y III, 1, PG 61, 649). Crisóstomo puede afirmar, por consiguiente, que hablar de Pablo equivale a hablar de Cristo, inspirador de su alma (*Comm. in Gal.* I, 7, PG 61, 624), iluminada por la revelación y llena del Espíritu (*ibid.*, I, 9, PG 61, 628).

2. *La estructura del comentario*

El comentario crisostomiano a la *Carta a los Gálatas*, el primero que se nos ha conservado íntegro de entre las obras exegéticas de los Padres griegos sobre esa epístola [11], desde el punto de vista estructural se diferencia de los demás comentarios de nuestro autor a las cartas paulinas en que nos ha llegado no en forma de homilías, sino como un comentario continuo al texto del apóstol, aunque probablemente debe sospecharse que su origen estribe en la predicación al pueblo. De ello

11. Han quedado algunos fragmentos de los comentarios de ORÍGENES (PG 14, 1293A-1298A, en traducción latina) y de EUSEBIO DE EMESA (en K. Staab, *Pauluskommentare aus der griechischen Kirche aus Katenenhandschriften gesammelt und herausgegeben*, Münster i. W. 1933, pp. 46-52).

tenemos un ejemplo significativo en un pasaje, relativo a Ga 1, 15-16, muy interesante también porque aporta algunos elementos útiles en orden a la identificación del lugar y la fecha de composición del comentario en cuestión. Juan Crisóstomo, refiriéndose a la tardía vocación del apóstol, observa, dirigiéndose directamente a su auditorio: «Quizá esperabais que os explicara por qué no lo llamó con los doce. Sin embargo, para no alargar el discurso apartándome de lo que es urgente, ruego a vuestra caridad que no esperéis conocerlo todo de mí, sino que lo busquéis por vosotros mismos y que le pidáis a Dios que os lo manifieste. Pronunciamos un discurso sobre este tema cuando tratamos la cuestión del cambio de nombre y la razón por la que, llamándose Saulo, fue llamado Pablo. Si lo olvidasteis, leyéndolo llegaréis a su conocimiento» (*Comm. in Gal.* I, 9, PG 61, 627).

Nuestro autor se refiere aquí a un conjunto de homilías sobre el cambio de nombre de Pablo y de otros personajes bíblicos, pronunciadas en Antioquía durante el tiempo pascual del 388 [12]. Esa parece ser la única indicación suficientemente cierta para poder situar cronológicamente el *Comentario a la Carta a los Gálatas* en el período antioqueno de la actividad literaria y pastoral de Crisóstomo y, más exactamente, entre el 388 y el 397, año este último de su elevación a la sede episcopal de Constantinopla. Que ese comentario haya sido redactado en Antioquía puede ser confirmado también por la insistencia con que nuestro autor estigmatiza continuamente el comportamiento de muchos cristianos judaizantes de su tiempo (*Comm. in Gal.* I, 7, PG 61, 623 y II, 6, PG 61, 643), que eran muy numerosos y

12. Cf. C. BAUR, *op. cit.*, vol. I, p. 235.

combativos precisamente en Antioquía y con los que mantuvo una larga polémica [13].

3. *Ley y fe*

El tema de la relación entre ley y fe, punto central de la *Carta a los Gálatas*, es ampliamente desarrollado por Crisóstomo en su comentario según una doble perspectiva fundamental, que tiene presente tanto la insuficiencia, la incapacidad de la ley para conferir por sí misma la salvación, cuanto su inserción, dentro de límites bien precisos, en el plan providencial divino ordenado a la fe y la misión del Salvador. De aquí procede una visión dinámica y unitaria del problema, en la que todos y cada uno de los aspectos son tomados en consideración, sin esquematizaciones ni simplificaciones unilaterales. La ley, observa agudamente el Crisóstomo, por una parte hizo el pecado más evidente, mientras que por otra no tuvo fuerza para librar de él y poner fin a la ira divina (*Comm. in Gal.* I, 4, PG 61, 617). Ante la fe, remedio eficaz y camino asequible para obtener la justificación, la ley se manifiesta en toda su pobreza y debilidad: no es a través de aquélla como se posee al Espíritu, sino merced a la gracia (*Comm. in Gal.* VI, 4, PG 61, 680). Seguir manteniendo la necesidad de la ley para la salvación significaría, por tanto, hacer superflua la muerte de Cristo, hacer

13. Véanse al respecto las ocho homilías *Adversus Iudæos*, pronunciadas en Antioquía en torno al 386-387; cf. M. SIMON, *La polémique antijuive de S. Jean Chrysostome et le mouvement judaïsant d'Antioche*, en «Mélanges F. Cumont», I, Bruselas 1936, pp. 403-421, reeditado en «Recherches d'histoire judéo-chrétienne», París 1962, pp. 140-153.

vano su sacrificio redentor (*Comm. in Gal.* II, 8, PG 61, 648). Sería como si se recurriera a una lámpara tras haber contemplado el sol o como si se volviera a la leche, después de haber probado los alimentos sólidos (*Comm. in Gal.* III, 2, PG 61, 649).

En cualquier caso, eso no quiere decir que se formule un juicio intrínsecamente negativo sobre la ley, como si fuera una realidad de por sí mala. Ésta, cuyo origen Crisóstomo hace remontar a Cristo mismo, mediador entre Dios y los hombres y dueño de abrogarla una vez llegado el momento oportuno, ha desarrollado en la historia de la salvación una importante función propedéutica y pedagógica de enseñanza, de guía, de contención de las transgresiones, desenmascarando y, al mismo tiempo, desvelando los pecados de cada uno y, por eso mismo, haciendo nacer de esa conciencia el deseo de redención, la disponibilidad hacia la misión de Cristo, médico de la miseria moral de la humanidad (*Comm. in Gal.* III, 5, PG 61, 655). Nuestro autor entiende en este sentido Ga 3, 24, donde se aplica a la ley la figura del pedagogo.

Con la venida del Hijo de Dios entre los hombres, se termina el papel de la ley. Ésta, que frenaba las pasiones mediante el temor y sólo podía mandar que se evitara el pecado, sin tener fuerza para eliminarlo de raíz, debe ceder su lugar a la era del Espíritu y de su gracia, cuyo advenimiento, por otra parte, ha preparado, esencialmente mediante su acción de contención del pecado (*Comm. in Gal.* V, 6, PG 61, 672). La profunda diferencia entre el efecto del Espíritu en el alma del que lo posee y el efecto de la ley es sintetizada por Crisóstomo en un pasaje muy significativo: «Efectivamente, el que no se irrita ¿por qué necesita escuchar *No matarás* ? El que no mira con ojos libertinos, ¿para qué necesita la enseñanza de no cometer adulterio?

¿Quién habla del fruto de la maldad con el que arranca su misma raíz?» (ibid.).

No hay ya, por consiguiente, necesidad de las prescripciones de la ley, la cual invita a superarla y trascenderla, como nuestro autor pone en evidencia, sobre todo a propósito de Ga 2, 19 (*Comm. in Gal.* II, 7, PG 61, 645). La fe basta para dar el Espíritu y, por su medio, la justificación y muchos y grandes bienes (*Comm. in Gal.* V, 2, PG 61, 666). La superación de la ley, la liberación de su esclavitud por obra de Cristo, significan para el creyente un crecimiento espiritual, una potenciación cualitativa de toda su existencia. La libertad del cristiano, celebrada por Pablo en el capítulo V de la *Carta a los Gálatas*, lejos de constituir un pretexto o una coartada para el desorden moral sin ningún freno, representa, por el contrario, la ocasión de elevarse a un sistema de vida superior, a aquella «filosofía» más grande que se identifica con el cristianismo auténticamente vivido y sobre la cual tanto insiste el Crisóstomo. Maestro perfecto de tal filosofía es el amor, yugo mucho más poderoso y eficaz y al mismo tiempo más ligero y suave que el de la ley, que encuentra en él su verdadero cumplimiento y su plena realización (*Comm. in Gal.* V, 6, PG 61, 674 y V, 4, PG 61, 670).

4. *Aspectos polémicos*

Muchos son los apuntes polémicos de Juan Crisóstomo, referidos a herejes de diversas tendencias, comenzando por los arrianos [14], contra los cuales, sobre

14. Contra los arrianos más radicales, los anomeos, nuestro autor compuso en Antioquía, en los años 386-387, cinco homilías

todo a propósito de los primeros versículos de Ga 1, establece firmemente la igualdad de naturaleza entre el Padre y el Hijo, su pareja dignidad divina y la unidad de su operación, su voluntad común en todo [15], su recíproca revelación y glorificación (*Comm. in Gal.* I, 9, PG 61, 628). También del Espíritu Santo es afirmada la dignidad divina pareja, mediante la armonización de algunos textos escriturísticos (*Comm. in Gal.* I, 2, PG 61, 614). Es interesante notar cómo nuestro autor, sobre todo en la polémica antiarriana, estigmatiza enérgicamente el método de los herejes de examinar cada pasaje de la Escritura, con independencia de su contexto, hasta encontrar respaldo para sus posiciones doctrinales. Es ésa una preocupación constante de Crisóstomo que insiste en subrayar que su disensión con los adversarios no proviene, como podrían pensar algunos, de la afición a las polémicas ni del deseo de poder, sino del hecho de que quedan corrompidas verdades inefables y de que de sus afirmaciones se deduce que el Dios es una criatura (*Comm. in Gal.* I, 6, PG 61, 622-623). De ahí la exigencia de desarraigar el error desde su nacimiento, sin transigir cuando se trata de la verdad.

Otro aspecto muy relevante de la polémica antiherética de Crisóstomo atañe a su controversia con el maniqueísmo particularmente difundido en Siria en el siglo IV. De esa doctrina, nuestro autor, en el curso del *Comentario a la Carta a los Gálatas*, refuta específicamente la concepción negativa de la vida en este mundo y de la materia, sobre todo por lo que toca al cuerpo humano. Refiriéndose a una errónea interpretación de

sobre el tema de la incomprehensibilidad de la naturaleza divina.

15. Cf., al respecto, también *In Mt. hom.* 24, 1 (PG 57, 321); *In Io. hom.* 39, 4 (PG 59, 225-226).

Ga 1, 4, donde el apóstol habla del perverso siglo presente del que Cristo nos ha librado, Crisóstomo insiste sobre el hecho de que en ese pasaje no se habla de la vida, como si fuera en sí mala, sino de la voluntad corrompida, el mal comportamiento del hombre, fruto de una decisión suya autónoma de alejarse del bien y volverse hacia la iniquidad (*Comm. in Gal.* I, 4, PG 61, 618). Pablo, observa nuestro autor, en el pasaje de Flp 1, 22-23, muestra que aprecia y alaba la vida presente, que es para él ocasión de dar fruto. Cristo mismo no ha venido para hacernos salir de ella, sino, para dejándonos en el mundo, hacernos dignos de la vida en los cielos (*ibid.*). Es absurdo, por tanto, considerar intrínsecamente mala la vida presente en la que, exclama Crisóstomo con conmovido acento, «hemos conocido a Dios, en la que hemos reflexionado sobre lo venidero, en la que han nacido ángeles de hombres y nos complacèmos en las potencias celestes» (*ibid.*, PG 61, 619). Ciertamente, con frecuencia nuestro autor pone de relieve en sus obras la inestabilidad, la incertidumbre, la precariedad de la vida presente respecto a la futura que representa la meta a la que debe tenderse incesantemente [16]. Sin embargo, es igualmente verdadero que para él, y el *Comentario a la Carta a los Gálatas* es una clara prueba de ello, es posible, si se quiere, alcanzar provecho no sólo del siglo futuro, sino de éste presente [17], con tal de que se quiera vivir de modo conveniente y se aprovechen las oportunidades concedidas por el Señor.

16. Entre los muchos ejemplos que se podrían aducir al respecto, cf. *Ad pop. Antioch. hom.* 6, 4 (PG 49, 86); *In Hebr. hom.* 5, 4 (PG 63, 51); *In I Tim. hom.* 11, 2 (PG 62, 556).

17. Cf. *Ad Theod. laps.* II, 5; PG 47, 315.

El pasaje de Ga 5, 17ss., en que el apóstol contrapone los deseos de la carne a los del espíritu, las obras de la carne al fruto del espíritu, ofrece a Crisóstomo la ocasión para detenerse largamente sobre el tema antropológico de la relación entre alma y cuerpo, para mostrar su íntima armonía y el servicio recíproco. Tras haber reafirmado la bondad intrínseca del cuerpo en cuanto obra de Dios creador (*Comm. in Gal.* V, 3, PG 61, 668-669), nuestro autor se preocupa de refutar el presunto dualismo ontológico entre alma y cuerpo que se encontraría en el mencionado texto paulino, mostrando con numerosas referencias escriturísticas que los términos usados por el apóstol no indican una radical separación entre la «carne», en el sentido de cuerpo, y el «espíritu», en el sentido de alma, sino la oposición entre el bien y el mal, la virtud y la maldad que se enfrentan en el hombre (*Comm. in Gal.* V, 5, PG 61, 671-672). En ese mismo párrafo Crisóstomo recoge palabras muy eficaces sobre el mutuo servicio que se hacen cuerpo y alma. La oposición, por tanto, no tiene lugar entre ellos, sino entre el comportamiento humano bueno y el malo, en los que el cuerpo es siempre instrumento del alma y puede ser dirigido al bien o al mal. En ese contexto, la referencia paulina al «pneuma» indica, en el análisis crisostomiano, la gracia de Dios, fruto de su benevolencia y operante en el hombre por medio de su Espíritu, cuya función consiste en robustecer el alma y ayudarla a servirse convenientemente del instrumento del cuerpo [18]. En la visión antropológica de Crisóstomo la intervención de la gracia es, por tanto, necesaria para que se puedan cumplir las buenas acciones,

18. Véase también al respecto *In Eph. hom.* 5, 4; PG 62, 41.

junto con el concurso de la voluntad que deriva de la disposición interior del hombre.

Contra los marcionitas que admitían un solo Evangelio, el de Lucas, y eso con alteraciones y mutilaciones, nuestro autor, a propósito de Ga 1, 6-7, determina el criterio de valoración de la unidad del evangelio no en el número de los autores, sino en la armonía de sus afirmaciones y en la precisión de la doctrina (*Comm. in Gal.* I, 6, PG 61, 621-622). Podemos, además, encontrar una alusión a los novacianos, contra los que el Crisóstomo pronunció una homilía específica [19], en su rápida polémica contra quienes negaban la penitencia. A ellos opone Ga 3, 4, donde Pablo deja abierta la posibilidad de que sus interlocutores vuelvan en sí y se recuperen del error en que habían incurrido (*Comm. in Gal.* III, 2, PG 61, 650). Invitaciones a no desesperar de la salvación, a tener confianza en la ayuda del Señor, aparecen, por otra parte, en diversos pasajes del *Comentario a la Carta a los Gálatas*, como cuando nuestro autor recuerda la experiencia personal de Pablo y su llamada divina (*Comm. in Gal.* I, 9, PG 61, 628).

Se ha señalado ya anteriormente que Crisóstomo procura denunciar la persistencia de algunas prácticas judaizantes, como la observancia del sábado y del ayuno, en la comunidad cristiana de su tiempo. Con expresiones enérgicas, pone de relieve lo absurdo de la actitud de quien, a pesar de haberse revestido de Cristo y de haber sido hecho miembro del Señor, «permanece aún en torno a la ley», como si ésta conservara vigor y eficacia y la fe fuera débil e incapaz de por sí para salvar (*Comm. in Gal.* II, 6, PG 61, 644). Al mismo tiem-

19. *Hom. VI ad Catharos*; PG 63, 491-494.

po nuestro autor polemiza duramente contra la supervivencia en algunos cristianos de ciertas costumbres paganas y de una concepción fatalista de la vida que acababa por bloquear cualquier esfuerzo por el progreso moral y hacía caer bajo la engañosa tiranía del destino (*Comm. in Gal.* I, 7, PG 61, 623). En esa polémica antifatalista, que se encuentra a menudo en los escritos crisostomianos, a veces fundida con la antimaniquea [20], es constante el empeño por salvaguardar las legítimas prerrogativas del libre arbitrio contra cualquier forma de determinismo moral.

5. *El lenguaje*

También en el *Comentario a la Carta a los Gálatas* puede comprobarse cómo el lenguaje de Juan Crisóstomo es extraordinariamente vivo, concreto, inmediato y apto para mantener continuamente la atención de quien lo lee o escucha, como si lo fuera envolviendo personalmente en las distintas fases del discurso y apelara a su sensibilidad más que a un compromiso intelectual y especulativo. Eso, por otra parte, es conforme con la pretensión eminentemente pastoral y ética de nuestro autor. Se ha hecho ya referencia anteriormente a la frecuencia con la que nuestro autor emprende un diálogo con el mismo apóstol Pablo, interrogándole, incluso apostrofándolo vivamente a veces y pidiéndole explicaciones de determinadas expresiones que le han conmovido de manera especial o que parecen suscitar, en una primera lectura, dudas y perplejidad.

20. Cf. la homilía *In illud, Domine, non est in homine via eius* (PG 56, 153-162); *In Mt. hom.* 26, 5-6 (PG 57, 340).

Esa vivacidad e inmediatez del lenguaje se manifiesta de manera particular en una gran variedad de imágenes, de metáforas, de comparaciones que Crisóstomo extrae, en primer lugar, de su formación clásica y de su familiaridad asidua con la Sagrada Escritura, pero que a menudo reelabora original y personalmente, infundiendo nuevas linfas en el patrimonio heredado de la tradición [21]. En el *Comentario a la Carta a los Gálatas* tales imágenes se inspiran de vez en cuando en la medicina, en el cuerpo humano, en la terminología militar y atlética, en los edificios, el fuego, la luz, las semillas y la cosecha, el mar, los animales. Al leer la presente traducción podrá percibirse la multiplicidad de formas en las que se expresa el lenguaje metafórico y comparativo de Crisóstomo. En algunos casos es la misma epístola paulina la que da la ocasión para desarrollar sus imágenes, como cuando compara al apóstol con una madre temerosa por sus hijos, y los amargos sufrimientos de Pablo a los dolores del parto (*Comm. in Gal.* IV, 2, PG 61, 660). Así, a propósito de Ga 6, 7-8, donde Pablo afirma que el hombre recogerá lo que haya sembrado, Crisóstomo, tras haber observado que no es posible cosechar trigo si se siembra cebada, pues la simiente y el fruto pertenecen al mismo género, continúa ampliando el discurso metafórico: «Sembraste misericordia, te aguardan los tesoros de los cielos y la gloria eterna; sembraste templanza, te espera honor, recompensa, los elogios de los ángeles y las coronas del juez del certamen» (*Comm. in Gal.* VI, 2, PG 61, 677).

Es necesario tener presente que el recurso por parte de Crisóstomo a expresiones e imágenes concretas, ricas

21. Sobre las metáforas y comparaciones crisostomianas, cf. el interesante y puntual estudio de H. DEGEN, *Die Tropen der Vergleichung bei Johannes Chrysostomus*, Olten 1921.

en metáforas y comparaciones, no es un expediente literario, fin en sí mismo, sino que resulta funcional en el tipo de discurso que pretende desarrollar de modo que sea más fácil y eficazmente comprendido y pueda mejor fructificar en el ánimo de los oyentes. Él, por otra parte, intuye ese método ya en el modo de expresarse del apóstol Pablo y también en la Escritura veterotestamentaria, cuyo lenguaje lleno de imágenes, frecuentemente extraído del uso común, permite, incluso a las personas menos agudas, comprender el mensaje salvífico en él contenido (*Comm. in Gal.* III, 4, PG 61, 653).

* * *

Al traducir el comentario crisostomiano a la *Carta a los Gálatas* hemos seguido preferentemente el texto presentado por PG 61, col. 611-682, que retoma la edición de B. de Montfaucon, numerosas veces reeditada en diversos momentos. En los casos en que el texto presenta lecturas dudosas o lagunas, hemos consultado también las ediciones de H. Saville [22] y de F. Field [23]. Hemos examinado además el *cod. Vat. gr. 551* (de los siglos X-XI), conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana. A todos esos textos se hará referencia en nota de vez en cuando, especialmente cuando la elección de determinadas lecturas requiera una discusión más específica.

22. T. III de la *Opera omnia* crisostomiana, Eton 1612, pp. 709-763.

23. Este estudioso ha preparado la edición crítica de los comentarios crisostomianos a las cartas paulinas; el *Comentario a la Carta a los Gálatas* se encuentra en el vol. IV, Oxford 1852, pp. 1-103.

Juan Crisóstomo

COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS

CAPÍTULO I

Pablo, apóstol no de hombres ni por hombres[1], *sino por Jesucristo y por Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos, y todos los hermanos que conmigo están, a las iglesias de Galacia: la gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo* [2].

Pablo sobre las huellas de Cristo

1. Energía y una fuerte tensión espiritual rebosan en el proemio, pero no sólo en el comienzo, sino también, por así decirlo, en toda la carta. No sería lo pro-

1. El texto aportado por Juan Crisóstomo presenta el plural (por medio de los hombres), en lugar del singular (por medio del hombre). Con respecto a las citas crisostomianas de las cartas paulinas, véase el interesante estudio de S. K. GIFFORD, *Pauli epistolas qua forma legerit Joannes Chrysostomus*, Halis Saxonum 1902.

2. Ga 1, 1-3. El término Galacia designaba una región, situada en el centro de Asia Menor (actual Turquía), colonizada en el 278/277 a.C. de población gala, poco a poco helenizada. Con el mismo nombre se denominaba a una provincia romana, más allá de la región mencionada, constituida por otros territorios como la Pisidia, Isauria, Paflagonia, parte de la Licaonia y de Panfilia. De cualquier forma, es posible que la carta escrita por Pablo fuese dirigida a la comunidad cristiana de la región gálata, evangelizada por él durante el segundo viaje misionero (cf. Hch 16, 6).

pio de un maestro, sino de un corruptor y de un enemigo, dirigirse constantemente a los discípulos con suavidad, aunque lo que necesitaran fuese dureza. Por eso el Señor, cuando conversa amistosamente con sus discípulos, hay casos en los que emplea un tono más severo, y así, unas veces les llama dichosos, y otras les hace reproches. Cuando habla con Pedro, por ejemplo, le dice: *Bienaventurado tú, Simón Bar Jonás* [3], y luego de prometerle colocar los fundamentos de la Iglesia sobre su profesión de fe [4], no mucho después, le dice: *Apártate de mí, Satanás, eres un escándalo para mí* [5]. En otro momento también les dice: *¿Tampoco vosotros entendéis?* [6]. Y tan grande fue el temor que les infundió, que Juan, incluso, señaló que, al verle hablar con la mujer samaritana, le insistían en que comiera [7]: *Ninguno se atrevió a preguntarle: «¿Qué hablas?» o «¿Qué quieres?»* [8].

Pablo, que seguía las huellas del Maestro, lo aprendió así: adaptaba el discurso a la necesidad de sus discípulos: ora cauterizaba y cortaba, ora aplicaba los remedios convenientes. A los Corintios les decía: *¿Qué preferís?, ¿que me dirija a vosotros con vara, o con amor y con espíritu de mansedumbre?* [9]. Y a los Gálatas: *Insensatos Gálatas* [10], y no en una, sino en dos ocasiones, les reprendió de ese modo [11]. Al final de la carta les

3. Mt 16, 17.
4. Cf. Mt 16, 18.
5. Mt 16, 23.
6. Mt 15, 16.
7. Cf. Jn 4, 31.
8. Jn 4, 27.
9. 1 Co 4, 21.
10. Ga 3, 1.
11. El reproche es repetido en Ga 3, 3: *¿Tan insensatos sois?*

reprochaba diciendo: *Nadie me ocasione sufrimientos* [12]. Cuida el tono del discurso también cuando les dice: *Hijos míos, por los que de nuevo sufro dolores de parto* [13] y en otras muchas expresiones semejantes. Es evidente a todos, incluso desde la primera lectura, que la Carta está llena de fuerza.

Razones de la composición de la carta

Preciso es señalar qué es lo que le produjo irritación contra sus discípulos. No se trata de algo nimio ni sin importancia, de lo contrario no les hubiera censurado de esa forma. Irritarse por cualquier motivo es propio de hombres mezquinos, obstinados y miserables, de la misma manera que arredrarse ante asuntos de importancia lo es de muy indolentes y perezosos. Pablo, sin embargo, no era así. ¿Qué le turbaba? Algo grande y desmesurado separa de Cristo a todos éstos [14], como él mismo señala a lo largo del discurso: *He aquí que yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, Cristo no os prestará ningún servicio* [15] y, de nuevo: *Quienes buscáis la justicia en la ley, habéis quedado privados de la gracia* [16]. ¿De qué se trata entonces? Conviene explicarlo con claridad. Los cristianos de procedencia judaica, sometidos al prejuicio del judaísmo, al tiempo que ebrios de vanagloria y deseosos de rodearse de una dignidad de maestros, enseñaron al pueblo de los Gálatas

12. Ga 6, 17.
13. Ga 4, 19.
14. Esto es, de los Gálatas.
15. Ga 5, 2.
16. Ga 5, 4.

la necesidad de circuncidarse y observar el sábado y el novilunio [17]. Al mismo tiempo les decían que no debían tolerar a Pablo ya que abolía estas prescripciones. Sus objeciones eran las que siguen: los que estaban cerca de Pedro, Santiago y Juan, los primeros apóstoles, los que estaban con Cristo, no lo impedían. En efecto, no lo impedían, pero no lo hacían porque lo hubieran prescrito, sino porque condescendían con la debilidad de los cristianos de procedencia judía. Sin embargo, a la hora de predicar al pueblo, Pablo no tenía necesidad de avenirse a esa costumbre. Ahora bien, cuando estuvo en Judea [18], también se acomodó a su voluntad. Sin embargo, los falaces, que no daban explicación alguna por la que ése y aquéllos [19] condescendían, con razonamientos falsos mentían a los más simples. Decían que no era necesario aguantar a Pablo ya que éste se dio a conocer recientemente y aquéllos, en cambio, los que estaban cerca de Pedro, eran los primeros; que éste había sido discípulo de los apóstoles, aquéllos, en cambio, lo eran de Cristo; que éste era uno, y aquéllos muchos y pilares de la Iglesia [20]. Y le difamaban con el argumento siguiente: «ése mismo, el que suprime la circuncisión, parece practicarla en otro lugar y predicaros a vosotros de una forma y de otra a los demás».

Al ver que toda la población era presa de un incendio, que un fuego peligroso amenazaba la Iglesia de los Gálatas, y que el edificio [21] se tambaleaba y corría

17. Para el ritual de la fiesta del novilunio (o luna nueva), cf. Lv 23, 24 y Nm 29, 1-6.

18. Cf. Hch 21, 20ss.

19. Es decir, Pedro, Santiago y Juan.

20. Cf. Ga 2, 9, referido a Santiago, Pedro y Juan.

21. Para la derivación paulina de la metáfora del edificio referida a la comunidad de creyentes, cf. 1 Co 3, 9; Ef 2, 21.

el peligro de desplomarse, movido tanto por una justa ira cuanto por el desánimo –así lo demostró, efectivamente, con las palabras: *Quería estar con vosotros ahora y cambiar mi voz* [22]–, escribe la carta como defensa de esas acusaciones. Así, desde el comienzo, se refiere a cuanto argumentaban los que dañaban su reputación con la afirmación de que otros habían sido discípulos de Cristo y él mismo lo era de los apóstoles. Por eso su comienzo fue: *Pablo, apóstol no de hombres ni por hombres.* Aquellos falaces afirmaban lo que ya él se había adelantado a decir: que era el último de los apóstoles y que aprendió de ellos; que Pedro, Santiago y Juan fueron los primeros que recibieron la vocación, que son los jefes de los apóstoles, y que recibieron la doctrina de Cristo, razón por la cual es preciso obedecer a aquéllos más que a éste [23], quienes, además, no impiden la circuncisión ni la observancia de la ley.

Vocación de Pablo

2. Con éstas y otras afirmaciones semejantes, mientras condenan a éste [24] y ensalzan la gloria de aquéllos [25] sin la pretensión de alabarles, sino sólo de confundir a los Gálatas, les persuadían sin conveniencia alguna a volver la atención a la ley. Naturalmente, comenzó de esta forma. Lo aborda enseguida, desde el proemio, con la afirmación de que él es un apóstol no de hombres ni por hombres, puesto que despreciaron su enseñanza

22. Ga 4, 20.
23. Es decir a Pablo.
24. La referencia es siempre a Pablo.
25. Los apóstoles.

alegando que era de procedencia humana, en tanto que la de Pedro venía de Cristo. Lo bautizó Ananías[26], pero no fue aquél quien lo apartó del error ni lo condujo a la fe, sino Cristo mismo, quien le hizo llegar desde lo alto aquella sorprendente voz[27] con la que lo capturó como con una red. Mientras Él paseaba junto al mar llamó[28] a Pedro y a su hermano, a Juan y a su hermano. A Pablo, sin embargo, lo llamó cuando hubo ascendido al cielo. Y de la misma manera que aquéllos no necesitaron una segunda llamada, sino que dejando las redes y todas las demás cosas, le siguieron enseguida, así también éste, con la primera llamada, ascendió a una alta cumbre, al tiempo que fue bautizado y que emprendió una guerra implacable contra los judíos. De esta forma, aventajó con mucho a los apóstoles, por lo que dice: *Me esforcé mucho más que éstos*[29]. Hasta ahora no ha expuesto este argumento, gusta, por el contrario, de compararse. Su pretensión no es mostrarse a sí mismo como superior a aquéllos, sino eliminar la base del error.

La expresión *no de hombres* era común a todos, ya que la predicación tiene un principio y origen divino. La expresión *ni por hombres* convenía a los apóstoles, pues no los llamó a través de hombres, sino que Él en persona, por sí mismo, los llamó. ¿Por qué no hizo alusión a la vocación y dijo: Pablo no fue llamado por hombres sino por el ministerio apostólico? Porque todo giraba en torno a esa cuestión. Decían que esa ense-

26. Hch 9, 18.

27. Cf. Hch 9, 4ss.

28. Cf. Mt 4, 18ss., en donde se habla de la llamada de Cristo a Pedro, a su hermano Andrés y a los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago.

29. 1 Co 15, 10.

ñanza había sido entregada por hombres, por los apóstoles, y que era preciso que éste los siguiera. Lucas demostró que no fue entregada por hombres con las palabras: *Mientras celebraban la liturgia y guardaban los ayunos en honor del Señor, dijo el Espíritu Santo: separadme a Pablo y a Bernabé* [30]. De donde es evidente que se trata de una potestad del Hijo y del Espíritu Santo. Al ser enviado por el Espíritu Santo, afirma ser enviado por Cristo. Lo manifiesta también en otro punto cuando atribuye al Espíritu Santo lo que es propio de Dios. Al dirigirse a los ancianos de Mileto [31] dice: *Mirad por vosotros y por el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha constituido pastores y obispos* [32]. En otra Epístola, en efecto, afirma: *A los que Dios estableció en la Iglesia, primero como apóstoles, luego como profetas y después como pastores y maestros* [33]. Indistintamente refiere lo propio del Espíritu Santo a Dios y lo de Dios al Espíritu Santo.

Polémica antiarriana

De otra forma cierra también la boca de los herejes [34] al afirmar: *Por medio de Jesucristo y de Dios Padre.*

30. Hch 13, 2.

31. En realidad, se trata de los ancianos de Éfeso convocados por Pablo en Mileto (Hch 20, 17); encontramos más adelante la misma confusión entre los ancianos de Éfeso y Mileto (*Comm. in Ga* IV, 3).

32. Hch 20, 28.

33. 1 Co 12, 28

34. La polémica del Crisóstomo se dirige contra los arrianos, y, en particular, contra la facción más radical, el anomeísmo, del que Eunomio era el exponente principal.

Puesto que afirman que esta expresión [35] ha sido atribuida al Hijo en la medida en que denota inferioridad, observa lo que hace: la refiere al Padre y nos enseña que nosotros no damos leyes a la naturaleza infalible y que no fijamos la medida de la divinidad entre el Hijo y el Padre. A la afirmación: *A través de Jesucristo*, añadió: *También por medio de Dios Padre*. Si con la sola mención del Padre, hubiera dicho: *Por medio del cual* [36], habrían imaginado, quizá con astucia, que la expresión: *Por medio del cual* conviene al Padre y, en consecuencia, las obras del Hijo se refieren a Él. Ahora bien, puesto que nombra al Hijo al mismo tiempo que al Padre, y dado que refiere esa expresión a uno y otro indistintamente, impide que haya lugar para tal razonamiento. Y no lo hace como si atribuyera lo específico del Hijo al Padre, sino que demuestra que esa expresión [37] no introduce diferencia alguna de esencia. ¿Qué podrían añadir entonces los que al pensar en el bautismo lo empequeñecen por el hecho de que se bautiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Si el Hijo es inferior por ser mencionado después del Padre, ¿qué podrían aducir [38] cuando el apóstol, después de comenzar por Cristo, se dirige al Padre? No diríamos, sin lugar a dudas, ninguna blasfemia. No

35. Es decir, la preposición *dià*. Véase la nota siguiente.

36. A este propósito, conviene tener presente que Eunomio, refiriéndose a 1 Co 8, 6, distinguía entre el Padre *del cual* derivan todas las cosas, y el Hijo *por medio del cual* todo existe. Eunomio consideraba el mencionado versículo paulino útil para destacar la diferencia entre el Padre y el Hijo. Sobre este argumento, cf. M. SIMONETTI, *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma 1975, p. 257, n. 13 y 254 (también n. 5).

37. Se refiere siempre a la preposición *dià*.

38. Cf. Ga 1, 1.

es necesario apartarse de la verdad en el momento en el que se entabla una disputa con aquéllos, antes al contrario, aunque ellos una y otra vez se alteren, forzoso es que nosotros conservemos la plenitud de la piedad. De la misma manera que no podríamos decir que el Hijo es mayor que el Padre porque mencionó en primer lugar a Cristo –sería una locura extrema y un exceso de toda impiedad–, así, por nombrar allí [39] al Hijo después del Padre, no es posible que creamos que el Hijo es inferior al Padre.

El beneficio divino

El que lo resucitó de entre los muertos. Pablo, ¿qué haces? Pese a que pretendes conducir a la fe a los judaizantes, no refieres cosa alguna de aquellas magníficas y brillantes que escribías a los Filipenses cuando decías: *El que existe en forma de Dios* [40]*, no consideró un privilegio ser igual a Dios* [41]; o como cuando te dirigías a los Hebreos y gritaste: *Es la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia* [42]; lo que desde el proemio el hijo del trueno [43] proclamó: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios* [44]; lo que, a menudo, Cristo mismo decía a los judíos: que posee el mismo poder que el Padre y la misma

39. En la fórmula bautismal.

40. Para el sentido y la traducción de la expresión *en morphê theoû* (literal *en forma de Dios*), véase J. GNILKA, *La lettera ai Filippesi* (ed. italiana), Brescia 1972, pp. 200ss.

41. Flp 2, 6.

42. Hb. 1, 3.

43. Es decir, Juan. En relación a este epíteto, cf. Mc 3, 17.

44. Jn 1, 1.

autoridad [45]. ¿No mencionas nada de esto? ¿Al eludirlo, recordaste, acaso, la economía de la Encarnación al hablar de cruz y muerte? Su respuesta es afirmativa. Si este discurso fuera dirigido a hombres indiferentes a Cristo, podría decirlo con toda conveniencia. Éstos, sin embargo, se nos enfrentan como si fueran objeto de una venganza por apartarse de la ley. Por tal motivo ha recordado ese asunto por el que elimina la necesidad de la ley, me refiero al beneficio derivado para todos de la cruz y de la resurrección. Decir: *En el principio era el Verbo y existía en forma de Dios y se hacía igual a Dios*[46], y otras cosas semejantes, era propio del que demuestra la divinidad del Verbo y del que no se adapta a las circunstancias. Decir, en cambio, *El que lo resucita de entre los muertos* era propio de quien recuerda lo fundamental del beneficio en favor nuestro, lo que, precisamente, contribuye no poco a lo que expone. Efectivamente, muchos hombres no acostumbran a prestar tanta atención a los discursos que muestran la grandeza de Dios como a los que señalan al beneficio dirigido a los hombres. Por eso evita hablar de aquéllo y centra su discurso en el beneficio en nuestro favor.

De nuevo contra los arrianos

3. Los heréticos responden: he aquí que el Padre resucita al Hijo. Enfermos, afectan sordera respecto a las afirmaciones de la doctrina, sean muy elevadas o poco elevadas: sean sobre la resurrección, sobre honra debida al Padre o sobre cualquier otra consideración, escogen

45. Cf. Jn 5, 17ss.
46. Cf. Jn 5, 18.

estos argumentos. Tras examinarlas una a una, profieren calumnias unos contra otros (no diría que contra la Sagrada Escritura). Gustosamente yo les preguntaría porqué hacen afirmaciones como esas. ¿Acaso porque desean presentar a un Hijo débil y sin capacidad para la resurrección de un solo cuerpo? La fe en Él hizo que incluso la sombra de los que en Él creían resucitara a los muertos [47]. ¿Y Él no fue capaz de resucitarse a sí mismo cuando los hombres que tenían fe en Él, aunque mortales, e incluso con la sola sombra de aquellos cuerpos de barro y de los mantos que rodeaban a esos cuerpos, resucitaban a los muertos? ¿No es una clara falta de juicio y una locura extrema? ¿No le oíste decir: *Destruid este templo y en tres días lo levantaré* [48] y *Tengo poder para ofrecer mi vida y poder para tomarla de nuevo* [49]? ¿Por qué se dice, entonces, que el Padre lo ha resucitado? Porque se afirma que hace todo lo que Él hace [50]. Esto se ha consignado, en realidad, por el honor debido al Padre y por la debilidad de los oyentes.

Y todos los hermanos que conmigo están. ¿Por qué al enviar otras cartas no añadió este detalle? O pone sólo su nombre o menciona a dos o tres. Aquí, en cambio, aludió a la totalidad por lo que no nombró a nadie. ¿Por qué hace eso? Lo acusaban de predicar en solitario y de innovar la doctrina. Deseoso de resolver esta sospecha y de mostrar que muchos convenían con él, agrupó a los hermanos para indicar que cuanto escribe es fruto también de la opinión de aquéllos.

47. Cf. Hch 5, 15.
48. Jn 2, 19.
49. Jn 10, 18.
50. Es decir el Hijo. Se observa cómo Juan Crisóstomo pone de manifiesto la unidad de acción entre el Padre y el Hijo.

A las Iglesias de Galacia. El incendio del error se extendía no sólo a una ciudad, a dos o a tres, sino a la totalidad del pueblo de los Gálatas. Observa también aquí la gran irritación del apóstol. No dijo: «a los apreciados», ni «a los santos», sino: *A las Iglesias de Galacia.* Esta mención, no por la caridad, ni por el título de honor, sino simplemente por la comunidad, sin añadir: «a las Iglesias de Dios», sino simplemente: *A las Iglesias de Galacia,* es típica del que está muy afligido y dolido. No obstante, desde el comienzo se apresura a solucionar el desacuerdo, por lo que también emplea el nombre de Iglesia, pues con ello los conmueve y los conduce a la unidad. En efecto, los divididos en muchas facciones no podrían ser llamados con este nombre, ya que el término Iglesia denota armonía y concordia.

Gracia y paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Ahora precisamente, cuando escribe a los Gálatas, emplea esta expresión. Corrían el peligro de apartarse de la gracia, y por eso les suplica que la recobren de nuevo; entablaron una guerra contra Dios, y ruega a Dios que los conduzca a la paz misma.

De Dios Padre. También en este punto los heréticos son puestos al descubierto: dicen que Juan, en el comienzo de su Evangelio, ha escrito sin artículo [51] la afirmación: *Y era Dios el Verbo* [52] porque presenta a la

51. Con el vocablo *Theòs.* Téngase presente que en *De ecclesiastica theologia,* II, 14 (GCS IV, pp. 114-115), Eusebio distingue, a la manera de Orígenes, entre *ho theòs* = el Padre, y *theòs* = el Hijo. En referencia a Jn 1, 1, polemiza, además, con Marcelo de Ancira, a quien acusa abiertamente de sabelianismo.

52. Jn 1, 1.

divinidad del Hijo como inferior; a su vez, señalan que Pablo, cuando afirma que el Hijo existe en forma de Dios [53], no se refiere al Padre, ya que lo expresa sin artículo [54]. ¿Qué podrían decir, entonces, cuando Pablo dice, no *De Dios* [55], sino *De Dios Padre* [56]? Llama a Dios Padre, no para confundirlos, sino para atacarlos con fuerza y recordarles la causa por la que fueron hijos. No fueron juzgados dignos de este honor por la ley sino por el lavatorio de la regeneración [57]. Por eso, constantemente, y también en el proemio, esparce las huellas del beneficio de Dios al afirmar: vosotros, los esclavos, los enemigos y los que os habéis hecho hostiles, ¿por qué llamáis de pronto Padre a Dios? ¿La ley os concedió generosamente ese parentesco? ¿Por qué, después de abandonar al que os conduce a ese parentesco, corréis de nuevo hacia el pedagogo [58]? Los nombres del Padre y también del Hijo eran suficientes para mostrarles la benevolencia divina. El nombre del Señor Jesucristo, en efecto, examinado con exactitud, muestra toda la benevolencia. Será llamado Jesús –señala– por esto, *Porque salvará a su pueblo de sus pecados* [59], y el nombre de Cristo recuerda, a su vez, la unción del Espíritu. *El que se ha dado a sí mismo por nuestros pecados* [60].

53. Flp 2, 6.

54. Siempre con el término *Theòs* en la expresión *en morphê theoû.*

55. Pablo, señala a Juan Crisóstomo, no emplea la expresión *toû theoû* (con artículo).

56. *Theoû* (sin artículo).

57. Cf. Tt 3, 5.

58. Para la imagen del pedagogo referida a la ley, véase Ga 3, 24-25.

59. Mt 1, 21.

60. Ga 1, 4.

4. Observas que no soportó un servicio propio de esclavos ni impuesto a la fuerza, que no lo recibió de otro, sino que se lo dio a sí mismo, de suerte que, cuando escuches a Juan afirmar que el Padre entregó a su propio Hijo por nosotros [61], no disminuyas por eso la dignidad del Unigénito ni sospeches la existencia de una intervención humana. Lo de que el Padre lo ha entregado, lo dice, no para que pienses en un servicio propio de esclavos, sino para que aprendas que el Padre lo quería así. Pablo también puso de manifiesto esto diciendo: *Según la voluntad de Dios y Padre nuestro* [62], no según un mandato, sino *Según su voluntad*. En efecto, la voluntad del Padre y del Hijo es una: lo que el Hijo quería eso también lo deseaba el Padre.

Por nuestros pecados. Atormentados por innumerables males –señala– y sometidos al peor castigo. La ley no sólo no libertó, sino que condenó, pues en la medida en que evidencia el pecado, no posee fuerza para liberar y acabar con la ira de Dios. El Hijo de Dios, en cambio, hizo posible lo imposible: anuló los pecados, situó a los enemigos en la categoría de amigos y concedió otros innumerables bienes.

Polémica antimaniquea

A continuación dice: *Para librarnos del malvado siglo presente* [63]. Otros herejes [64] aportan esa expresión

61. Cf. Jn 3, 16.
62. Ga 1, 4.
63. Ibid.
64. Juan Crisóstomo polemiza, aunque no explícitamente, con la doctrina maniquea, muy difundida en el siglo IV d.C., sobre todo

para descrédito de la vida presente mediante el testimonio de Pablo. He aquí que –según afirman– ha dicho que el siglo presente es malo. ¿Pero dime: qué es el siglo? Un tiempo con días y horas. ¿Y qué? ¿Es mala, acaso, la extensión de días y el curso del sol? Nadie, aun cuando hubiera perdido la razón podría decir eso. No habló del tiempo –dicen– sino que se refería a la malvada vida presente. Pero esa expresión no significa tal cosa. Además, no se detiene en las palabras sobre las que tú tramaste la acusación. Trazas, sin duda, un camino de interpretación que te conviene. Nos permitirás interpretar esas palabras siempre que nuestra interpretación sea piadosa y lógica. ¿Qué podríamos añadir? Que ningún mal es causa del bien y que la vida presente es motivo de innumerables coronas y premios. El mismo bienaventurado Pablo lo prueba al afirmar: *Si vivir en carne para mí es fruto de trabajo, no sé qué escogeré* [65]. Y una vez que se ha planteado la elección de vivir aquí o morir y estar con Cristo [66], prefiere la vida presente. Si fuera mala, no la habría escogido para sí y ni él ni ningún otro, por mucho que se esforzaran, podrían usarla para un fin bueno. Pues nadie se sirve del mal para el bien, de la lujuria para la tem-

en Siria, que era, en el mundo romano, cabeza de puente de este fenómeno religioso radicalmente dualista. Juan Crisóstomo, a menudo en su obra, combate numerosos errores que observa en el maniqueísmo, tales como la concepción del mal como algo engendrado, la preexistencia de la materia, el rechazo del Antiguo Testamento y otros argumentos semejantes. Por lo que se refiere de forma específica a la polémica sobre el tema de la vida presente, dirigida directamente contra los maniqueos, véase un pasaje significativo en *In Mt. hom.* 55, 6 (PG 58,547).

65. Flp 1, 22.

66. Cf. Flp 1, 23.

planza, de la envidia para la bondad. Cuando Pablo habla del apetito de la carne dice: *No se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios* [67] con lo que quiere significar que la maldad, en tanto maldad, no puede ser virtud. De esta suerte, cuando oigas que el apóstol habla del siglo malo, entiende que se refiere a acciones malvadas, a una voluntad corrupta. Cristo no vino para condenarnos y sacarnos de esta vida, sino para procurar que fuéramos dignos de la vida del cielo dejándonos en este mundo. Por eso, cuando se dirigió al Padre decía: *Ellos están en el mundo y yo voy a ti* [68]. Y también: *No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal* [69], esto es, de la iniquidad.

Si no aceptas esta interpretación, sino que continúas con la afirmación de que esta vida presente es mala, no acuses a los que se suicidan. Como el que se salva a sí mismo de la maldad no merece acusaciones, sino coronas, así el que acaba con su vida mediante una muerte violenta, con la horca o con cualquier otra cosa, según vuestra opinión, no sería justo que fuera acusado. Ahora bien, Dios castiga a éstos más que a los homicidas, y nosotros, naturalmente, nos horrorizamos: si no está bien matar a otros, mucho menos lícito es suicidarse. Si la vida presente fuera un mal, sería preciso coronar a los homicidas ya que nos apartan del mal. Se contradicen además: afirman que el sol es un dios, que también lo es la luna, los adoran como a los promotores de muchos bienes, y, mientras disputan entre sí, hacen afirmaciones. Éstos y otros astros son necesarios en la medida en la que contribuyen a la vida presente,

67. Rm 8, 7.
68. Jn 17, 11.
69. Jn 17, 15.

vida –tal y como afirman– malvada, ya que alimentan a los cuerpos, los hacen resplandecientes y les aportan frutos para su madurez. ¿Cómo éstos que según vosotros son dioses contribuyen en la formación de esta malvada vida? Ni los astros son dioses, ¡imposible!, son obra de Dios, fueron creados para saciar nuestras necesidades ni el mundo es malvado. Sería exacto si me hablaras de homicidas, de adúlteros y de profanadores de tumbas, cuyos pecados no tienen nada que ver con la vida presente, pues no son propios de la vida en la carne sino de una elección corrupta. Si todo eso fuera connatural a la vida presente, como si su destino fuera ése, nadie sería libre ni puro. Date cuenta de que nadie puede sustraerse a las características propias de la vida en la carne. Y ¿cuáles son? Comer, beber, dormir, crecer, tener hambre, tener sed, nacer, morir y similares. Nadie, ni el pecador, ni el justo, ni el rey, ni el plebeyo, pueden evitarlo, sino que todos estamos sometidos a la necesidad de la naturaleza. Así, cuando se comete una vileza, si la naturaleza de la vida destinara a ello, nadie podría evitarlo, como no pueden eludirse las características propias de la vida. No me digas que los que actúan con rectitud son raros, pues no encontrarás a nadie que haya podido sustraerse a las necesidades de la naturaleza. Así nuestro discurso no se verá dañado en nada en tanto pueda encontrar a alguien que haya vivido virtuosamente. ¿Qué dices, infeliz y desgraciado? ¿Es mala, acaso, la vida presente, en la que hemos conocido a Dios, en la que hemos reflexionado sobre lo venidero, en la que han nacido ángeles de hombres y nos complacemos en las potencias celestes? ¿Qué otra prueba hallaremos de vuestra mente perversa y retorcida?

5. ¿Por qué Pablo ha dado el calificativo de malvado al siglo presente? Porque ha usado una expresión

habitual. Nosotros acostumbramos a decir: «he tenido un mal día», y no nos referimos al tiempo concreto, sino a la circunstancia o al momento adverso. Pablo, sin duda, ha empleado esta expresión para reprobar la mala voluntad. Señala, de esta forma, que Cristo nos ha apartado de los pecados pasados y nos ha concedido seguridad ante el futuro. Lo primero, que nos ha apartado de los pecados pasados, lo demuestra cuando afirma: *Se ha entregado a sí mismo por nuestros pecados*, y cuando añade: *Para apartarnos del malvado siglo presente*, nos manifiesta la seguridad con respecto al futuro. La ley no podía nada, ni siquiera en relación a uno de esos dos beneficios. La gracia, en cambio, es capaz de alcanzar ambos.

Antigua y Nueva Alianza

Según la voluntad de Dios y Padre nuestro [70]. Con la afirmación de que también éste es el parecer del Padre, corrige la opinión de quienes [71] creían desobedecer a Dios, que había dado la ley y temían, abandonada la Antigua, abrazar la Nueva Alianza. No dice simplemente *del Padre*, sino *De nuestro Padre*. Emplea constantemente esa expresión con la intención de conmoverles ante la constatación de que Cristo ha convertido a su Padre en Padre nuestro.

A quien la gloria por los siglos. Amén [72]. Es una expresión nueva e inusitada. No encontramos en ninguna parte el término *Amén* en el comienzo y proemio de la

70. Ga 1, 4.
71. Los Gálatas.
72. Ga 1, 5.

Epístola, sino siempre mucho más adelante. Comienza así para demostrar que lo dicho era defensa suficiente de los Gálatas y que el discurso había acabado. Las faltas evidentes, sin duda, no necesitan de más argumentación. Recordada la cruz y la resurrección, la redención de los pecados, la seguridad en el futuro, el juicio del Padre, la voluntad del Hijo, la gracia, la paz, todos sus dones, en suma, acabó el discurso con una doxología. No era éste su único objetivo. Tenía dos pretensiones: una, despertar una gran admiración ante la magnitud del don divino, ante la abundancia de gracia, y, otra, reflexionar sobre quiénes somos y qué nos ha concedido Dios repentinamente y en poco tiempo. Como no era posible expresar todo eso a lo largo del discurso, acabó con una doxología que, en nombre de todo el mundo, elevaba, si no la alabanza debida, al menos, la posible. Por eso, paulatinamente, su expresión es más vehemente, como violentamente encendido por el pensamiento de los beneficios de Dios. Ésta es la causa, a su vez, por la que, una vez dicho: *A quien la gloria por los siglos. Amén*, violentamente les reprocha con las palabras: *Me maravillo de que tan rápidamente paséis del que os llamó en la gracia de Cristo a otro evangelio* [73]. Les sucede igual que los judíos que, cuando perseguían a Cristo, creían agradar al Padre con la observancia de la ley. Por eso, en primer lugar indica que con esa actitud irritan no sólo a Cristo, sino también al Padre: con esa actuación no sólo se apartan de Cristo –afirma–, sino también del Padre. De la misma forma que la Alianza Antigua no sólo es del Padre sino también del Hijo, así también la gracia no sólo es del Hijo sino también del Padre, y todo, en suma, les es común: *Todo*

73. Ga 1, 6.

cuanto es de mi Padre, mío es [74]. Con la afirmación de que se apartan del Padre, les imputa dos acusaciones: la defección y la rapidez en la defección. Efectivamente, la actitud contraria, apartarse pasado mucho tiempo, es igualmente censurable, mas, entonces, se trataría de un engaño [75]. Sin lugar a dudas, merece acusación también quien hace defección después de mucho tiempo, quien cae en el primer ataque y quien en las escaramuzas manifiesta una extrema debilidad. También a éstos les reprocha diciendo: ¿qué sucede?, ¿que los que os engañan no necesitan tiempo, sino que el primer ataque les es suficiente para conquistaros y apoderarse de todos vosotros? ¿Qué indulgencia mereceríais? Si este reproche va dirigido a los amigos, y el que abandona a los primeros y buenos amigos merece una condena, piensa en qué castigo merecería aquél que se aparta de la llamada de Dios. Cuando dice: *Me maravillo,* no pretende sólo conmoverles porque tras ese gran don, después de un perdón tal de los pecados y de una inmensa generosidad, desertaron hacia el yugo de la esclavitud. Su propósito al mismo tiempo es darles a conocer claramente la opinión que tiene sobre ellos, una opinión grande y excelente. Si hubiera creído que eran personas cualesquiera y fáciles de engañar, no se habría admirado ante lo acaecido, mas, puesto que vosotros sois –según dice– nobles y habéis sufrido mucho, por esto me admiro. Era argumento suficiente para recuperarlos y reconducirlos al pasado, y lo manifiesta hacia la mitad de la Epístola cuando dice: *¿Habéis experimentado tantas cosas en vano?, si al menos fuera en vano* [76].

74. Jn 16, 15.
75. Procedente de los judaizantes.
76. Ga 3, 4.

Me maravillo de que paséis. No dice pasasteis sino *paséis*, es decir, no creo ni opino que el engaño sea irreversible. Se trata de un nuevo indicio de recuperación. Lo expresa más claramente diciendo: *He confiado en vosotros, que no sentiréis de otro modo* [77].

Del que os ha llamado en la gracia de Cristo. La llamada es del Padre, quien llama es el Hijo. El mismo es el que opera la reconciliación y el que concede el don, pues, evidentemente, no hemos sido salvados por nuestras obras justas [78]. El promotor de la llamada es el Padre y la llamada es del Hijo [79]: *Pues mis cosas son tuyas* –dice– *y las tuyas mías* [80]. Y no dijo: «pasáis del evangelio» sino: *De Dios* [81], *que os ha llamado.* Esto es lo que les provoca más temor y lo más indicado para consternarlos. Quienes intentaban engañarlos, no lo hacían de forma súbita, sino que, introduciendo lentas transformaciones en la esencia, no introdujeron cambios en la forma. Así es el engaño del diablo: no lanza la red abiertamente. Si hubieran dicho: «¡apartaos de Cristo!», se cuidarían de Él como si de un embaucador y corruptor se tratara. Ahora bien, mientras les permitían permanecer en la fe y daban nombre de evangelio al error, minaban certeramente el edificio y con los nombres citados, como si de cortinas se tratara, ocultaban a los verdaderos demoledores del edificio.

77. Ga 5, 10.

78. Cf. Tt 3, 5.

79. Es necesario traducir de forma más explícita esta frase para hacerla comprensible, ya que la traducción literal es: «Por mejor decir, estas cosas son propias de aquél y aquéllas de éste». En este punto, Crisóstomo subraya la unidad profunda entre el Padre y el Hijo.

80. Jn 17, 10.

81. En esta cita de Ga 1, 6, Juan Crisóstomo añade el término *Dios.*

Los marcionitas y los evangelios

6. Dieron el nombre de evangelio a su falacia, por lo que él mismo justamente lucha contra esa denominación y con total franqueza dice: *A otro evangelio; no existe otro en realidad* [82]. En efecto, no existe otro. Lo que sufren los enfermos dañados por alimentos en buen estado, eso experimentan también los seguidores de Marción [83] en este punto. Tomó pretexto de las palabras del apóstol diciendo: «he aquí que Pablo dijo que no existe otro evangelio». No aceptan a todos los evangelistas sino sólo a uno [84], y, además, a su antojo, ya que tergiversan su evangelio con cortes y mezclas. ¿Qué quiere decir cuando afirma: *Según mi evangelio y la predica-*

82. Ga 1, 6-7.

83. Marción de Sínope, en el Mar Negro, vivió en el s. II d. C. En una obra perdida, de título *Antítesis*, oponía radicalmente el Dios justo y creador del mundo, manifestado en el Antiguo Testamento, al Dios bueno y misericordioso, Padre de Cristo, revelado en el Nuevo Testamento. De la Escritura, Marción sólo reconocía el Evangelio de Lucas y las cartas paulinas (excluidas las pastorales y *La Carta a los Hebreos*), si bien, de uno y otro eliminó todo cuanto consideraba una interpolación judaizante. Notable organizador, Marción fundó su propia secta como una iglesia propia y verdadera, con una gran difusión y extensión en Asia hasta finales del siglo V e incluso más allá. Su presencia está claramente atestiguada en Siria en los tiempos de Crisóstomo, quien, a menudo, polemiza duramente contra varios aspectos de la doctrina marcionita; cf. vg., *De sac.* IV, 4 (PG 48, 667; SC 272, p. 256); *Contra anom.* VII, 3 (PG 48, 759); *In Gn. hom.* 2, 3 (PG 53, 29); *In I Co. hom.* 40, 1 (PG 61, 347); *In Philipp. hom.* 6,1 (PG 62, 219); *In II Tm. hom.* 2, 1 (PG 62, 607).

84. Es decir, a Lucas. Sobre este punto, cf. también los testimonios de IRENEO, *Adv. haer.* I, 27, 2 (SC 264, p. 350); TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 2, 4 (CCL I, p. 548); EPIFANIO, *Pan. haer.* 42, 9, 1-2 (GCS II, pp. 104-105).

ción de Jesucristo [85]? Sus afirmaciones [86] provocan risa, sin embargo, pese a ser hilarantes, es necesario refutarlas con vistas a los que son fácilmente engañados. ¿Qué diremos, en consecuencia? Que si muchos escribieran evangelios y escribieran una misma cosa, esa multitud sería unidad, y ninguno de los muchos que escriben habría puesto en peligro la unidad. Si uno, en cambio, escribiera y escribiera cosas contrarias, lo escrito no sería unidad. Pues la unidad o la falta de unidad no se juzga por el número de los que escriben, sino por la igualdad y diversidad de lo que se dice. De lo que resulta evidente que los cuatro evangelios es un solo evangelio. Cuando los cuatro evangelistas hablan de un mismo asunto, lo dicho no es distinto entre sí porque sean distintas las personas que lo escriben, sino que es una misma cosa por la sintonía existente entre quienes lo dicen. Pablo no se refiere ahora al número sino a la diferencia en lo dicho. Si los evangelios de Mateo y Lucas fueran distintos por el significado de lo escrito y por la exactitud a la hora de expresar la doctrina, objetarían con razón la palabra del apóstol. Ahora bien, si son una y misma cosa, que cesen en su necedad y dejen de fingir desconocer algo tan evidente incluso para niños.

Preservar la verdad de toda alteración

Existen algunos, sin embargo, que os perturban y pretenden pervertir el Evangelio de Cristo [87]. Es decir,

85. Rm 16, 25.
86. Es decir, las de los seguidores de Marción.
87. Ga 1, 7.

no conoceréis otro Evangelio en la medida en la que vuestra mente esté sana, vuestra mirada sea recta y no se tuerza imaginando lo que no existe. La mente, turbada por la confusión que ocasionan los malos pensamientos, experimenta lo mismo que el ojo perturbado, que ve una cosa por otra. De la misma forma, los que están fuera de sí piensan equivocadamente. Esa locura, sin embargo, es más peligrosa que aquélla, ya que daña, no lo sensible, sino lo inteligible, y arruina, no las pupilas de los ojos del cuerpo, sino los ojos de la inteligencia.

Pretenden pervertir el Evangelio de Cristo. Introdujeron uno o dos preceptos con la intención de innovar, la circuncisión y la observancia de los días [88]. Afirmó, no obstante, que el Evangelio se adultera con una pequeña adición ya que corrompe la totalidad. Sucede lo mismo con las monedas reales: el que falsifica aunque sólo sea una pequeña parte de su acuñación, falsea toda la moneda; así el que perturba, aunque mínimamente, la recta fe, corrompe la totalidad, dando pie, desde el principio, a las peores cosas.

¿Dónde están los que nos acusan de rivalizar a causa de la disensión con los heréticos? ¿Dónde están los que afirman no existir diferencia alguna entre nosotros y aquéllos, sino que la falta de consenso nace del deseo de poder? Que escuchen lo que Pablo dice: los que introducen aunque sólo sea una pequeña innovación son los que pervierten el Evangelio. Esos [89], en efecto, no innovaron en algo sin importancia, pues, ¿cómo podría tener poca importancia afirmar que el Hijo de Dios es una criatura? ¿No oíste que en el Antiguo Testamento,

88. Acerca de la observancia de los días, cf. Ga 4, 10.
89. Es una alusión clara de Crisóstomo a los arrianos.

por cortar leña en sábado, trasgrediendo un solo precepto, y no el más importante, se recibió un gran castigo? [90]. ¿Y que Oza murió al momento de sostener el arca que estaba a punto de volcarse porque acometió un servicio que no le competía? [91]. La violación del sábado y tocar el arca que se caía provocó tal irritación en Dios que los que se atrevieron a ello no obtuvieron ni la más mínima indulgencia. Y el que corrompe la verdad venerable e inefable, ¿tendrá justificación e indulgencia? Esto no es posible. No es posible. Ése es el motivo de todos los males: no irritarse por esas pequeñas cosas. Por eso se siguieron los pecados mayores, porque los menos importantes no fueron corregidos oportunamente. De la misma forma que si no se da importancia a los dolores físicos puede aparecer fiebre, infección y muerte, así los que desdeñan los males pequeños propician la aparición de males mayores. Cualquiera –se afirma– puede equivocarse con respecto al ayuno, y no es algo importante; otro, en cambio, pone empeño en la recta fe, mas, disimulando por las circunstancias, renuncia a la libertad de palabra: tampoco esto es un mal grande; otro, irritado, amenaza con apartarse de la recta fe, y tampoco esa actitud es merecedora de castigo, pues –dicen– ha pecado presa de la ira y de la cólera. Cualquiera podría hallar innumerables pecados similares introducidos a diario en las Iglesias. Por lo cual, a los ojos de judíos y paganos somos ridículos, por la división de la Iglesia en un sinfín de partes. Si los que desde el principio intentaban apartarse de las leyes divinas e introducir una mínima turbación hubieran sido castigados como convenía, esta

90. Cf. Nm 15, 32ss.
91. Cf. 2 S (Vulgata 2 R) 6, 6ss.

peste presente no habría estallado y una tempestad semejante no se habría apoderado de las Iglesias [92]. Mira cómo Pablo llama a la circuncisión destrucción del Evangelio.

Contra los usos judíos y paganos

7. Hay muchos ahora junto a nosotros [93] que ayunan el mismo día que los judíos y que también observan el sábado. Generosamente, o, por mejor decir, infelizmente, lo toleramos. ¿Qué puedo decir de las costumbres judías? Algunos de los nuestros observan muchas costumbres paganas como la adivinación, los augurios, los auspicios, la observancia de los días, el horóscopo, enseñanzas todas éstas impías que inculcan a los niños, incluso desde el momento de su nacimiento, para su perdición. Así, desde el principio les enseñan a evitar todo esfuerzo por alcanzar la virtud y, por lo que a ellos respecta, los sitúan bajo el designio del engañoso tirano de la suerte. Si Cristo no ayuda en nada a los circuncidados [94], sujetos a males de esas características, ¿cómo contribuirá la fe a su salvación? La circuncisión, en efecto, fue dada por Dios. Ahora bien, Pablo intentó eliminarla ya que corrompía el Evangelio al no ser observada convenientemente. Y, después de que Pablo se dedicó con tanto empeño a las costumbres judías porque no se observaban oportunamente, ¿no eliminaremos nosotros la costumbre pagana? ¿Cuál

92. Puede observarse en estas palabras una referencia a la crisis arriana.

93. Crisóstomo alude a la comunidad cristiana.

94. Cf. Ga 5, 2.

sería nuestra justificación? Por eso ahora estamos inmersos en el desorden y en la confusión, y los que deberían ser discípulos, llenos de arrogancia, han cambiado el orden y todo está cambiado. Si alguien haga el más mínimo reproche, desprecian la autoridad porque nosotros los hemos educado mal. Así es: aunque los que ostentan el poder fueran unos miserables y estuvieran llenos de innumerables males, aun así, no sería lícito al discípulo desobedecer. Si afirma que era justo que los maestros judíos, puesto que estaban sentados sobre la cátedra de Moisés, fuesen escuchados por los discípulos, incluso aunque sus obras fueran tan malvadas que el Señor ordena a sus discípulos no emularlas ni imitarlas [95], ¿qué perdón merecerían los que desprecian y rechazan la autoridad de la Iglesia que con la gracia de Dios vive de forma irreprensible? Si no es lícito que los unos juzguen a los otros [96], mucho menos lícito es juzgar a los maestros.

Sabiduría de Pablo

Aunque yo o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto al que habéis recibido, sea anatema [97]. Observa la sabiduría del apóstol. Se maldice a sí mismo con el fin de que nadie dijera que sostenía su propia doctrina por vanagloria. Ha mencionado a los ángeles ya que recurren a personas acreditadas como a Santiago y a Juan. No me hables –pretende decir– de Santiago y de Juan: aunque se trate de uno de los primeros án-

95. Cf. Mt 23, 2-3.
96. Cf. Mt 7, 1.
97. Ga 1, 8 (cf. ítem v. 9).

geles descendidos del cielo, si corrompe el anuncio, sea anatema. No ha dicho sin motivo «del cielo», lo ha especificado porque también los sacerdotes fueron llamados ángeles –*Los labios del sacerdote guardarán la sabiduría y sacará la ley de su boca porque es un ángel del Señor todopoderoso* [98]– y así no creas que ahora se refiere a esos ángeles, sino que con la aclaración *del cielo* alude a las potencias celestes. No dijo: «si anunciaran cosas contrarias» o «lo cambiaran todo», sino que lo que quiso decir es que, si anuncia algo, aunque pequeño, contrario a lo que nosotros anunciamos, con que pervierta cualquier cosa, sea anatema.

Como lo he dicho, ahora, de nuevo, lo repito [99]. Repite por segunda vez las mismas palabras para que no creas que las dice por ira o que son exageradas o impulsivas. Alguien, llevado por la ira, puede afirmar algo de lo que enseguida se arrepienta. Sin embargo, el que por segunda vez afirma lo mismo, demuestra que lo que dice es producto de la reflexión y que lo ha ponderado en su interior. Cuando se suplicó a Abraham que enviara a Lázaro, dijo: *Tienen a Moisés y a los profetas, si no escuchan a aquéllos, no escucharán a los muertos que resuciten* [100]. Cristo le impulsa a pronunciar estas palabras para demostrar que desea que las Escrituras sean más dignas de crédito que los muertos resucitados. Pablo (cuando hablo de Pablo, hablo de Cristo ya que Él era el que movía su alma) antepone, y con razón, las Escrituras a los ángeles que descienden del cielo. Pues los ángeles, aunque importantes, son esclavos y ministros, en cambio, todas las

98. Ml 2, 7.
99. Ga 1, 9.
100. Lc 16, 29.31.

Escrituras han sido escritas y enviadas no por esclavos, sino por Dios, Señor de todas las cosas. Por esto dice: *Si alguno os anunciase un evangelio distinto al que nosotros os hemos anunciado.* Y no dijo: éste o aquél, con mucha sagacidad y sin molestar a nadie. ¿Por qué habría de dar a conocer los nombres éste, que se había expresado de forma tan sublime de suerte que todos, los que están en el cielo y en la tierra, estaban incluidos? Determinó toda autoridad con la anatematización de los predicadores de evangelios y de los ángeles; con la maldición hecha a sí mismo ha abarcado todo lo que le es familiar y afín. No me digas que tus compañeros en el apostolado dicen eso; no sería indulgente ni siquiera conmigo mismo si anunciara cosas tales. No lo afirma como si acusara a los apóstoles de transgresores de la predicación evangélica, ¡no suceda jamás! Nosotros o aquéllos –dice– predicamos así [101]. Sin embargo, su deseo es mostrar que la condición de la persona no se tiene en cuenta cuando se trata de la verdad.

¿Busco el favor de hombres o de Dios? ¿Busco agradar a hombres? Si buscara complacer a los hombres, no sería siervo de Cristo [102]. Si os engaño diciendo estas cosas, –afirma– no podría engañar a Dios que conoce los secretos del alma y a quien me esfuerzo por complacer continuamente. ¿Ves los elevados sentimientos apostólicos? ¿Ves la dignidad evangélica? Decía lo mismo cuando escribió a los Corintios: *No nos defendemos ante vosotros sino que os damos ocasión de que os vanagloriéis* [103]; y a su vez: *Me importa poquísimo que sea*

101. Cf. 1 Co 15, 11.
102. Ga 1, 10.
103. 2 Co 5, 12.

juzgado por vosotros o por un tribunal humano [104]. Era maestro y, sin embargo, se ve obligado a defenderse ante sus discípulos. Lo aguanta, aunque le resulta insufrible, y no por arrogancia, ¡no sea así!, sino por esa disposición de ánimo de los engañados y por no contar con su entera confianza. Por eso se expresó de ese modo, como si dijera: «¿debo daros explicaciones a vosotros?», «¿van a juzgarme hombres?». Debemos rendir cuentas a Dios y actuamos con vistas a esa rendición de cuentas; no habríamos llegado al punto de desgracia de corromper la doctrina, si justificamos nuestra predicación ante el Señor del universo.

La defensa de Pablo

8. Lo ha dicho tanto para defenderse como para pasar al contraataque. Los discípulos no debían juzgar a los maestros sino creerlos. Debido a que el orden ha sido trastocado y los jueces han tomado asiento, sabed que no tengo interés en defenderme ante vosotros, sino que todo lo hacemos por Dios, de manera que la defensa en lo relativo a esta doctrina debe hacerse ante Él. El que pretende persuadir a los hombres, actúa de forma corrupta y torcida y miente en aras a persuadir y granjearse el ánimo de los oyentes. Por el contrario, quien gana el favor de Dios y se esfuerza en agradarle, necesita un ánimo recto y puro ya que no es posible engañar a Dios. De lo que resulta evidente –dice– que nosotros no escribimos esto por ansias de poder, ni por tener discípulos, ni por deseo de gloria ante vosotros, ya que no nos hemos esforzado por agradar a

104. 1 Co 4, 3.

los hombres sino a Dios. De haber querido complacer a los hombres, estaría con los judíos y perseguiría a la Iglesia. Es evidente que yo, que he despreciado al pueblo entero, a los familiares, amigos, parientes y una gloria semejante, y que he cambiado todo esto por persecuciones, enemistades, guerras y muertes constantes, cuanto digo ahora lo afirmo no por el deseo de gloria humana. Lo ha subrayado porque se dispone a recordar su vida pasada, su repentina conversión y a dar pruebas evidentes de su cambio, a fin de que no crean que actúa así para defenderse ante ellos y para que no se rebelen contra él. Por eso advirtió: *¿Persuado ahora a los hombres?* Sabía cuándo era oportuno hablar de forma sublime y elevada para corregir a los discípulos. Podía demostrar de otro modo la verdad de su predicación, tomando como punto de referencia las señales, prodigios, peligros, las prisiones, las muertes constantes, el hambre, la sed, la desnudez y otras cosas similares. Pero, como su discurso no iba dirigido a los pseudoapóstoles sino a los apóstoles, aquéllos que habían compartido con él estas cosas, me refiero a los peligros, argumenta en otro sentido. Cuando se refiere a los falsos apóstoles, al tiempo que pone de manifiesto la perseverancia en los peligros, establece la comparación de la forma que sigue: *¿Son ministros de Cristo? –hablo locamente– más lo soy yo; en trabajos, más; en prisiones, mucho más; en azotes, más; en peligros de muerte, muchas veces* [105].

Habla ahora de la conducta de la vida pasada y dice: *Os hago saber, hermanos, que el Evangelio predicado por mí no es de origen humano. Pues yo no lo recibí de un hombre, ni me ha sido enseñado, sino por una*

105. 2 Co 11, 23.

revelación de Jesucristo [106]. Observa con cuánta firmeza sostiene que es discípulo de Cristo, sin mediación humana, sino porque Él mismo, por sí mismo, lo ha considerado merecedor de revelarle todo conocimiento. ¿Y cómo probarás a los incrédulos que Dios te ha revelado, por sí mismo y sin mediar nadie, aquellos inefables misterios? Con la vida pasada, contesta. Si Dios no fuera el autor de la revelación, no habría tenido una conversión tan repentina. Los instruidos por hombres, cuando sostienen tenaz y radicalmente opiniones contrarias, precisan de tiempo y mucho ingenio para ser persuadidos. En cambio, es evidente que el que cambia así de repente y permanece verdaderamente sobrio en la cumbre misma de la locura, en tanto que ha alcanzado la visión y la enseñanza divina, ha vuelto repentinamente a un estado de salud perfecta.

La conversión de Pablo

Por eso es necesario detenerse en su vida pasada y llama a los testigos de lo sucedido. Vosotros no sabéis que el Unigénito Hijo de Dios, por sí mismo, se dignó llamarme desde los cielos. ¿Cómo podríais saberlo si no estabais presentes? Bien sabéis, sin embargo, que yo era un perseguidor. Aunque Palestina y Galacia están muy distantes, hasta vosotros tuvisteis noticia de mi ímpetu, de modo que no se habría extendido tanto la fama si no fuera grande la gravedad de lo sucedido e insoportable a todos. Por esto dice: *En efecto, habéis oído mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que con ensañamiento perseguía a la Iglesia de*

106. Ga 1, 11-12.

Dios y la devastaba [107]. ¿Observas cómo señala ordenadamente cada acontecimiento y no se avergüenza? No se limitó a perseguirla, sino que lo hizo con furia, no sólo fue tras ella, sino que también la devastó, es decir, intentó apagar a la Iglesia, destruirla, aniquilarla, hacerla desaparecer, porque esto es lo propio del que devasta.

Aventajando en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación, y mostrándome extremadamente celoso de las tradiciones paternas [108].

9. Para que no creas que se comportaba así por cólera, señala que actuaba por celo, y, aunque no sabía qué hacía, perseguía, no por vanagloria ni por odio, sino porque era *celoso de las tradiciones paternas*. Sus palabras quieren decir lo que sigue: si lo que hice contra la Iglesia no lo hice por motivos humanos, sino por celo divino, equivocado, pero celo al fin, ¿cómo, ahora que corro en favor de la Iglesia y conozco la verdad, podría actuar por vanagloria? Una pasión semejante no se apoderó de mí por error, sino que me guió el celo de Dios, por lo que, ahora, que he conocido la verdad, sería más justo verme libre de esa sospecha. Al tiempo que pasé a la doctrina de la Iglesia, me liberé de todo prejuicio judaico, con un celo entonces mucho mayor, lo que, ya en posesión de un celo divino, es una prueba de haber cambiado realmente. Si no fuera así, dime: ¿qué otra cosa podría motivar un cambio semejante: ultraje a cambio de honores, peligros en lugar de tranquilidad, tribulación en lugar de seguridad? No se trata de nada que no sea amor por la verdad.

107. Ga 1, 13.
108. Ga 1, 14.

La llamada de Dios

Cuando plugo a Dios [109]*, el que me segregó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, a fin de anunciarlo a los gentiles, súbitamente, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre* [110]. Observa qué quiere decir con estas palabras: que, incluso durante el tiempo en el que estuvo abandonado en el error, lo estuvo por una inefable disposición divina. Si fue segregado desde el seno materno para ser apóstol y fue llamado a este ministerio, y, tan pronto como fue llamado, obedeció, es evidente que Dios hasta ese momento aplazó la conversión por un secreto motivo. ¿Cuál es esa disposición divina? Quizá esperabais que os explicara por qué no lo llamó con los doce. Sin embargo, para no alargar el discurso apartándome de lo que es urgente, ruego a vuestra caridad [111] que no esperéis conocerlo todo de mí, sino que lo busquéis por vosotros mismos y que le pidáis a Dios que os lo manifieste. Pronunciamos un discurso sobre este tema cuando tratamos la cuestión del cambio de nombre y la razón por la que, llamándose Saulo, fue llamado Pablo [112]. Si lo olvidasteis, leyéndolo llegaréis a su conocimiento.

Entretanto, mantengamos el orden de la exposición y observemos cómo de nuevo pone de manifiesto que no le ha sucedido nada humano, sino que Dios lo dis-

109. En este caso Crisóstomo añade el término *Dios*.

110. Ga 1, 15-16.

111. Este término indica una comunidad de amor, en el sentido de Iglesia.

112. Nuestro autor alude al grupo de homilías sobre el cambio de nombre de Pablo y de otros personajes bíblicos, pronunciadas en Antioquía durante el tiempo pascual del año 388.

puso todo con sumo cuidado. *Me llamó por su gracia.* Dios –quiere decir– lo ha llamado por su virtud. El Señor decía a Ananías: *Es para mí vaso de elección para que lleve mi nombre ante las naciones y reyes* [113], es decir, es capaz de ejercer el ministerio y de manifestar una obra grande. El Señor indica esto como razón de la vocación. En cambio, el apóstol afirma que todo se debe a la gracia y a la inefable bondad divina con las palabras siguientes: *He obtenido misericordia –no porque fuera digno ni merecedor* [114]*– sino para que mostrase en mí toda su longanimidad como ejemplo para los que iban a creer en Él toda la eternidad* [115]. ¿Ves qué humildad? Por esto yo –dice– obtuve misericordia, para que nadie desespere, ya que el peor de los hombres ha alcanzado misericordia divina, argumento éste evidente en las palabras: *Para que mostrase en mí toda su longanimidad como ejemplo para los que iban a creer en Él.*

Revelar a su Hijo en mí. En otra parte dice Cristo: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiere revelarlo* [116]. ¿Ves que el Padre revela al Hijo y el Hijo al Padre? Así sucede también con la gloria: el Hijo glorifica al Padre y el Padre al Hijo. *Glorifícame* –dice– *para que yo te glorifique* [117], *tal y como yo te he glorificado* [118]. ¿Por qué no dijo el apóstol: «revelarme a mí a su Hijo» en lugar de «en mí»? Para indicar que no sólo escuchó el mensaje de fe con palabras, sino que

113. Hch 9, 15.

114. Juan Crisóstomo añade estas palabras dentro de la cita paulina. Parecen más un comentario explicativo que una adición.

115. 1 Tm 1, 16.

116. Lc 10, 22.

117. Jn 17, 1.

118. Jn 17, 4.

también estuvo lleno del Espíritu. La revelación iluminaba su alma en tanto que tenía en su interior a Cristo que le hablaba.

Origen divino del ministerio apostólico de Pablo

Para que lo anuncie entre los paganos. De Dios procede no sólo su fe, sino también su consagración apostólica. Me lo reveló, no sólo para que yo lo conociera, sino para que también lo anunciase a otros. Y no a otros sin más, sino *Para que lo anunciase a los paganos*, ya que en este punto se vislumbra que no tiene poca importancia su defensa ante los discípulos. Era necesario, sin duda, no predicar de igual modo a los judíos y a los paganos.

No pedí, al punto, consejo a la carne y a la sangre. Se refiere a los apóstoles y alude a ellos con referencia a su naturaleza humana. Si lo dice de todos los hombres, no haremos ninguna objeción.

No subí a Jerusalén a los apóstoles que eran antes que yo [119]. Si alguno examina estas palabras en sí mismas, concluirá que es una expresión de alabanza, lejos de indicar altanería por parte del apóstol. Se cree típico de la locura tomar partido por sí mismo y no hacer partícipe a nadie del propio estado de ánimo. *He visto a un hombre que se creía sabio; más puede esperarse del necio que de él* [120]; y *¡Ay de los que son sabios a sus ojos y son prudentes delante de sí mismos!* [121]; y Pablo mismo señala: *No os consideréis sabios* [122].

119. Ga 1, 17.
120. Pr 26, 12.
121. Is 5, 21.
122. Rm 12, 16.

10. Ni Pablo ni nadie habría podido contradecir los argumentos que cualquiera hubiera escuchado de otros y que ése hubiera aconsejado. Lo cual, dice si se examina esa frase en sí misma, podría ocasionar turbación e irritación en alguno de los oyentes. Cuando expongamos el motivo por el que fue dicha, todos aplaudirán y admirarán a quien la ha pronunciado. Hagámoslo, por consiguiente. No es necesario examinar esas palabras en sí mismas, ya que de ese examen se derivarían muchos errores, ni es preciso sacar de contexto esa expresión. Es menester, por el contrario, atender al pensamiento de quien la escribe. Efectivamente, si no empleamos este procedimiento en nuestras discusiones y no examinamos la intención del que habla, provocaremos muchas hostilidades y todo será trastocado. Y ¿por qué es necesario analizar las palabras, cuando todo estará en desorden si en los hechos alguno no mantiene la regla? Los médicos, por ejemplo, cortan y rompen algún hueso, y los bandidos, en cambio, lo hacen con frecuencia. ¡Sería tremendo que, en alguna ocasión, no distinguiéramos a un médico y a un ladrón! Los asesinos y los mártires soportan los mismos suplicios cuando son torturados, si bien, hay una gran diferencia entre ellos. Si no nos ceñimos a esa regla, no lo entenderemos y siempre que examinemos los hechos por sí mismos sin considerar la intención de sus autores, diremos que Elías es un asesino, también Samuel y Finés, y que Abraham mató a su hijo [123].

Examinemos el pensamiento que llevó a Pablo a escribir esto, veamos su intención, su actitud con respecto

123. Para cada uno de los episodios bíblicos, cf. respectivamente 1 R (Vulgata, 3 R), 18, 40; 1 S (Vulgata, 1 R) 15, 33; Nm 25, 8; Gn 22, 10.

a los apóstoles y entonces sabremos con qué objeto decía estas cosas. No dijo éstas y las anteriores con la intención de despreciar a aquéllos y alabarse a sí mismo. ¿Cómo sería posible si él mismo se maldijo? En todo momento vela por la seguridad del Evangelio. Los que devastaban la Iglesia aseguraban la necesidad de seguir a los apóstoles que no impedían esta práctica [124], pero no a Pablo, que la vetaba. De esta manera, el error judaico se difundió poco a poco y él se ve obligado a tomar una enérgica posición, no porque deseara hablar mal de los apóstoles, sino porque quería poner freno a la insensatez de los que se exaltaban a sí mismos sin rectitud. Por esto dice: *No pedí consejo ni a la carne ni a la sangre.* No tenía sentido, en efecto, que el instruido por Dios volviese después su atención a los hombres. Es recomendable que el formado por hombres tome de nuevo a los hombres como consejeros. En cambio, el merecedor de aquella divina beata voz e instruido por quien posee todo el tesoro de la sabiduría, ¿por qué habría de atender después a los hombres? Con toda justicia una persona de esas características no aprende de hombres sino que enseña a los hombres. No hacía estas afirmaciones por falta de cordura, sino para mostrar la dignidad de su propia predicación.

No subí -dice- *a los que fueron apóstoles antes que yo.* Una y otra vez decía que aquéllos eran antes que él, que fueron llamados antes que él, y por eso afirma: «no subí a ellos». Si necesario fuera consultarles, el que le había revelado el anuncio también se lo hubiera ordenado. Pero, ¿cómo? ¿no fue? Fue, en efecto, pero no sin motivo, sino para aprender de ellos. ¿Cuándo? Cuando en la ciudad de Antioquía, que desde el principio

124. Es decir, la prescripción de la ley judaica.

había mostrado un gran fervor para con la Iglesia [125], se inició una investigación [126] acerca de lo que ahora se está tratando: se discutía si era necesario circuncidar a los fieles provenientes del paganismo o no. Fue entonces cuando el mismo Pablo subió junto con Silas [127]. ¿Por qué dice, entonces: *No subí y no pedí consejo*? En primer lugar, porque no subió por iniciativa propia, sino que fue enviado por otros; en segundo lugar, porque no fue para aprender, sino para persuadir. Desde el principio, él opinaba que no era necesaria la circuncisión, más tarde, los apóstoles lo ratificaron. No le creían, sino que hacían más caso a los de Jerusalén. Por eso subió, no para aprender algo más, sino para persuadir a los que negaban que los de Jerusalén eran de ese parecer. Desde el principio supo qué hacer y no necesitó de maestro alguno, sino que aquello que, tras una gran discusión, los discípulos estaban dispuestos a aprobar, para él, antes de la discusión, era una convicción bien arraigada en su interior. Lucas, en efecto, lo manifiesta cuando afirma que Pablo habló ampliamente

125. Según Hch 11, 26, fue en Antioquía en donde los discípulos de Jesús fueron llamados cristianos por primera vez; es significativo el hecho de que Nicolás, uno de los siete varones encargados del servicio de las mesas, fuera de origen antioqueno (Hch 6, 5). Antioquía, situada junto al Orontes, fundada por Seleuco Nicátor, llega a ser la capital del imperio seleúcida, y, posteriormente, bajo la conquista romana, de la provincia de Siria.

126. Este término, necesario para la comprensión del pasaje, falta en el texto aportado por PG 61, 630. Aparece, sin embargo, en el cod. Vat. gr. 551 (s. X-XI) bajo la forma *zétema*. Puede ser interesante subrayar que este término aparece en Hch, 15, 2, al que Juan Crisóstomo se refiere a propósito de la cuestión relativa a la circuncisión surgida en Antioquía.

127. Cf. Hch 15, 1-2. En el v. 2 no se habla de forma explícita de Silas; se le menciona, sin embargo, en el v. 22.

contra ellos de este asunto antes, incluso, de ir a Jerusalén [128]. Ya que a los hermanos les pareció oportuno conocer la opinión de los apóstoles, subió por ellos y no por él mismo. Si dice: *No subí*, puede entenderse de la forma siguiente: no subió al comienzo de su predicación, sino que, cuando fue, subió para enseñar. Efectivamente, pone de manifiesto ambas cosas al decir: *Al punto no pedí consejo ni a la carne ni a la sangre.* No dijo simplemente: *No pedí consejo*, sino *al punto.* Si subió después no fue para recibir algo.

Fervor apostólico de Pablo

Sin embargo partí a Arabia [129]. Observa qué alma tan encendida: tiene prisa por llegar a lugares todavía sin cultivar, a los más salvajes. Si se hubiera quedado con los apóstoles, sin aprender nada, el anuncio habría sido puesto en entredicho, pues era necesario difundir por todos los sitios la Palabra. Por eso, este Bienaventurado apóstol, encendido en el Espíritu y escogiendo una vida llena de conflictos y de fatigas, emprendió al punto la instrucción de hombres bárbaros y salvajes.

11. Observa su humildad. Después de decir: *Subí a Arabia,* añadió: *Volví a Damasco* [130]. No habla de lo

128. Cf. Hch 15, 2.

129. Ga 1, 17. Por Arabia se entiende la región al sudeste de Damasco que comprendía la parte septentrional del reino de los Nabateos (cf. H. SCHLIER, *Lettera ai Galati*, ed. ital., Brescia, 1966, p. 61).

130. Ga 1, 17.

que hizo, ni de a quiénes y a cuántos catequizó. En efecto, tan pronto como fue bautizado, su fervor era tal que se mezcló con los judíos, y provocó tan grande irritación que éstos mismos y los paganos le espiaban y deseaban quitarlo de enmedio [131], hecho que no habría tenido lugar si el número de los creyentes no hubiera aumentado. Puesto que eran superiores en la doctrina, les restaba llevarle hasta la muerte, señal clara igualmente de la victoria de Pablo. Cristo no permitió, sin embargo, que muriese, por el contrario, lo reservó para la predicación. El apóstol, sin embargo, no se refiere a estos acontecimientos. Lo que dice no lo dice por ambición, ni por ser considerado mayor que los apóstoles, ni por el temor a ser despreciado, sino por miedo a perjudicar la predicación. Se llama a sí mismo fruto abortivo, el primero de los pecadores y el último de los apóstoles, indigno de un título semejante [132]. Y esto lo afirmaba el que más se esforzaba de todos, indicio claro de su humildad. Así es: el que sabe que no ha obrado bien y habla negativamente de sí mismo, se conoce bien, pero no es humilde. El que, sin embargo, afirma eso mismo después de haber alcanzado grandes coronas, éste sí es humilde.

Y de nuevo –dice– *volví a Damasco.* ¿Era verosímil lo que allí hizo? De esta ciudad se señala que el etnarca del rey Aretas puso guardia en toda la ciudad deseoso de capturar a este bienaventurado apóstol [133], una prueba relevante, sin duda, de que los judíos se afanaban con empeño en capturarlo [134]. Aquí, en cambio,

131. Cf. Hch 9, 20ss.
132. Cf. 1 Co 15, 8-9; 1 Tm 1, 15.
133. 2 Co 11, 32.
134. Cf. Hch 9, 23.

no habla de nada de esto, ni lo habría citado allí[135], sino que lo habría silenciado, si no hubiera creído que la circunstancia requería esa narración. Habría actuado exactamente igual que en este punto, en el que sin más dice que fue y regresó y no añade en momento alguno lo que allí sucede.

La visita a Pedro

Luego, pasados tres años, subí a Jerusalén a visitar a Pedro [136]. ¿Qué podría haber más humilde que esta alma? Después de éstos y otros sucesos semejantes, sin necesitar nada de Pedro, ni siquiera de su palabra, y aun siendo igual en honor a éste (no diré nada más de momento), sin embargo, se dirige a él como a persona excelsa e importante. El único motivo de su viaje, en efecto, es visitar a Pedro. ¿Te das cuenta de cómo les [137] atribuye el honor debido, y cómo no cree ser mejor, ni siquiera igual, a ellos? Se deduce de este viaje. De la misma forma que muchos de nuestros hermanos realizan un viaje con el fin de conocer a hombres santos, así Pablo, con la misma disposición de ánimo, incluso podría decirse que con una actitud mucho más humilde, se dirigió a Pedro. Los de ahora, sin duda, viajan para alcanzar algún beneficio, en cambio, aquel bienaventurado lo emprende, no para aprender algo de él, ni siquiera por corrección, sino sólo para verlo y honrarlo con su presencia. *Para visitar* –dice– *a Pedro.* Y no dijo: «ver a Pedro», sino *Visitar a Pedro,* como

135. En el fragmento ya citado de 2 Co 11, 32.
136. Ga 1, 18.
137. Es decir, a los apóstoles.

afirman los que exploran grandes y espléndidas ciudades. Juzgó digno de un gran esfuerzo ver sólo al hombre. Se deduce de su actuación. Así, cuando fue a Jerusalén, después de haber convertido a muchos pueblos y de haber hecho lo que nadie había hecho, después también de conducir por el camino recto y de dar a conocer a Cristo a las gentes de Panfilia, Licaonia y Cilicia [138], a todos cuantos habitan aquella parte de la tierra, se dirige en primer lugar a Santiago como a persona importante y estimada. Acoge de buen grado sus indicaciones, aunque aconseja cosas contrarias a las de ahora. *¿Ves, hermano, cuántos millares de judíos creyentes? Sin embargo, rasúrate la cabeza y purifícate* [139]. Y se rasuró y cumplió todos los ritos judaicos. Cuando el Evangelio no sufría daño alguno, él era más humilde que todos; cuando veía que algunos eran tratados injustamente por esa actitud humilde, ya no mostraba esa actitud, porque esto no era ser humilde, sino maltratar y perjudicar a los discípulos.

Y permanecí junto a él quince días [140]. Emprender ese viaje por él era una señal de gran honor, quedarse durante tantos días era prueba clara de amistad y de amor intenso.

No vi a ningún otro apóstol sino a Santiago, hermano del Señor [141]. Observa cómo sentía una gran amistad por Pedro: por él emprendió ese viaje y con él permaneció. Lo digo una y otra vez y lo mantengo, para

138. Estas regiones del Asia Menor, la Panfilia y la Licaonia fueron evangelizadas por Pablo durante el primer viaje misionero (cf. Hch 13-14); por lo que a Cilicia se refiere, véase Ga 1, 21; Hch 9, 30; 15, 41.

139. Hch 21, 20.24.

140. Ga 1, 18.

141. Ga 1, 19.

que, cuando oigáis lo que se cree que éste dijo contra Pedro, no desconfiéis del apóstol. Él lo dice y rectifica esa impresión para que cuando afirma: *Me opuse a Pedro* [142], nadie crea que son palabras que denotan enemistad y rivalidad, pues le honra y quiere más que todos. Por ningún apóstol dice haber emprendido un viaje, sino sólo por éste.

Nobleza y humildad de Pablo

No vi a ningún otro apóstol sino a Santiago. Vi, dice, no «fui instruido por él en algo». Observa con qué solemnidad lo nombra. No dijo simplemente «Santiago», sino que añadió el título de honor «el hermano del Señor», quedando así libre de toda envidia. Para identificarlo con claridad, habría bastado el apelativo «el hijo de Cleofás», tal y como hace el evangelista [143]. Pero no lo hizo, sino que, convencido de que los títulos de honor eran apropiados a los apóstoles, para exaltarlo, lo honra de esta forma [144]. No lo llamó como dije. ¿Cómo lo llamó entonces? *El hermano del Señor.*

142. Ga 2, 11.

143. Juan Crisóstomo alude a Jn 19, 25 en donde se menciona a María de Cleofás, considerada como madre de Santiago, distinguiendo entre los dos apóstoles homónimos, hijos respectivamente de Zebedeo y de Alfeo (para esta cuestión cf. S. LYONNET, *Témoignages de saint Jean Chrysostome et de saint Jérôme sur Jacques le frére du Seigneur*, en «Recherches de science Religieuse», 29 (1939), pp. 338ss.).

144. En la traducción de este fragmento de difícil comprensión he aceptado la hipótesis interpretativa de LYONNET (art. cit., p. 341) que prefiere la lectura, antes de *apáiron*, de *autòn* en lugar de *heautòn*. Si se acepta esta última lectura, la traducción quedaría de la forma que sigue: «puesto que creía que los títulos de honor de los

Efectivamente, no era hermano del Señor según la carne, pero así era considerado y no dejó por ello de indicar su título honorífico. En muchas ocasiones manifiesta que su disposición para con todos los apóstoles era sincera tal y como convenía.

En esto que os escribo, he aquí que, ante Dios, no miento [145]. ¿Ves en todo una resplandeciente humildad de esta alma santa? Se dispuso a defenderse de la misma forma como se combate en un tribunal y se da cuenta de las propias acciones.

Enseguida vine a las regiones de Siria y Cilicia [146]: después de haber visto a Pedro. Comienza de nuevo el discurso y la lucha propuesta, sin referencia alguna a Judea, sea porque fue enviado a los paganos, sea porque no escogió edificar sobre fundamentos ajenos [147]. Simplemente no los conocía, lo que se deduce de lo siguiente.

Era desconocido –dice– *para las Iglesias de Judea. Sólo habían oído decir que el que antes nos perseguía, ahora anuncia la fe que antes pretendía destruir* [148]. ¿Existe alma más humilde que ésta? Si se refería a lo que le acusaba, a su persecución y devastación de la Iglesia, hablaba de ello con una crítica rotunda de su vida pasada, en cambio, no se detiene en detalles de lo que manifiesta su gloria. Si hubiera querido, habría podido relatar con amplitud todas sus acciones, sin embargo, no dice nada de éstas, antes al contrario, atraviesa un mar infinito con una sola palabra y dice: *Vine*

apóstoles eran propios, como exaltándose a sí mismo, lo honra así también a él».

145. Ga 1, 20.

146. Ga 1, 21.

147. Para esta expresión, cf. Rm 15, 20.

148. Ga 1, 22-23.

a las regiones de Siria y Cilicia, y, *habían oído decir que el que antes nos perseguía, ahora anuncia la fe que antes pretendía destruir,* sin añadir nada más. ¿Qué quiere decir la frase: *Era desconocido para las Iglesias de Judea*? Lo dice para que te des cuenta de que él estaba lejos de predicarles la circuncisión y que no lo conocían personalmente.

Y glorificaban a Dios en mí[149]. Observa también en este punto ese afán por ser humilde y con qué cuidado lo observa. No dijo: «me admiraban», «me alababan», «estaban asombrados», sino que subraya que todo era producto de la gracia. Dice, en efecto: *Glorificaban a Dios en mí.*

149. Ga 1, 24.

CAPÍTULO II

Luego, al cabo de catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando conmigo a Tito. Subí, en efecto, en virtud de una revelación [1].

El viaje de Pablo a Jerusalén

1. Señala que la razón del primer viaje es Pedro y visitarle, el motivo del segundo la revelación del Espíritu Santo.

Y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, en privado a los estimados, no fuese que corriera o hubiese corrido en vano [2]. Pablo ¿qué dices? Tú, que desde el principio, después de tres años, decidiste no hacer ninguna consulta, ¿pasados catorce años, por temor a correr en vano, la haces? ¿No hubiera sido mejor hacerla enseguida y no después de tantos años? ¿Por qué corrías entonces sin estar convencido de que no lo hacías en vano? ¿Quién es tan insensato que predica durante tantos años sin saber si lo hace bien? Y lo más chocante es que, según dice, ha subido llevado por una revelación. Como indiqué antes, es un asunto más difícil que el precedente. De cualquier forma, nos es posible encontrar una explicación. No había razón

1. Ga 2, 1-2.
2. Ga 2, 2.

para que fuese por propia iniciativa, y, en efecto, caer en esa contradicción no era propio de aquella bienaventurada alma. Así es, él mismo dice: *Y corro, no como a la aventura, y lucho, no como el que azota al aire* [3]. Si no corres a la aventura, ¿por qué dices: *No fuese que corriera o hubiese corrido en vano*? De donde se deduce que si no hubiera ido por una revelación, habría obrado insensatamente. Lo sucedido, en cambio, no era así de absurdo: cuando la gracia del Espíritu Santo le arrastra ¿quién se atrevería a sospechar algo semejante? Por esto añadió: *Por una revelación*, para que, en busca de una solución a esta cuestión, tú no le acusaras de necedad, sabedor de que cuanto estaba sucediendo no era humano, sino que era una disposición divina que se cuida de lo presente y lo futuro. ¿Cuál es, entonces, el motivo de este viaje? Como cuando antes fue a Antioquía y a Jerusalén [4], que no lo hizo por iniciativa propia, –sabía claramente que era preciso seguir con sinceridad la doctrina de Cristo–, sino deseoso de reconciliar a los disidentes, así, ahora, él no tenía necesidad de saber si corría o no en vano, sino que lo hace para que los acusadores tuviesen una certeza absoluta. Estimaban más a Pedro y a Juan, creían que disentían de Pablo porque éste predicaba sin la circuncisión y aquéllos la consentían, opinaban que éste actuaba en contra de la ley y que corría en vano, por eso dice: *Subí y les comuniqué el Evangelio*, no para aprender, hecho que más adelante aclara, sino para enseñar a los que intuían que no corría en vano. El Espíritu Santo, previendo esta disputa, dispuso que éste subiese y comunicase el Evangelio. Por esto dice: *Subí*

3. 1 Co 9, 26.
4. Cf. Hch 15, 2.

por una revelación, y tomó a Bernabé y a Tito para que fuesen testigos de la predicación. *Y les comuniqué el Evangelio que predico entre los paganos*, es decir, sin la circuncisión.

En privado a los estimados. ¿Qué quiere decir: *En privado*? El que se preocupa de corregir una doctrina común, no lo hace en privado, sino en público. No actúa así Pablo. No quería aprender ni rectificar nada, deseaba desenmascarar el argumento de los embaucadores. Puesto que en Jerusalén todos se escandalizaban ante la trasgresión de la ley y la persecución de la práctica de la circuncisión, –por ese motivo, san Juan decía: *¿Ves, hermano, cuántos miles de personas son los creyentes? Todos éstos han oído decir que tú enseñas la apostasía de la ley* [5]–, ya que se escandalizaban, evitó presentarse en público y manifestar abiertamente su predicación. La dio a conocer en privado a los estimados, en la presencia de Bernabé y Tito, para que fueran testigos fidedignos ante sus acusadores de que los apóstoles no creían que predicara contrariamente a ellos, sino que, al revés, ellos ratificaban esa predicación. Cuando dice: *A los estimados*, no lo afirma para quitarse importancia, ya que también de sí mismo afirma: *Creo tener el Espíritu de Dios* [6], característica propia de una persona moderada y no de quien niega poseerlo. Por eso dice también en este pasaje: *A los estimados* [7], aunando su opinión a la de todos los demás.

5. Hch 21, 20-21.

6. 1 Co 7, 40. La aparición en este fragmento del mismo verbo *dokéo* que en Ga 2, 2, ofrece la oportunidad al Crisóstomo de comparar estos dos pasajes.

7. Aquí Juan Crisóstomo demuestra que la expresión *hoi dokoûntes* hay que entenderla como referida a la autoridad de Jerusalén.

Pero ni Tito, que iba conmigo, aunque era griego, fue obligado a circuncidarse [8]. ¿Qué quiere decir: *Aunque era griego*? Que era de origen pagano e incircunciso. No era yo el único que predicaba de esa forma, también Tito se comportaba así, y, aunque era incircunciso, los apóstoles no le obligaron a circuncidarse. Es una prueba importante de que no se condenaba cuanto Pablo decía o hacía. Y, con mucho, más importante era que, puesto que los adversarios presionaban y lo [9] conocían, los apóstoles se vieron obligados a ordenar la circuncisión, hecho que señalaba diciendo: *A causa de los falsos hermanos intrusos* [10]. ¿Quiénes son estos falsos hermanos? No es algo de poca importancia. Si los apóstoles estaban de acuerdo en que se practicara la circuncisión allí [11], ¿por qué ahora llamas falsos hermanos a los que, según el parecer de los apóstoles, ordenan también ellos practicarla? Porque no es lo mismo ordenar que suceda que permitir que sea. El que ordena algo, lo hace como si lo considerara necesario e imprescindible; el que no ordena una cosa y, al mismo tiempo, no lo impide a quien lo desea, lo permite, pero no como algo necesario, hace sin más una concesión. Así se manifiesta, por ejemplo, cuando Pablo escribió a los Corintios instando a las esposas y a los maridos [12].

Condescendencia de Pablo y de los apóstoles

2. Para que no creas que actuaba como quien pro-

8. Ga 2, 3.
9. Es decir, que Tito no estaba circuncidado.
10. Ga 2, 4.
11. En Jerusalén.
12. Cf. 1 Co 7, 5.

mulga una ley, añadió después: *Esto lo digo por condescendencia, no por mandato* [13]. No era un juicio importante avalado por su autoridad, sino una concesión a su incontinencia. Por ello dice: *Por vuestra incontinencia* [14]. Si deseas conocer la opinión de Pablo, escucha lo que dice: *Deseo que todos los hombres permanezcan como yo* [15], en la continencia. En este asunto los apóstoles también consintieron por condescendencia con la debilidad judía, no porque lo defendiesen. No habrían predicado de una forma a judíos y de otra distinta a paganos si defendieran la ley. En efecto, si hubiera sido necesario que los infieles observasen la circuncisión, evidentemente habría de ser también observada por todos los fieles. Si decidieron no importunar con esto a los paganos, manifestaban claramente que lo permitían por condescendencia con los judíos.

Pero los falsos hermanos no actuaban de esta forma, sino que los apartaban de la gracia y los conducían de nuevo al yugo de la esclavitud. Ésta es la primera diferencia entre unos y otros. La segunda reside en el hecho de que los apóstoles se comportaban de esta forma en Judea, lugar en el que la ley tenía autoridad, los falsos hermanos, en cambio, actuaban así en todas las partes e influyeron en los Gálatas. De lo que se deduce que esta actuación no tenía por objeto edificar sino la total destrucción. Los apóstoles, en consecuencia, admitían la circuncisión de una forma y de otra distinta la guardaban los falsos hermanos.

13. 1 Co 7, 6.
14. 1 Co 7, 5.
15. 1 Co 7, 7.

Los que se entrometían para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús [16]. ¿Ves cómo ha indicado su guerra con la denominación de espías? Los espías se infiltran para conocer los planes de sus adversarios y poder con toda facilidad destruirlos y aniquilarlos. Así actuaban aquéllos deseosos de reconducirlos bajo la antigua esclavitud. De esta suerte, la intención de los apóstoles y de éstos no era la misma, sino muy diferente. Los primeros consentían para apartarlos poco a poco de la esclavitud; éstos, en cambio, se esforzaban en que quedasen más sujetos a la esclavitud. De ahí que se preocupasen en vigilar minuciosamente y en averiguar quiénes estaban sin circuncidar, tal y como lo manifiesta Pablo al decir: *Se entrometían para espiar nuestra libertad.* Pone al descubierto su maquinación, no sólo con la denominación de espías, sino también al detallar la forma en la que se infiltraban, oculta y furtivamente.

Ante los que, ni por un momento, cedimos por obediencia [17]. Observa la nobleza de su talante y su expresividad. No dijo: «por el argumento en discusión», sino: *Por obediencia.* No se comportaban de ese modo para impartir una enseñanza útil, sino para someter y esclavizar. Por este motivo, cedimos ante los apóstoles, mas no ante éstos.

A fin de que la verdad del Evangelio se mantuviese entre vosotros [18]. Para que confirmemos –dice– con los hechos lo que primero habíamos afirmado, que *Lo viejo pasó y todo se ha hecho nuevo* [19], que *Si alguno*

16. Ga 2, 4.
17. Ga 2, 5.
18. Ibid.
19. 2 Co 5, 17.

está en Cristo es una criatura nueva [20], y que *A cuantos han sido circuncidados, Cristo no les ayudará en nada* [21]. Seguros de esta verdad, no cedimos ni un instante. Al punto surgió resistencia a las acciones de los apóstoles, por lo que era evidente que algunos dijesen: ¿Por qué prescriben esto? Mira con qué sagacidad resuelve esta objeción. No señala la causa real, que los apóstoles lo hicieron por condescendencia e indulgencia, de lo contrario su auditorio se hubiera ofendido. Es menester, sin duda, que los que se van a beneficiar de la indulgencia desconozcan la razón de ésta, ya que, si el motivo es evidente, no se habrá conseguido nada. Es preciso, en consecuencia, que quien practica la indulgencia, conozca bien la causa de lo que sucede, mas quienes se benefician de ella es necesario que la desconozcan. Pondré un ejemplo con el fin de aclarar cuanto digo. El mismo beato Pablo que abolía la circuncisión, cuando iba a enviar a Timoteo a los judíos como maestro, primero lo circuncidó y, después, lo envió [22]. Obró así para que los discípulos le recibiesen bien, y se presentó con la circuncisión para abolirla. Timoteo conocía el motivo, mas no se lo dijo a los discípulos. Si hubieran sabido que se circuncidó para abolir la circuncisión, no hubieran escuchado su palabra y no se habría conseguido nada. Su desconocimiento, sin embargo, les fue de mucha ayuda. Creían que se comportaba de ese modo como observador de la ley, por eso lo acogieron a él y a su enseñanza. Después de admitirlo y de ser instruidos paulatinamente, abandonaron las antiguas costumbres, hecho éste que no habría

20. Ibid.
21. Cf. Ga 5, 2.
22. Cf. Hch 16, 3.

sucedido si desde el principio hubieran conocido lo que motivaba aquella actitud. De haberlo sabido, le habrían evitado, si le hubieran evitado, no le habrían escuchado, si no le hubieran escuchado, habrían permanecido en el error antiguo. Para que no sucediese esto no les reveló el motivo. Así no habla en este punto de la razón de esa actitud indulgente, sino que aborda el argumento de la forma que sigue:

De los que eran estimados – lo que hayan sido en otro tiempo no me interesa, porque Dios no hace acepción de personas [23]. No habla sólo en defensa de los apóstoles, sino que se muestra muy duro con los santos con el fin de ayudar a los débiles. Lo que quiere decir es lo que sigue: si aquéllos permiten la circuncisión, rendirán cuentas a Dios. Dios, en efecto, no atenderá a si son personas importantes y autorizadas. No lo expresó claramente, sino de forma solapada. En efecto, no dijo: si aquéllos contaminan el anuncio y predican de forma distinta a como está prescrito, pagarán una pena muy severa y se someterán a un castigo. No dice nada de esto, le parece más oportuno abordarles diciendo: *De los que eran estimados – lo que hayan sido en otro tiempo.* No dijo: «los que son», sino *eran*, señalando que éstos habían depuesto su predicación porque el anuncio resplandecía por todas partes. La frase *lo que hayan sido en otro tiempo* significa que si éstos predicaron de esa forma, darán cuenta no ante los hombres, sino ante Dios, ya que habrán de justificarse.

3. Decía esto, no como si dudara y desconociera su punto de vista, sino, como ya señalé, porque lo creía de utilidad para conducir el discurso. Para que no pa-

23. Ga 2, 6.

reciera que les acusaba porque su posición era contraria, y para que no sospechasen que era su rival, añadió enseguida la siguiente puntualización: *Los estimados nada me impusieron* [24]. ¿Qué significa? No sé –dice– qué queréis decir, sé claramente, en cambio, que no se me oponen, sino que están de acuerdo y en sintonía conmigo. Lo indica con la expresión: *Nos dieron la mano* [25]. Pero no es esto lo que quiere decir, sino que no enseñaron, no corrigieron y no añadieron nada más de lo que sabía. *Los estimados* –dice– *nada me impusieron*, es decir, después de conocer mi punto de vista, no añadieron ni corrigieron nada, aunque sabían que yo había ido para consultarles. Fui por una revelación del Espíritu para consultarles y estaba conmigo Tito incircunciso: ni me aportaron nada que no supiera, ni a Tito lo circuncidaron.

Antes al contrario [26]. ¿Qué significa *al contrario*? Algunos opinan que se refiere a esto mismo, a que no sólo no le enseñaron nada, sino que, incluso, fueron instruidos por él. Yo, sin embargo, no lo aseguraría. ¿Qué más iban a aprender de él? Eran perfectos. La expresión *al contrario* no significa esto. Quiere decir que no le reprocharon ni censuraron, sino que incluso le alabaron, pues lo contrario a reprochar es alabar. Algunos hacían objeciones lógicas: «si le alababan ¿por qué no abolieron la circuncisión? Si le aplaudían, era preciso que la eliminaran». Creía inconveniente su abolición y además contradecía claramente lo acordado; veía también que, si convenía en admitir la circuncisión, forzosamente caería en otra contradicción: si aplaudían tu

24. Ibid.
25. Ga 2, 9.
26. Ga 2, 7.

mensaje y permitían a su vez la circuncisión, se contradecían ¿Cuál es la solución? Era posible decir que actuaban así por condescendencia con los judíos, mas, diciéndolo destruía la base de su estrategia. No lo dice y lo deja en duda y en la incertidumbre con las palabras: *De los que eran estimados – no me interesa*, como si dijera: no acuso, no inculpo a aquellos santos; ellos saben qué hicieron, a Dios rendirán cuentas. Lo que me lleva a señalar que no condenaron mi actuación, ni la corrigieron ni añadieron nada como si fuera insuficiente, por el contrario, la aprobaron y alabaron. Testigos son Tito y Bernabé.

La comunión entre Pablo y los apóstoles

Por lo que añade: *Cuando vieron que se me había confiado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión* [27]. No se refiere a la circuncisión y a la incircuncisión, sino al pueblo que una y otra representan. Añadió: *El que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para el de los gentiles* [28]. Con el término incircuncisión se refiere a los paganos y con el de circuncisión a los judíos. Señala que tiene igual dignidad que ellos [29], no se

27. Ibid. Traduzco literalmente «evangelio de la incircuncisión y de la circuncisión», en lugar de «evangelio para los incircuncisos y para los circuncisos», de suerte que pueda entenderse mejor el discurso crisostomiano basado precisamente en los términos «incircuncisión» y «circuncisión». Por el mismo motivo, en la cita siguiente, traduzco «apostolado de la circuncisión» en lugar de «apostolado para los circuncisos».

28. Ga 2, 8.

29. Con los apóstoles.

compara con nadie si no es con el que hace cabeza, indicando que tiene la misma dignidad. Prueba la comunión existente entre ellos. Confiado, continúa con sinceridad y no se detiene en los apóstoles, sino que conduce su discurso a Cristo y a la gracia que Éste le concede; invoca a los apóstoles como testigos y dice: *Tras reconocer la gracia del Señor a mí concedida, Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión* [30]. No ha dicho: «después de haber oído», sino: *Tras reconocer*, es decir, después de haber aprendido por los hechos mismos, *nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión.* ¿Ves cómo poco a poco demostró que éste era el parecer de Cristo y de los apóstoles? Si una predicación semejante no hubiera complacido a Cristo, no se le habría concedido la gracia ni hubiera actuado en él. Cuando era necesario que se comparara, mencionó sólo a Pedro; cuando era preciso presentar testigos, con un elogio nombra a tres con las palabras: *Santiago, Cefas y Juan, considerados como columnas.* No dice: *considerados* como si restara verdad a esa afirmación, sino para sumarse a la opinión de los demás, queriendo decir que los grandes y escogidos, a los que todos en todo momento celebran, son testigos de lo dicho: que a Cristo le complace esta predicación, que con los hechos la han aprendido y que por la experiencia misma se han confirmado. Por esto me dieron a mí la mano, y no sólo a mí, sino también a Bernabé, *para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a la circuncisión* [31].

30. Ga 2, 9.

31. Ibid. Para la traducción «a la circuncisión» en lugar de «a los circuncisos», cf. nota 27.

¡Qué sagacidad y qué indiscutible demostración de concordia! Indica que la posición de aquéllos es la suya, y que la suya es la de aquéllos. Unos y otros creyeron que aquéllos predicaban así a los judíos y él a los paganos. Por esto añadió: *Para que nosotros nos dirijamos a los paganos y éstos a la circuncisión.* ¿Ves cómo en este punto designa con el término circuncisión no a un concepto abstracto sino a los judíos? Cuando se refiere al hecho mismo y lo contrapone, introduce el término incircuncisión y dice: *La circuncisión es útil si guardas la ley, mas, si eres un trasgresor de la ley, tu circuncisión se convierte en incircuncisión* [32] y, de nuevo: *Ni vale la circuncisión ni vale la incircuncisión* [33]. Cuando se refiere de ese modo a los judíos [34], no pretende referirse al hecho sino al pueblo, no contrapone, por consiguiente, el término incircuncisión, sino el término pagano. Los judíos, en efecto, se oponen a los paganos, la incircuncisión a la circuncisión, tal y como indica más arriba al decir: *El que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para el de los gentiles*, y, de nuevo, con la frase *nosotros a los paganos y éstos a la circuncisión*, no se refiere al hecho en sí, sino al pueblo de los judíos opuesto a los paganos.

Sólo para que nos acordemos de los pobres, lo que procuré cumplir con mucha solicitud [35].

El cuidado de los pobres

4. ¿Qué quiere decir? Nos repartimos el mundo

32. Rm 2, 25.
33. Ga 5, 6.
34. Es decir, con el término circuncisión.
35. Ga 2, 10.

–afirma– para llevar a cabo la predicación: de acuerdo con la voluntad de Dios, yo tomé a los paganos y ellos a los judíos; por lo que a la atención de los pobres existentes entre los judíos se refiere, yo les di mi aportación. Si se hubiera tratado de una guerra y una contienda, no lo habrían aceptado. ¿Quiénes son esos pobres? En Palestina, muchos judíos que habían abrazado la fe fueron despojados de todo y fueron perseguidos por todas partes. Esto lo pone de manifiesto en la Epístola a los Hebreos con las palabras: *Y recibisteis con alegría el despojo de vuestros bienes* [36]. Lo indica también cuando escribe a los Tesalonicenses y proclama su fortaleza: *Habéis llegado a ser imitadores de las Iglesias de Dios, de las que están en Judea, porque también vosotros habéis padecido lo mismo de vuestros conciudadanos, como también aquéllos de los judíos* [37]. Constantemente señala que los creyentes de procedencia pagana no fueron hostigados por los que permanecían siendo paganos de la misma forma a como lo fueron los creyentes de procedencia judaica por sus conciudadanos. Este pueblo era más duro que todos los demás. Por eso, se preocupa [38] y como consecuencia se benefician de su solicitud, por lo que escribe a los Romanos y a los Corintios [39]. Y no sólo hace una colecta, sino que él mismo la lleva y dice: *Ahora parto para Jerusalén en servicio de los santos* [40]. Carecían, en efecto, del alimento necesario.

En referencia a esto, decía: me pareció ayudarles de esta forma y lo acepté sin descuidos. Ha demostrado

36. Hb 10, 34.
37. 1 Ts 2, 14.
38. En este punto sigo la edición de Field, p. 40.
39. Cf. Rm 15, 25-28; 1 Co 16, 1ss.; 2 Co 8-9.
40. Rm 15, 25.

la concordia y armonía existente entre ellos [41], mas, a continuación, se ve en la necesidad de recordar la disputa habida con Pedro en Antioquía. Así dice: *Cuando Pedro fue a Antioquía, me opuse a él abiertamente porque se había hecho reprensible. Pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando aquéllos llegaron, se retraía y apartaba por miedo a los de la circuncisión* [42].

El incidente de Antioquía

Muchos que leen superficialmente este pasaje de la carta, opinan que Pablo acusa a Pedro de hipocresía, pero, ¡no es así!, ¡no! En este fragmento se halla oculta la gran sagacidad de Pedro y Pablo para beneficio de los oyentes. Es necesario hablar primero de la sinceridad de Pedro y de cómo siempre se adelantaba a todos los discípulos. Recibió su nombre, en efecto, por la firmeza y solidez de su fe. Cuando la pregunta iba dirigida a todos, él se adelantó a contestar y dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* [43], y a él fueron confiadas las llaves de los cielos [44]. En el monte, sólo él habló [45], y cuando se refirió a la cruz, los otros callaban y él dijo: *Dios no lo permita* [46], palabras impropias de un espíritu reflexivo, mas características de un encendido amor. En muchas ocasiones vemos que es el

41. Con los apóstoles.
42. Ga 2, 11-12.
43. Mt 16, 16.
44. Cf. Mt 16, 19.
45. Cf, Mt 17, 4.
46. Mt 16, 22.

más apasionado y el primero en afrontar los peligros. Cuando vieron al Señor en la playa, mientras los demás tiraban de la barca, Pedro no esperó a que arribara [47]; después de la resurrección, cuando los judíos, fuera de sí y presos de una demencia homicida, los buscaban para matarlos, él fue el primero que dio la cara y se atrevió a decir en voz alta que el crucificado había resucitado y había ascendido a los cielos [48].

No es lo mismo abrir una puerta cerrada y comenzar la obra y mostrarse después con coraje. Expuso su vida ante este pueblo, ¿cómo podría fingir? ¿Cómo es posible que éste, después de que fue azotado y encarcelado y no mostró respetos humanos, aunque estaba al inicio de su predicación y se encontraba en la capital donde corría un gran peligro, temiese a los fieles provenientes del judaísmo, cuando llevaba tanto tiempo en Antioquía, en donde no había peligro y era bien considerado por su actuación? El que no había temido a los judíos al comienzo de su predicación y en la capital, ¿cómo, después de tanto tiempo, y en una ciudad extranjera, iba a temer a los que habían abandonado el judaísmo?

Pablo no hace esa afirmación en contra de Pedro, sino que pronuncia esas palabras con la misma intención con la que dijo: *De los que eran estimados – lo que hayan sido en otro tiempo no me interesa* [49]. Es necesario explicar el porqué de esa afirmación para no dudar durante más tiempo. Los apóstoles, como dije anteriormente, permitían la circuncisión en Jerusalén, ya que no era posible abandonar enseguida la ley. Llegados

47. Cf. Jn 21, 4ss.
48. Cf. Hch 2, 32-33.
49. Ga 2, 6.

a Antioquía, ya no la observaban, sino que convivían sin distinción alguna con los creyentes de procedencia pagana, y así también actuó Pedro. Cuando llegaron de Jerusalén algunos que lo habían visto predicar allí, Pedro, por temor a confundirlos, no actuó así, sino que cambió su actitud, de suerte que consiguió dos cosas: no escandalizar a los fieles de procedencia judía y ofrecer a Pablo un motivo lógico de reproche. Si el que en Jerusalén había predicado permitiendo la circuncisión hubiera cambiado de parecer en Antioquía, a los fieles de procedencia judaica les hubiera parecido que obraba así por temor a Pablo, los discípulos le habrían acusado de ser muy voluble y no habría sido pequeño el escándalo. Ciertamente, de haber cambiado de actitud, no habría despertado la sospecha de Pablo que, sin embargo, conocía todo con claridad y sabía el móvil por el que esto sucedía. Por eso Pablo hace el reproche y Pedro lo acepta, para que, cuando el maestro es acusado y calla, los discípulos rectifiquen con más facilidad. Si no hubiera sucedido así y Pablo hubiera exhortado a abandonar la ley, no habría conseguido nada; ahora bien, con un fingido violento reproche, infundió un temor mayor a los discípulos de Pedro. Si Pedro, después de escuchar, le hubiese replicado, con razón se le podría haber reprendido ya que habría echado a perder el plan. Ahora bien, mientras el uno hacía reproches y el otro permanecía en silencio, un gran temor se apoderó de los fieles de procedencia judaica ya que Pablo trató con mucha aspereza a Pedro.

5. Observa la exactitud de sus palabras al dar a conocer a los sensatos que no se trataba de una rivalidad sino de una estrategia. *Cuando Pedro* –dice– *fue a Antioquía, me opuse a él abiertamente porque se había hecho reprensible.* No dijo: «por mí», sino «por los

otros». No habría necesitado decirlo si por él hubiera hecho los reproches. La expresión *me opuse a él abiertamente* fue pronunciada en sentido figurado. Si realmente hubiera existido un conflicto entre ellos, no se habrían hecho objeciones mutuas en presencia de los discípulos pues les habrían escandalizado. Sin embargo, era necesaria la existencia de un conflicto entre ellos. Pablo cedió en Jerusalén [50] y ellos en Antioquía. ¿Cuál era la objeción? *Antes de venir algunos de los de Santiago* –pues éste era el maestro en Jerusalén–, *comía con los gentiles; pero cuando aquéllos llegaron, se retraía y apartaba por miedo a los de la circuncisión.* No era por temor al peligro –pues el que no sintió temor al principio, mucho menos lo sintió entonces–, sino para que no se apartasen. Él mismo dice a los Gálatas: *Temo por vosotros, no sea que, en vano, yo me haya esforzado* [51], y a su vez: *Temo que, como la serpiente engañó a Eva, también corrompa vuestros pensamientos* [52]. No temían a la muerte, el temor ante la perdición de los discípulos, no obstante, turbaba fuertemente su alma.

De suerte que, incluso Bernabé, se dejó arrastrar por su simulación [53]. No te extrañes si habla de una actitud fingida, pues no quiere, como he señalado anteriormente, revelar su intención para que aquéllos se corrijan. Observaban con rigidez la ley, por eso habla de simulación y hace vehementes reproches para arrancar de raíz su prejuicio. Pedro escucha y finge al mismo tiempo, como si realmente se hubiera equivocado, con el

50. Cf. Hch 21, 26.
51. Ga 4, 11.
52. 2 Co 11, 3.
53. Ga 2, 13.

fin de que ellos se corrijan con el reproche que a él iba dirigido. Si Pablo hubiera corregido directamente a los fieles procedentes del judaísmo, se habrían irritado y con desprecio le habrían rechazado, pues no tenían una gran opinión de él. Vieron, sin embargo, que el maestro era corregido y que callaba, y no pudieron ni despreciar ni contradecir las palabras de Pablo.

Pero cuando vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio [54]. No os sorprenda esta frase. No la pronuncia con la intención de acusar a Pedro, sino que se expresa de este modo para que los que escuchan lleguen a ser mejores gracias a las objeciones hechas a Pedro.

Dije a Pedro delante de todos [55]. ¿Ves cómo corrige a los demás? Por eso ha dicho *delante*, para que, escuchando, se atemoricen.

Di por qué has dicho: *Si tú que eres judío vives como los paganos y no como los judíos, ¿por qué obligas a los paganos a judaizar?* [56]. Los judíos, y no los paganos, participaron con él en esa simulación. ¿Por qué, entonces, acusas de lo que no ha sucedido? ¿Por qué no diriges tu discurso a los fieles de origen judío que también fingieron y lo destinas, en cambio, a los paganos? ¿Por qué acusas sólo a Pedro si también otros fingieron con él? Veamos cuál es su reproche: *Si tú que eres judío vives como los paganos y no como los judíos, ¿por qué obligas a los paganos a judaizar?* Al parecer sólo él disimulaba, ¿qué quiere mostrar en consecuencia? Desea que el reproche no despierte sospechas. Si hubiera dicho: «haces mal en observar la ley», los fieles

54. Ga 2, 14.
55. Ibid.
56. Ibid.

de origen judío le habrían acusado de hablar con insolencia contra su maestro. Le hace objeciones para defender a sus discípulos –y me refiero a los de procedencia pagana–, orienta así correctamente el discurso y también al no hacer extensivo su reproche a los discípulos, sino dirigirlo completamente al apóstol. *Si tú* –dice– *que eres judío vives como los paganos y no como los judíos,* como si dijera: «imitad al maestro porque, aunque es judío, vive al modo pagano». No se expresa así ya que no hubieran aceptado esa exhortación, mas, con el pretexto de un reproche en defensa de los paganos, descubre la intención de Pedro. Si hubiera dicho: «¿por qué obligas a los fieles de procedencia judía a judaizar?», habrían sido palabras muy fuertes, ahora bien, como se dirige no a los fieles de procedencia judía, sino a los de origen pagano, los corrige de esa forma. Los reproches, en efecto, cuando no son muy fuertes, son mejor recibidos. Así, ningún fiel de origen pagano podría acusar a Pablo de hablar en favor de los judíos. Pedro, en silencio y representando su papel, lo aceptó como conveniente con el fin de apartar a los judíos de la verdadera simulación. Dirigió el discurso en primer lugar a Pedro diciendo: *Si tú eres judío*; continúa y habla en general incluyéndose a sí mismo, y dice: *Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores de origen pagano* [57]. Sus palabras eran una auténtica exhortación, si bien, por los fieles provenientes del judaísmo las reviste de apariencia de acusación.

6. Actúa así también en otras partes: mientras parece decir una cosa, indica otra distinta, por ejemplo, cuando escribe a los Romanos, dice: *Ahora parto para*

57. Ga 2, 15.

Jerusalén en servicio de los santos [58]. Su única intención no era decir esto y comunicarles el motivo por el que se dirigía a Jerusalén, sino que pretendía estimularles en el celo por la limosna. Si hubiera querido dar a conocer el motivo del viaje, le bastaba con decir: «voy a prestar un servicio a los santos». Sin embargo, observa qué cantidad de indicaciones da: *Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta a beneficio de los pobres de entre los santos de Jerusalén. Y lo han querido así considerándose deudores suyos.* Y también: *Pues si los gentiles participaron de sus bienes espirituales, deben ellos servirles en los bienes materiales* [59]. Observa también en este punto [60] cómo se refiere a la intención de los judíos señalando una cosa por otra. Con autoridad afirma: *Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores de origen pagano.* ¿Qué significa *judíos de nacimiento*? Que no éramos prosélitos, sino que, educados desde muy jóvenes en la ley, después de abandonar la vida familiar, nos refugiamos en la fe de Cristo.

Ley y fe

Sabedores de que el hombre no será justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo [61]. Observa también aquí la seguridad de sus afirmaciones. No abandona-

58. Rm 15, 25.

59. Rm 15, 26-27.

60. Referido a Ga 2, 14, que, según la interpretación crisostomiana, contiene una exhortación bajo apariencia de reproche dirigido a Pedro.

61. Ga 2, 16.

mos la ley porque fuera perniciosa, sino por ineficaz. Si la ley no asegura la justicia, la circuncisión es superflua. A medida que avanza en el discurso, sin embargo, manifiesta que no sólo es superflua sino también peligrosa. Es preciso observar atentamente cómo al principio del discurso dice: *El hombre no es justificado por las obras de la ley*, y continúa después con mucha más dureza.

Si, buscando ser justificados en Cristo, somos aún tenidos por pecadores, ¿es Cristo, acaso, ministro de pecado? [62]. Si la fe en Él –dice– no justifica, sino que es necesario sujetarse de nuevo a la ley, si, al abandonar la ley por Cristo, no somos justificados por este abandono sino condenados, comprobaremos que el causante de esa condena es Él mismo, por quien abandonamos la ley y nos pasamos a Él. ¿Ves en qué lógico absurdo ha parado el discurso y con qué fuerza ha luchado? Si no es necesario abandonar la ley –dice–, y, en cambio, nosotros la hemos abandonado por Cristo ¿cómo seremos justificados? ¿Por qué le dices esto a Pedro y le amonestas a él que tiene un conocimiento más exacto que nadie? ¿Dios no le mostró, acaso, que no es necesario juzgar al hombre incircunciso en base a la circuncisión? [63]. Después de discutir sobre este asunto con los judíos, ¿no se opuso con valentía después de la visión? [64], ¿no envió desde Jerusalén indicaciones claras al respecto? [65].

62. Ga 2, 17.

63. Cf. Hch 10, 28.

64. Cf. Hch 11, 2ss. La visión a la que Crisóstomo se refiere es la tenida por Pedro en Joppe, con la que Dios le demostró que ningún alimento debía ser considerado inmundo y profano.

65. Cf. Ibid., 15, 22ss.

Polémico antijudaizante

No lo dice para corregir a Pedro. Era necesario, no obstante, que el discurso estuviese dirigido a él, cuando, en realidad, los reproches iban dirigidos a los discípulos. Atañen no sólo a los Gálatas, sino a los que sufren su misma enfermedad. Si en la actualidad muchos no están circuncidados, pero ayunan y observan el sábado con aquéllos, actúan igual y se apartan a sí mismos de la gracia. Si Cristo no ayuda a los que sólo practican la circuncisión [66], si se añade el ayuno y el sábado, al observar dos preceptos en lugar de uno ¡mira el peligro que se deriva! mucho más grave incluso a partir de ese momento. Al principio, cuando todavía existían la ciudad [67], el templo y todo lo demás, aquéllos actuaban así. Al ver, sin embargo, el castigo del que los judíos fueron objeto y la destrucción de la ciudad, observaron un mayor número de preceptos: ¿qué justificación podrían tener, por consiguiente, ya que observaron la ley incluso cuando los judíos mismos, aunque lo deseaban ardientemente, no lo pudieron hacer? Tú, que te revestiste de Cristo, que has llegado a ser miembro del Señor, que fuiste inscrito en la ciudad celeste, ¿todavía te arrastras en torno a la ley? ¿Cómo es posible que tú alcances el Reino? Escucha a Pablo que dice que el Evangelio es destruido por la observancia de la ley. Si lo deseas, aprende el modo, estremécete, huye del báratro. ¿Por qué guardas el sábado y ayunas con ellos? Evidentemente, porque temes a la ley y la inobservancia de aquellos preceptos. No habrías temido trasgredir la ley si no

66. Cf. Ga 5, 2.
67. Es decir, Jerusalén.

hubieras acusado a la fe de ser débil y de no tener capacidad de salvarse a sí misma. Si temes no observar el sábado, es evidente que temes a la ley como si todavía estuviera en vigor. Si existe necesidad de la ley, no de una parte, ni de un solo precepto, es evidente que existe necesidad de toda la ley; si hay necesidad de toda la ley, poco a poco se destruye la justificación que procede de la fe. Si observas el sábado, ¿por qué no te circuncidas también? Si estás circuncidado, ¿por qué no cumples con los sacrificios? Si es necesario observar la ley, es menester observarla entera, y si no es necesario observarla entera, tampoco se debe hacer en parte. Si por haber violado algún precepto tiemblas por temor a ser acusado de trasgresor, es obligado que sientas temor por haberla quebrantado en su totalidad. Si por trasgredirla entera no hay castigo, es evidente que tampoco lo habrá por haber violado una parte; si hay castigo por haber trasgredido una parte, mucho mayor será el castigo por haberla trasgredido entera; si es necesario observarla entera, es necesario desobedecer a Cristo o, si se escucha a Cristo, ser trasgresor de la ley. Si es necesario observarla, los que no la observen son trasgresores, y nosotros veremos en Cristo al causante de esa violación, pues Él mismo abolió la ley relativa a estos preceptos y ordenó ponerle fin.

7. ¿Ves qué traman los judaizantes? Porque Pablo dice: *¿Es, acaso, Cristo ministro de pecado?* [68]. Presentan a Cristo, motivo entre nosotros de justificación, como la causa de pecado. Condujo el discurso al absurdo y no necesitó un argumento para refutarlo, le

68. Ga 2, 17.

bastó con negarlo con las palabras: *De ninguna manera* [69]: para refutar lo vergonzoso e infame no son necesarios argumentos persuasivos, con negarlo es suficiente.

La muerte en la ley y la vida en Cristo

Si edifico de nuevo aquello que destruí, me presento a mí mismo como trasgresor [70]. Observa la sagacidad de Pablo. Pretendían demostrar que el que no observa la ley es un trasgresor. Éste, en cambio, condujo el discurso en sentido contrario, y manifiesta que quien observa la ley es un trasgresor, no de la fe, sino de la ley misma. *Edifico de nuevo aquello que destruí,* es decir, la ley. Su afirmación significa lo que sigue: ha cesado la ley, nosotros lo reconocimos, por lo que, abandonada, nos refugiamos en la salvación que procede de la fe. Si pretendiéramos restaurarla, seríamos trasgresores, en la medida en la que nos empeñamos en observar lo que Dios ha abrogado. A continuación señala cómo fue abolida: *Pues yo por medio de la ley he muerto a la ley* [71]. Estas palabras tienen un doble significado: o el apóstol se refiere a la ley de la gracia –en efecto, puede llamarla ley, como cuando dice: *La ley del Espíritu de vida me liberó* [72]–, o bien se refiere a la ley antigua, indicando que por la ley misma murió a la ley, es decir, la ley misma me llevó a no observarla nunca más. Si se ciñese a ella, en efecto, la trasgredería. ¿Cómo y en

69. Ibid.
70. Ga 2, 18.
71. Ga 2, 19.
72. Rm 8, 2.

qué modo? Moisés dice: *El Señor Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo: a él escucharéis*[73], refiriéndose a Cristo. De esta suerte, quienes no le obedecen, trasgreden la ley.

Podemos entender de otra forma la frase: *Por medio de la ley he muerto a la ley*. La ley ordena realizar todo lo legislado y castiga a quien no lo cumple. Todos, en efecto, hemos muerto a ésta ya que nadie la ha cumplido. Observa con qué moderación dirige la lucha contra ésta, pues no dijo: «la ley murió para mí», sino: *Yo he muerto a la ley*. Esta afirmación significa lo siguiente: de la misma manera que es imposible que un cadáver y un muerto obedezcan los preceptos de la ley, así también me es imposible a mí, que estoy muerto por la perdición que de ella se deriva, ya que he muerto a sus palabras. No des órdenes al que ha muerto, a quien la ley misma le dio muerte, muerte no sólo del cuerpo sino también del alma, que fue la que provocó la del cuerpo. Lo que esto quiere decir lo manifiesta con las palabras siguientes: *A fin de vivir para Dios* –dice– *estoy crucificado con Cristo*[74]. Ya que dijo: *Estoy muerto*, para que nadie dijese: «¿cómo vive, entonces?» señaló la causa de la vida y mostró que, mientras la ley dio muerte al que vive, Cristo, tomando al que estaba muerto, le dio la vida a través de la muerte. Indica un doble prodigio: que Cristo dio la vida al que estaba muerto y que otorgó la vida a través de la muerte. Ahora llama a la vida muerte, y esto es lo que significa: *A fin de vivir para Dios estoy crucificado con Cristo*. ¿Cómo es posible –dice– que el que vive y respira haya sido crucificado? Que Cristo fue crucificado es evidente, mas, tú, ¿cómo es

73. Dt 18, 15.
74. Ga 2, 19.

posible que hayas sido crucificado y que vivas? Observa cómo lo explica: *Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* [75]. Con las palabras: *Estoy crucificado con Cristo* se refirió al bautismo, con las palabras: *Ya no vivo yo* se refiere a la vida siguiente en la que nuestros miembros son mortificados [76]. ¿Qué significa *Cristo vive en mí*? Significa que no hago nada que Cristo no quiera. Así como habla no de la muerte en general sino de la que se deriva del pecado, así denomina vida a la liberación de aquéllos, pues no es posible vivir para Dios si no se ha muerto al pecado. De la misma forma que Cristo se sometió a la muerte corporal, así yo me someto a la muerte según el pecado. *Mortificad vuestros miembros terrenos, esto es, la fornicación, la impureza, el adulterio* [77], y dice a su vez: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado* [78], hecho que ha tenido lugar en el agua bautismal. Si has muerto al pecado, vives para Cristo, si, por el contrario, lo resucitaste de nuevo, corrompiste esa vida. No sucedió así con Pablo, que permaneció completamente muerto al pecado. Si vivo para Dios –dice– con una vida distinta a la vida en la ley, he muerto a ella y no puedo observar ninguno de sus preceptos.

8. Considera el rigor de su vida y admira inmensamente aquella bienaventurada alma. Pues no dijo: «yo vivo», sino: *Cristo vive en mí*. ¿Quién se atrevería a expresarse de esa forma? Fue dócil a Cristo, repudió todo lo mundano e hizo todo según su voluntad, por lo que no dijo: «vivo para Cristo», sino algo mucho mayor:

75. Ga 2, 20.
76. Cf. Col 3, 5.
77. Ibid.
78. Rm 6, 6.

Cristo vive en mí. Si el pecado domina, él es el que vive y guía al alma de acuerdo con su deseo, si muere el pecado, acontece cuanto parece a Cristo. Una vida así no es humana, porque es Cristo quien vive en nosotros, es decir, Él es el que actúa y tiene el poder. Ya que decía: *Soy crucificado juntamente con Cristo*, y *Ya no vivo yo*, sino que estoy muerto, como muchos creyeron que decía algo increíble, añadió: *Esta vida que vivo ahora en la carne, la vivo en la f· en el Hijo de Dios* [79]. Mis palabras --dice-- se refieren la vida espiritual, pero si se examinara la vida sensi e, se vería que también ésta me ha sobrevenido gracias la fe en Cristo. Con respecto a la vida pasada y a la ley, yo merecía el mayor de los castigos y hace tiempo que habría muerto. *Todos pecaron y han estado privados de la gloria de Dios* [80]; Cristo nos liberó cuando estábamos condenados. Todos estaban muertos, si no de hecho, al menos estaban sentenciados y, en espera de la perdición. Cristo los liberó. La ley acusó y Dios juzgó, mas Cristo vino, se entregó a la muerte y nos apartó a todos de la muerte. Así *La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe*. Si esto no hubiera sucedido así, nada habría impedido que todo hubiera desaparecido, como sucedió en el momento del diluvio [81], mas la venida de Cristo, que puso fin a la ira de Dios, hizo que nosotros viviésemos gracias a la fe. Para entender lo que quiere decir, escucha lo que a continuación señala: después de decir: *La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe*, ha añadido: *En el Hijo de Dios, que me ha amado y se ha dado a sí mismo por mí* [82].

79. Ga 2, 20.
80. Rm 3, 23.
81. Cf. Gn 6, 17ss.
82. Ga 2, 20.

Universalidad del sacrificio redentor de Cristo

Pablo, ¿qué haces? ¿ Haces tuyo lo que es de todos y te apropias de lo realizado en favor de todo el mundo? Pues no dijo: «el que nos ha amado», sino: *El que me ha amado.* El evangelista afirma: *Así ha amado Dios al mundo* [83], y tú añades: *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó* [84], pero no sólo por ti, sino por todos, y además: *A fin de obtener para sí un pueblo escogido* [85]. ¿Qué quiere decir? Se refiere a la desesperación de la naturaleza humana, a la inefable solicitud de Cristo, y al pensar en aquellos a quienes Él ha liberado del mal, otorgándoles un bien, se siente inflamado por el amor a Cristo. Con frecuencia, los profetas también se apropiaron del Dios común diciendo: *Dios, Dios mío, a ti voy de madrugada* [86]. Al mismo tiempo señala que es justo que cada uno dé tantas gracias a Cristo cuantas le daría si hubiera venido sólo por él. No habría rechazado un plan providencial semejante por una sola persona: ama a cada hombre, con la misma intensidad de amor con la que ama a todo el mundo. Ofreció su sacrificio por toda la humanidad, y era suficiente para salvar a todos, si bien, sólo los creyentes se han beneficiado. Que no todos creyeran en Él no le impidió acometer un plan providencial de esas características. Actuó de forma semejante a como aparece relatada en el banquete del Evangelio: estaba preparado y no acudieron los invitados, pero no por ello se suspendió, sino que fueron

83. Jn 3, 16.
84. Rm 8, 32.
85. Tt 2, 14.
86. Sal 63 (62), 2.

invitadas otras personas [87]. De cien ovejas se perdió una [88] y, sin embargo, no la despreció. Pablo alude en cierto modo a esta idea cuando se refiere a los judíos con las palabras: *Y qué si algunos son incrédulos. ¿Acaso su incredulidad anulará la fidelidad de Dios? De ninguna manera. Quede claro que Dios es veraz, mientras todo hombre es falaz* [89]. Él te ha amado de tal forma que se entregó a sí mismo, te ha llevado a una vida sublime cuando no tenías esperanza de salvación, y aun así, ¿volverás al pasado después de todos estos bienes?

Expuso con claridad sus argumentos y después proclamó con fuerza: *No anulo la gracia de Dios* [90]. Que escuchen los que todavía ahora están judaizando y observan la ley, ya que estas palabras van dirigidas a ellos.

Pues si por ley se obtiene justicia, Cristo murió en vano [91]. ¿Qué pecado habría más grave que éste? ¿Qué avergüenza más que estas palabras? Si Cristo murió, es evidente que fue por la incapacidad de la ley para justificarnos, pero si la ley justifica, la muerte de Cristo es inútil. Un acontecimiento que provoca un estremecimiento tal, que supera la comprensión humana, un misterio inefable por el que los patriarcas sufrieron dolores de parto [92], que los profetas anunciaron, que los ángeles contemplaron con estupor, y que todos han convenido en considerar como el culmen de la solicitud de Dios, ¿sería lógico decir que sucedió en vano y sin mo-

87. Cf. Lc 14, 16ss.
88. Cf. Mt 18, 12.
89. Rm 3, 3-4.
90. Ga 2, 21.
91. Ibid.
92. Juan Crisóstomo emplea el mismo verbo *odíno* que aparece en Ga 4, 19.

tivo? Reflexionando en lo absurdo de afirmar que un suceso así aconteció en vano –deducción que se colige de su comportamiento–, les apostrofa violentamente diciéndoles como sigue:

CAPÍTULO III

Insensatos Gálatas, ¿quién os fascinó? Ante vuestros ojos fue presentado Jesucristo, entre vosotros crucificado [1].

El justo reproche de Pablo

1. En este capítulo aborda otro tema. En los anteriores demostró que no era un apóstol de hombres ni por hombres, y que no necesitó de la enseñanza de los apóstoles. Aquí, después de presentarse como maestro digno de confianza, al comparar la fe y la ley habla con más autoridad. Comenzó la Epístola con las palabras: *Me maravillo de que tan pronto os hayáis pasado* [2], ahora, en cambio, dice: *¡Insensatos Gálatas!* Estaba muy indignado y, tras defenderse, manifestó su irritación después de detallar su situación. No te extrañes de que les llame insensatos, no viola la ley de Dios que prohíbe llamar loco al hermano [3], muy al contrario, la respeta. No dice simplemente: «el que llama loco a su hermano», sino: «el que llama loco sin motivo a su hermano» [4]. ¿A quiénes podría llamarse

1. Ga 3, 1.
2. Ga 1, 6.
3. Cf. Mt 5, 22.
4. Refiriéndose al mencionado pasaje evangélico, Juan Crisós-

de este modo con más motivo que a éstos [5] que, después de semejantes beneficios, renunciaron al pasado? Si por esto consideras que Pablo les ofende, llamarás homicida a Pedro por Safira y Ananías [6]: si afirmarlo es una necedad, mucho más lo es en el caso que nos ocupa.

Observa cómo no utiliza desde el principio ese tono violento. Aporta primero pruebas y argumentos, y, luego, las pruebas mismas y no él delatan a los Gálatas. Demostró que rechazaban la fe y que hablaban de la muerte de Cristo como de algo inútil. Entonces les amonesta, y no como convenía, ya que merecían palabras mucho más duras.

Mira cómo les reprocha y cómo abandona enseguida ese tono. No les hizo preguntas del estilo de «¿quién os engañó?», «¿quién abusó de vosotros?», «¿quién os embaucó?» sino la pregunta: *¿Quién os fascinó?*, como un reproche con un cierto tinte de elogio. Es el procedimiento del que quiere demostrar que su comportamiento suscitó envidia al principio, y que lo que sucedía era consecuencia de la hostilidad del diablo que con fuerza obstaculizaba sus propios éxitos.

tomo añade el adverbio *eikê* (=sin motivo), si bien, en el comentario específico al Evangelio de Mateo, se suma a una tradición que se remonta a IRENEO (*Adv. haer.* II, 32, 1: ed. Harvey, I, p. 372; IV, 13, 1: SC 100, p. 524; IV, 16, 5: ibid., p. 572); ORÍGENES (*In Cant. Cantic.* I: GCS VIII, p. 95); CIPRIANO (*Test. ad Quir.* III, 8: CCL III, p. 97), a propósito de la primera parte de Mt 5, 22, donde Jesús habla del que se enoja con el propio hermano (*sin motivo*, como precisamente añade CRISÓSTOMO: cf. *In Mt. hom.* 16, 5.7-8; PG 57, 245, 248-249).

5. Los Gálatas.

6. Cf. Hch 5, 1ss.

La envidia

Cuando ahora oigas hablar de envidia y leas en el Evangelio que el ojo malvado la manifiesta [7], no pienses que los ojos por naturaleza dañan a los que miran, pues el ojo no podría ser malvado ya que es un órgano. Cristo se refiere a la envidia. De los ojos es propio sólo y simplemente ver, en cambio, ver con malicia es característico de un ánimo interiormente corrupto. Ya que a través de este sentido penetra en nuestra alma la observación de cuanto se ve, y lo normal es que la envidia nazca por la riqueza, y la riqueza, el poder humano y el fasto se ve con los ojos, por este motivo, Cristo habló del ojo malvado, no del que simplemente ve, sino del que ve con perversidad por la maldad de ánimo [8]. Al decir: *¿Quién os fascinó?* manifiesta que se comportan, no como personas diligentes ni como los que concluyen lo que falta, sino como los que mutilan lo que existe: de la envidia es propio no añadir lo que falta, sino apoderarse de algo de lo que está completo y destruirlo en su totalidad. Pablo se expresa así no porque la envidia tenga fuerza por sí misma, sino porque los que la manifiestan [9] llegan a ese punto por rivalidad [10].

7. Cf. Mt 20, 15.

8. Se observa la preocupación del Crisóstomo por atribuir el pecado no a la corporeidad propiamente dicha, sino a la elección interior del hombre, tal y como se desarrollará sucesivamente en el curso del comentario al c. 5 de la *Epístola a los Gálatas.*

9. Los adversarios de Pablo en Galacia.

10. De la explicación de Crisóstomo, se deduce que él ve en el verbo *baskáino* de Ga 3, 1 la envidia, la rivalidad que los judaizantes llegados a Galacia alimentaban hacia la comunidad evangelizada por Pablo. De aquí el tema de la envidia desarrollado por nuestro autor.

La fuerza de la fe

Ante vuestros ojos fue presentado Jesucristo, entre vosotros crucificado [11]. No fue crucificado en el país de los Gálatas sino en Jerusalén, entonces, ¿por qué dice: *entre vosotros*? Para señalar la fuerza de la fe que puede ver incluso lo que sucede lejos. Y no dijo: «fue crucificado», sino: *Fue presentado crucificado*, indicando que algunos de los presentes vieron lo sucedido con los ojos de la fe y lo asimilaron con todo detalle. Muchos, aunque vieron la crucifixión, no se beneficiaron. En cambio éstos [12], aunque no la vieron con sus propios ojos, sin embargo la contemplaron en todo su detalle gracias a la fe. Dice esto para reprenderlos y alabarlos al mismo tiempo: para alabarlos porque acogieron ese acontecimiento [13] con completa convicción; para reprocharlos porque abandonaron a Éste, desnudo, maltratado, clavado, cubierto de esputos, escarnecido, al que se dio a beber vinagre, acusado por ladrones, traspasado por una lanza (todo esto lo manifestó al decir: *Fue presentado entre vosotros crucificado*) y acudieron a la ley sin considerar aquellos padecimientos. Observa tú cómo sin mencionar al cielo, a la tierra, al mar y a todo lo demás, anunciaba el poder de Cristo ensalzando la cruz. Esto era lo más importante de su solicitud por nosotros.

Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿habéis recibido el Espíritu gracias a las obras de la ley, o por la predicación de la fe? [14]. Ya que no escucháis con atención

11. Ga 3, 1.
12. Los Gálatas.
13. La crucifixión de Cristo.
14. Ga 3, 2.

los largos discursos –dice– y no reconocéis la grandeza de la providencia divina, habida cuenta de vuestra enorme ingratitud, deseo convenceros con un discurso conciso y una rapidísima demostración. Antes intentó persuadirlos con lo que le dijo a Pedro. Aquí, en cambio, se dirige a ellos con argumentaciones no basadas en lo acontecido en otro sitio, sino en lo sucedido entre ellos. Los persuade y sus argumentos se fundamentan en lo entregado a cada uno en común y a lo dado a cada uno individualmente. Por esto dice: *Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿habéis recibido el Espíritu gracias a las obras de la ley, o por la predicación de la fe?* Recibisteis el Espíritu Santo, habéis hecho muchos prodigios, habéis realizado milagros resucitando a muertos, limpiando a leprosos, profetizando, hablando lenguas, ¿acaso fue la ley lo que os dio tanta fuerza? Nada de eso lo hacíais antes. ¿No es, entonces, por la fe?

Carne y Espíritu

2. ¿No era indicio claro de una demencia extrema que éstos, que habían recibido tan grandes beneficios de la fe, la abandonaran para pasar a la ley que no les ofrecía nada semejante?.

¿Tan insensatos sois que, después de haber comenzado en Espíritu, ahora acabáis en carne? [15]. De nuevo les hace oportunos reproches. Con el paso del tiempo, es necesario –dice– que progreséis, mas, no sólo no habéis avanzado, sino que habéis retrocedido. Los que comienzan con lo que tiene poca relevancia, avanzan y llegan a algo más importante; vosotros, en cambio, que

15. Ga 3, 3.

habéis comenzado por lo sublime, habéis llegado a su contrario. Si hubierais empezado por lo carnal, forzoso habría sido que avanzarais hacia lo espiritual; ahora bien: después de haber comenzado por lo espiritual, habéis acabado en lo carnal: hacer milagros es espiritual, circuncidarse, en cambio, carnal. Pero, vosotros, después de los milagros, acudisteis a la circuncisión; tuvisteis en vuestras manos la verdad y, sin embargo, caísteis en la apariencia de verdad; mirasteis el sol y, no obstante, buscáis la luz; tras el alimento sólido, corréis a la leche [16]. No dijo: «lleváis a término en la carne», sino: *Acabáis en carne* [17], señalando que aquéllos [18] los habían capturado como a animales mientras éstos [19] estaban dispuestos a asumir su propia voluntad. Es el mismo caso que si uno de los más valerosos estrategas, después de obtener innumerables trofeos y victorias, se expusiera al desprecio reservado a los desertores, y entregara su cuerpo a los que desearan imprimir la marca del deshonor.

Invitación a la esperanza

¿Habéis experimentado en vano cosas tan grandes? Sería en vano, en efecto [20]. Son palabras más hirientes

16. Sobre la oposición entre alimento sólido y leche, cf. Hb. 5, 12-14; 1 Co 3, 2.

17. Juan Crisóstomo en este punto distingue entre *teleîsthe* y *epiteleîsthe*. Este último es el verbo empleado por san Pablo y que, en el pensamiento de nuestro autor, expresa la degeneración de un proceso espiritual que los Gálatas no han llevado a cumplimiento.

18. Se hace referencia siempre a los adversarios de Pablo en Galacia.

19. Los Gálatas.

20. Ga 3, 4.

que las anteriores ya que el recuerdo de los milagros no pudo conmoverlos, como tampoco el conocimiento de las pruebas y la constancia en los padecimientos soportados por Cristo. Por lo que se refiere a lo que padecisteis, esos desean –dice– perjudicaros y arrebataros la corona [21]. Mas para no sacudir su alma y debilitar su vigor, no esperó a la demostración, sino que añadió: *Sería en vano, en efecto.* Si hubierais querido –dice– volver y conciliaros con vosotros mismos, no habríais sufrido en vano. ¿Dónde están ahora los que excluyen la penitencia? [22]. He aquí que también éstos recibieron el Espíritu, hicieron milagros, llegaron a ser confesores de la fe, soportando miles de peligros y persecuciones por Cristo y, después, sin embargo, se apartaron de la gracia [23]. Si hubierais querido –dice– habríais podido conciliaros con vosotros mismos.

Ley y fe. El ejemplo de Abraham

El que os concede el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley o por la predicación de la fe? [24]. ¿Por qué os habéis considerado

21. En el sentido de premio, recompensa, como aparece en otro lugar del presente comentario crisostomiano.

22. Nuestro autor alude probablemente al rigor, en materia penitencial, de los novacianos o «puros», como ellos mismos se hacen llamar. Juan Crisóstomo se refiere a éstos en otras obras: cf. *In Eph. hom.* 14, 2 (PG 62, 102); *In Hb. hom.* 20, 1 (PG 63, 143); *Hom. VI adv. Catharos* (PG 63, 491-494). Los novacianos, en el siglo IV, habían conservado, en Constantinopla y en las vecinas provincias del Asia Menor, una sólida organización.

23. Para esta expresión, cf. Ga 5, 4.

24. Ga 3, 5.

dignos –dice– de un don tan grande y por qué habéis realizado prodigios semejantes, por la observancia de la ley o por la conservación de la fe? Por la fe, evidentemente. Aquéllos afirmaban una y otra vez la debilidad de la fe sin la ley, por eso subraya todo lo contrario: que la fe no se servirá nunca de los preceptos de la ley, y que la fe tiene poder aun cuando no esté junto a la ley. *Cuantos buscáis la justicia en la ley,* –dice– *habéis perdido la gracia* [25]. Teniendo como punto de partida lo ya demostrado, y ya avanzado el discurso, hace esta afirmación con toda franqueza [26], mientras prepara la ocasión para abordar lo omitido en relación con los Gálatas. Cuando no teníais vuestra confianza puesta –dice– en la ley sino en la fe, entonces Recibisteis al Espíritu y realizasteis prodigios. Si el tema del discurso era la ley, añadía otro argumento muy útil para la contienda contra sus adversarios: oportunamente y con gran eficacia ponía como ejemplo a Abraham diciendo: *Abraham creyó en Dios y le fue reputado como justicia* [27]. Es prueba evidente del poder de la fe los prodigios operados por vosotros, ahora bien, –dice– si lo deseáis, también os podría convencer con sucesos antiguos. Tenían en gran estima al patriarca, por eso lo pone como ejemplo e indica que también éste fue justificado del mismo

25. Ga 5, 4.

26. En el desarrollo de la *Epístola a los Gálatas*, Crisóstomo manifiesta comprender de forma progresiva la siempre más explícita manifestación de la *parrhesía* de Pablo, es decir, de la franqueza, libertad y sinceridad con la que él vehementemente sostiene sus convicciones. Con respecto al término señalado, véase el estudio de G. SCARPAT, *Parrhesia. Storia del termine e delle sue traduzioni in latino*, Brescia 1964.

27. Ga 3, 6.

modo [28]. Si él fue justificado primeramente por la gracia desde la fe porque abundaba en obras buenas, mucho más vosotros. ¿Qué daño recibió por no estar sometido a la ley? Ninguno. Por el contrario, la fe le bastó para ser justificado. No fue entonces la ley -dice- ni tampoco ahora es la ley como también entonces. Por esto Pablo, para no dar pie a una contradicción semejante, después de eliminar la necesidad de la ley, lo presentó justificado primero por la ley. De la misma forma que entonces la ley no fue en ningún momento dada, ahora, aunque dada, es cesada.

Estaban orgullosos de ser descendientes de Abraham [29] y temían perder ese parentesco si abandonaban la ley. Por eso Pablo los refuta y destruye ese temor al demostrar que la fe es la que les proporciona el parentesco con él [30]. Lo demuestra claramente en la epístola a los Romanos [31], y también en este punto diciendo: *Entended que los nacidos de la fe, esos son los hijos de Abraham* [32]. Aduce también el testimonio del Antiguo Testamento para probarlo. *Previendo la Escritura* -dice- *que por la fe justificaría Dios a los gentiles, preanunció a Abraham: «En ti serán bendecidas todas las gentes»* [33]. No son hijos de Abraham, en efecto, los que tienen con él un vínculo familiar, sino los que imitan su fe (esto significa la expresión: *En ti serán bendecidas las gentes*), es evidente que esto es lo que les convierte en sus descendientes.

28. Por medio de la fe.
29. Cf. Jn 8, 33.
30. Con Abraham.
31. Cf. Rm 4, 3ss.
32. Ga 3, 7.
33. Ga 3, 8. Para la referencia veterotestamentaria, cf. Gn 12, 3 y 18, 18..

3. Con estas palabras manifiesta otro concepto importante. Les turbó el hecho de que la ley fuera más antigua y que la fe viniera a continuación de la ley. Por eso elimina su inquietud señalando que la fe es anterior a la ley, lo que resulta evidente en el caso de Abraham: éste ya había sido justificado antes de aparecer la ley. Indica que lo ahora [34] sucedido aconteció según la profecía: *Previendo la Escritura* -dice- *que por la fe justificaría Dios a los gentiles,* -no por obra de la ley- *preanunció a Abraham* [35]. ¿Qué significa? Que el mismo que dio la ley, antes incluso de dar esta ley, -dice- estableció que los gentiles fuesen justificados por la fe. Y no dijo «lo reveló», sino «lo anunció», para que te des cuenta de que complacía al patriarca el modo en el que fue dada la justificación y que deseaba ardientemente que sucediese así.

De la fe procede la bendición

Otro temor les acuciaba (pues escrito estaba: *Maldito todo el que no se mantiene en todo lo escrito en el libro de esta ley para cumplirlo* [36]) y también lo elimina refutándolos de nuevo con sagacidad e inteligencia: les muestra que los que abandonan la ley no sólo no son maldecidos, sino que, por el contrario, son bendecidos, mientras que los que la observan, no sólo no son bendecidos, sino maldecidos. Aquéllos decían que el que no observa la ley es maldito, éste demuestra, en cambio, que el que la observa es maldito y el que no,

34. Esto es, la justificación de los gentiles por la fe y no por obra de la ley.

35. Ga 3, 8.

36. Dt 27, 26, cit. en Ga 3, 10.

es bendecido. Ellos, además, decían que el que sólo se consagra a la fe está maldito, mas éste demuestra que el que sólo confía en la fe es bendecido. ¿Cómo lo demuestra? No nos ocupa algo sin importancia, por lo que es menester prestar una cuidadosa atención a lo que sigue. Lo indicó también anteriormente al señalar cómo la Escritura se refería al patriarca con las palabras: *En ti serán bendecidas todas las gentes.* No existía entonces la ley sino la fe, por lo que añadió como conclusión: *De suerte que los que nacen de la fe son bendecidos con el fiel Abraham* [37].

La justificación por la fe

Para que no objeten diciendo «naturalmente que Abraham fue justificado por la fe pues no existía la ley», muéstrame que, aun dada la ley, la fe es la que justifica. Llegado a este punto, su demostración llega más allá de lo que requerían: que la fe no sólo justifica sino que, incluso, la ley hace malditos a quienes se sirven de ella. Para que entiendas esto, escucha las palabras del apóstol: *Cuantos confían en las obras de la ley, se hallan bajo maldición* [38]. Se trata de una afirmación, no obstante, que todavía no tiene demostración. ¿Cuál es su demostración?: *Maldito todo el que no se mantiene en todo lo escrito en el libro de esta ley para cumplirlo. Es evidente que en la ley nadie es justificado* [39]. *Pues todos pecaron* [40] y están bajo maldi-

37. Ga 3, 9.
38. Ga 3, 10.
39. Ga 3, 10-11.
40. Rm 3, 23.

ción. Pero no lo expresa de esta forma para que no parezca que exponía su propia opinión. Prueba, por el contrario, su argumentación con un testimonio que contiene sintéticamente ambos conceptos: que nadie ha cumplido la ley (por lo que también eran malditos), y que la ley justifica. ¿De qué testimonio se trata? Del profeta Habacuc que dice así: *El justo por su fe vivirá*[41], lo que demuestra que no sólo la justificación viene por la fe, sino también que no es posible salvarse a través de la ley. Nadie –dice– observó la ley y por esa trasgresión estaban sujetos a perdición. Ese es el motivo por el que se dispuso una vía fácil, la que proviene de la fe, lo que también es una prueba importante de que nadie puede justificarse por la ley. Pues el profeta no dijo: «el justo vivirá gracias a la ley» sino: *Gracias a la fe.*

La ley no se funda en la fe, sino que el que cumple estos preceptos, en ellos vivirá[42]. Pretende señalar que la ley no reclama sólo fe sino también hechos, en tanto que la gracia salva y justifica por la fe. ¿Ves cómo demostró que los que confiaron en la ley, por la imposibilidad de cumplirla, estuvieron sujetos a la maldición, y cómo la fe tiene el poder de justificar? Lo había afirmado y demostrado anteriormente con mucha fuerza. La ley no pudo conducir al hombre a la justificación, por lo que la fe aportó un remedio no pequeño, es decir, gracias a ella fue posible lo que no lo era por la ley. Si la Escritura señala: *El justo vivirá gracias a la fe*, desconfiando de que la salvación venga a través de la ley, y puesto que Abraham fue justificado por la fe, es evidente que la fuerza de la fe es grande.

41. Ha 2, 4.
42. Ga 3, 12. Cf. Lv 18, 5.

Cristo nos rescató de la maldición de la ley

Es evidente que el que no permanece en la ley está maldecido y que el que confía en la fe está justificado. ¿Cómo –podría alguien decir– podrías demostrarnos que aquella maldición ahora no tiene validez? Abraham existió antes de la ley, nosotros, en cambio, sujetos al yugo de la esclavitud, hemos estado sometidos a la maldición, ¿quién la destruye? Mira qué rápidamente contesta a esta objeción, aunque habría sido suficiente con lo ya dicho. El que ha sido justificado una vez, ha muerto a la ley y ha alcanzado una vida nueva, ¿cómo podría, por consiguiente, estar sujeto a maldición? No se conforma, sin embargo, con esta cuestión, sino que disputa incluso en otro sentido al escribir: *Cristo nos redimió de la maldición de la ley haciéndose por nosotros maldición, pues escrito está: «Maldito todo el que es colgado del madero»* [43]. Sobre el pueblo, en efecto, recaía otra maldición que dice: *Maldito todo el que no permanece fiel a cuanto se ha escrito en el libro de la ley* [44]. ¿Qué significa? El pueblo estaba maldecido porque no era fiel y nadie había cumplido la totalidad de la ley. Cristo, no obstante, sustituyó esta imprecación por otra que dice: *Maldito todo el que sea colgado del madero* [45]. Ya que está anatematizado el que pende de un madero y es maldito el que trasgrede la ley, el que iba a destruir aquella maldición [46] era preciso que no estuviese sujeto a ésta, y puesto que debía aceptar una maldición en lugar de

43. Ga 3, 13. Cf. Dt 21, 23.
44. Dt 27, 26.
45. Dt 21, 23.
46. La relativa a la trasgresión de la ley.

otra [47], aceptó ésta y destruyó aquélla gracias a ésta. Cristo actuó como el inocente que escoge morir en lugar del condenado a muerte salvándolo del castigo. No caía sobre Cristo la maldición de la trasgresión, por lo que escogió ésta en lugar de aquélla a fin de destruir la de todos [48]. *No cometió pecado y no fue encontrado engaño en su boca* [49].

4. De la misma forma que muriendo liberó de la muerte a los que iban a morir, así, aceptando la maldición, liberó de la maldición [50].

Para que la bendición de Abraham llegase a las gentes [51]. ¿Cómo llegó a las gentes? *En tu descendencia serán bendecidas todas las gentes* [52], es decir, en Cristo. Si esto se decía en referencia a los judíos, ¿cómo podría suceder que los sujetos a maldición por la trasgresión de la ley alcanzasen la bendición por otros motivos? Nadie sobre quien recaiga una maldición puede alcanzar para otro la bendición de la que él mismo se privó. De donde resulta evidente que todo se ha referido a Cristo. Era descendencia de Abraham y gracias a él las gentes son bendecidas. De esa forma viene la promesa del Espíritu, cosa que precisamente Pablo indicaba también con las palabras: *Para que reciban la promesa del Espíritu por la fe* [53]. La gracia del Espíritu

47. Es decir, la maldición de Dt 21, 23 en lugar de la de Dt 27, 26.

48. La maldición relativa a la trasgresión.

49. Is 53, 9.

50. Cristo aceptó la maldición de Dt 21, 23 con el fin de liberar de la de Dt 27, 26.

51. Ga 3, 14.

52. Gn 22, 18.

53. Ga 3, 14.

no podía alcanzar al ingrato y al hostil, por lo que las gentes consiguen la gracia del Espíritu, una vez eliminada la maldición, después de haber sido bendecidas y justificadas por la fe. De esta suerte, la cruz liberó de la maldición, la fe introdujo la justicia y la justicia alcanzó la gracia del Espíritu.

El lenguaje de la Escritura

Voy a hablaros, hermanos, a lo humano. El testamento legitimado, con ser de hombre, nadie lo anula, nadie le añade nada [54]. ¿Qué significa: *Voy a hablaros a lo humano*? Quiere decir con ejemplos humanos. Después de corroborar sus palabras con la Escritura, con los prodigios acontecidos entre ellos, con los sufrimientos de Cristo y con el patriarca, utiliza seguidamente el lenguaje de uso común. Acostumbra a hacerlo así, de suerte que suaviza el discurso, lo hace accesible y más comprensible a las personas menos instruidas. Por ejemplo, al hablar con los Corintios les dice: *¿Quién apacienta un rebaño y no toma su leche? ¿Quién planta una viña y no come su fruto?* [55] Y a los Hebreos: *Un testamento tiene valor después de la muerte, ya que no es firme mientras vive el testador* [56]. En cualquier otro punto podrían encontrarse ejemplos semejantes como prueba

54. Ga 3, 15.

55. 1 Co 9, 7. También en el comentario específico a este pasaje, Juan Crisóstomo pone de relieve la costumbre de Pablo de usar expresiones del lenguaje coloquial: cf. *In 1 Co. hom.* 21, 2 (PG 61, 172).

56. Hb 9, 17. Un discurso semejante desarrolla Juan Crisóstomo en el comentario a Hb 9, 15ss.: véase *In Hb. hom.* 16, 1 (PG 63, 123).

evidente de que éste siente predilección por este tipo de razonamientos. Dios actúa así continuamente en el Antiguo Testamento, y, por ejemplo, dice: *Una mujer no se olvida de su hijo* [57], y *¿Dirá, acaso, la vasija al alfarero: «qué haces»?* [58]. Y también en Oseas se representa a un hombre ultrajado por una mujer [59]. En muchos ejemplos parecidos podrían verse distintos aspectos de la vida humana, como cuando el profeta toma el cinturón y se dirige a la casa del alfarero [60].

¿Qué quiere decir Pablo con este ejemplo? Que la fe era más antigua, la ley más reciente y temporal y que fue dada para abrir paso a la fe. Por eso dice: *Voy a hablaros, hermanos, a lo humano.* Conjuga reproches con palabras de ánimo y así les llamó primero insensatos y ahora hermanos. *Un testamento legitimado aunque proceda de un hombre.* Si un hombre –dice– hace testamento, ¿se atrevería alguien a cambiarlo una y otra vez o a añadir algo? Esto significa la expresión: *Nadie añade nada,* lo que sucede con mayor motivo en el caso de Dios. ¿En favor de quién hizo Dios el testamento? *A Abraham* –dice– *y a su descendencia les fueron anunciadas las promesas* [61]. *La Escritura no dice «a sus descendientes», como si se refiriese a muchos, sino «a tu descendencia» ya que se trata de uno solo que es Cristo. Y yo digo: el testamento otorgado por Dios en relación a Cristo* [62] *no puede ser anulado, de modo que*

57. Is 49, 15.
58. Is 29, 16 (cita libre.)
59. Cf. Os 1, 2.
60. Cf. Jr 13, 1ss. y 18, 2.
61. Cf. Gn 12, 7.
62. Juan Crisóstomo, como algunos códices de la *Epístola a los Gálatas,* añade la referencia a Cristo.

la promesa sea invalidada por una ley que vino cuatrocientos treinta años después. Pues si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa. Y, sin embargo, Dios se ha mostrado benigno con Abraham por la promesa [63]. He aquí que Dios testificó en favor de Abraham diciendo que, en su descendencia, las bendiciones se dirigirían a las gentes. ¿Cómo puede cambiarlas la ley? El ejemplo no pudo resumir completamente el argumento en discusión, por lo que añadió: *Voy a hablaros a lo humano.* No calcules la grandeza de Dios a partir del ejemplo, considéralo, por consiguiente, desde el principio: Dios prometió a Abraham que las gentes serían bendecidas a través de su descendencia, pero Cristo es su descendencia según la carne. La ley vino después de cuatrocientos treinta años, mas, si la ley otorgó las bendiciones, aquella promesa relativa a la vida y la justificación no tiene valor. Si nadie anula el testamento de un hombre, ¿puede ser anulado, acaso, el testamento de Dios después de cuatrocientos treinta años? Efectivamente, si lo que aquel testamento prometió no lo concede él sino otro [64] en su lugar, aquél no sirve. ¿Tiene alguna lógica?

Función y límite de la ley

¿Por qué –dice– Dios ha dado la ley? Por las trasgresiones [65]. Por lo menos no es inútil. ¿Ves cómo com-

63. Ga 3, 16-18.

64. Es decir, la ley.

65. Esta expresión parece ser una cita libre de Ga 3, 19 que, en realidad, dice así: *¿Por qué pues la ley? Fue añadida a causa de las trasgresiones.* El verbo *dice*, introducido por Juan Crisós-

prende todo? ¿Ves cómo utiliza innumerables ojos [66]? Exaltó la fe y mostró su antigüedad, mas para que nadie creyese que la ley no servía para nada, corrige esta suposición mostrando que no fue dada en vano sino que su utilidad es grande: *Por las trasgresiones*, es decir, para que los judíos no viviesen desenfrenadamente y desembocaran en gran perversidad. Consiguientemente, la ley les fue dada como freno que los amaestrara, guiara e impidiera la trasgresión, si no de todos, al menos de alguno de los preceptos. Por tanto no es pequeña la utilidad de la ley. Pero ¿hasta cuándo? *Hasta que venga la descendencia a quien la promesa había sido hecha* [67]. Pablo se refiere a Cristo. Si ha sido dada hasta la venida de Cristo, ¿por qué darle más continuidad?

Promulgada por ángeles, a través de un mediador[68]. O llama ángeles a los sacerdotes, o dice que los mismos ángeles asumen la función de sacerdotes por la promulgación de la ley. En esta ocasión considera a

tomo, podría referirse a Pablo, o, quizá, a un hipotético interlocutor que formula una pregunta sobre la función de la ley; la respuesta a esa cuestión está contenida en la expresión *por las trasgresiones*. La frase está incluida en el ya citado cod. Vat. gr. 552 con este sentido, según el cual el texto de Juan Crisóstomo sería como sigue: *¿Por qué, entonces, podría decir alguno, ha dado la ley? Escúchale (a Pablo) que dice -añade, en efecto-: ¿Por qué, entonces, la ley? Fue añadida por las trasgresiones, por lo que ni siquiera ésa es inútil.* Cf. ed. de Field, p. 62 y su aparato crítico.

66. En otros puntos del *Comentario a la Epístola a los Gálatas*, Crisóstomo habla de los ojos en sentido metafórico: cf. *Comm. in Gal.* I, 6 (los ojos del alma); III, 1 (los ojos de la fe).

67. Ga 3, 19.

68. Ibid.

Cristo [69] mediador, señalando que existía primero y que Él mismo dio la ley.

El mediador no es de una persona sola, y Dios es uno [70].

5. En este punto, ¿qué podrían alegar los herejes [71]? De la expresión en la que el Padre [72] es llamado único y verdadero Dios [73] concluyen que el Hijo no es Dios verdadero, e incluso que no es Dios, ya que se ha dicho *Dios es uno* [74]. Aunque se dice que el Padre es el único Dios [75], si el Hijo es también Dios, es evidente que si el Padre es llamado único verdadero Dios, también sea verdadero el Hijo [76]. El que es mediador -dice Pablo-

69. Esta interpretación de «mediador» de Ga 3, 19 referida a Cristo es tradicional en el ámbito patrístico: cf. ORÍGENES (PG 14, 1297 C); MARIO VICTORINO (ed. Locher, Leipzig 1972, p. 34; cf. item la edición de F. GORI en «Corona Patrum», 8, Turín 1981, p. 240); AMBROSIASTER (CSEL 81/3, pp. 38-40); JULIANO (PL 26, 392-393); AGUSTÍN (PL 35, 2122). Según otros autores cristianos antiguos, el mediador es también Moisés: véase BASILIO (*De Spiritu Sancto* XIV, 33; SC 17 bis, p. 360); TEODORO DE MOPSUESTIA (ed. Swete, I, p. 48); TEODORETO (PG 82, 481B).

70. Ga 3, 20.

71. Se trata de los arrianos.

72. Juan Crisóstomo no se refiere de forma explícita al Padre. Esta referencia expresa al Padre aparece en el citado cod. Vat. gr. 551.

73. Cf. Jn 17, 3.

74. Ga 3, 20.

75. Cf. 1 Co 8, 6.

76. Para entender el discurso crisostomiano, muy escueto y parco, debe tenerse presente que los arrianos estaban dispuestos a considerar al Hijo como Dios, pero no como verdadero Dios, y se basan en el pasaje citado de Jn 17, 3 para demostrar la inferioridad del Hijo. Para este argumento, cf. E. BOULARAND, *L'hérésie d'Arius et la «foi» de Nicée*, II, Paris 1972, p. 321; M. SIMONETTI, *La crisi ariana*, cit., pp. 46, 89, 259.

media entre dos. Cristo, ¿de quién era mediador? Era evidente que de Dios y los hombres. ¿Ves cómo demuestra que Él mismo dio la ley? Si Él la dio, Él tiene potestad a su vez para abrogarla.

¿La ley está contra las promesas de Dios? [77]. Si las bendiciones fueron dadas en la descendencia de Abraham, pero la ley da entrada a la maldición, sucede esto contra las promesas de Dios. ¿Cómo resuelve esa objeción? En primer lugar la rechaza diciendo: *Nada de eso* [78]. Seguidamente aporta las pruebas expresándose de la forma que sigue: *Si hubiera sido dada una ley capaz de vivificar, realmente la justicia vendría de la ley* [79]. El significado de estas palabras es el siguiente: si la ley nos diese esperanza de vida y ella misma tuviera poder para salvarnos, quizá tendrías razón; mas si la salvación procede de la fe, aunque la ley genere malditos, no sufrirías daño alguno gracias a la aparición de la fe que lo resuelve todo. Si la promesa hubiese sido hecha en virtud del cumplimiento de la ley, apartado de ésta, con razón habrías temido estar excluido de la justificación; mas si ésta fue dada para encerrarlo [80] todo, esto es, para desenmascarar y mostrar sus propios pecados, no sólo no te impide alcanzar la promesa, sino que también coopera en ese fin. Indicaba este concepto diciendo: *Pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo* [81]. Los judíos no tenían conciencia

77. Ga 3, 21.
78. Ibid.
79. Ibid.
80. Cf. Ga 3, 22, donde viene comentado inmediatamente después.
81. Ga 3, 22.

de sus propios pecados, e, inconscientes, no deseaban la remisión, por lo que Dios dio la ley que pusiera al descubierto las heridas y desearan así al médico [82]. La expresión *encerró* significa que todo lo puso al descubierto y, desenmascarado, lo retuvo por miedo. ¿Ves que la ley no sólo no está contra las promesas de Dios, sino que fue dada incluso por las promesas? Si la ley reclamara para sí poder y autoridad, estaría bien formulada esta objeción [83], mas si actúa en función de otro [84] y lo hace todo por él, ¿cómo puede estar contra las promesas de Dios? Si la ley no hubiera sido concedida, todos desembocaríamos en la perversidad y ningún judío habría escuchado a Cristo. Ahora bien, una vez dada, consiguió dos resultados positivos: enseñarles a confiar en una virtud proporcionada a sus posibilidades, y persuadirles a que tomaran conciencia de sus propios pecados, hecho que hizo que desearan ardientemente buscar al Hijo. Los que no creyeron, por no reconocer sus propios pecados, no llegaron a la fe [85]. Lo indicaba diciendo: *Al ignorar la justicia de Dios y buscar afirmar la suya, no se sometieron a la justicia de Dios* [86].

82. Es decir, a Cristo.

83. Juan Crisóstomo se refiere siempre a la objeción de la que ha hablado a propósito de Ga 3, 21.

84. Parece que se alude al médico, es decir, a Cristo, quien, en opinión de nuestro autor, es el fin de la ley.

85. Así parece que debe entenderse este punto, que significaría que cuantos no creyeron en el Hijo (a quien se refiere el pronombre *autòs*, aunque también puede referirse a *nómos*), no creyeron por no haber reconocido sus propios pecados. Parece que la interpretación propuesta en la traducción se encuadra en el discurso desarrollado por Crisóstomo.

86. Rm 10, 3.

Pedagogía de la ley

Antes de venir la fe, estábamos bajo la custodia de la ley, encerrados en espera de la fe que había de revelarse a nosotros [87]. ¿Ves cómo demostró claramente lo que dijimos? Las expresiones *estábamos bajo la custodia* y *encerrados* no significan otra cosa que la seguridad que se deriva de los preceptos de la ley. La ley, con la vida que le era propia, los custodiaba por la fe, frenándolos, como si de un muro se tratara, con el miedo.

De suerte que la ley ha sido nuestro pedagogo para conducirnos a Cristo, para que fuésemos justificados por la fe [88]. El pedagogo no se opone al maestro. Colabora con él, por el contrario, apartando al joven del vicio y disponiéndolo con cuidado a recibir las enseñanzas del maestro, y, una vez alcanzada la madurez, se separa de él. Por esto Pablo dice: *Llegada la fe –la que conduce al hombre a la perfección* [89]*– ya no estamos bajo el pedagogo. Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo* [90]. Si la ley es un pedagogo y, encerrados, ella nos custodiaba, no es contraria a la gracia, sino que colabora con ella. Por el contrario, se le opondría si, venida la gracia, ella persistiera en mantener su dominio. Corrompería nuestra salvación si impidiera acudir a la gracia. Sería como la lámpara que, iluminando de noche, impidiera, llegado el día, la vista del sol, por lo que no sería agradable, sino desagradable. Así sucedería también con la ley, que sería un obstáculo en la consecu-

87. Ga 3, 23. Juan Crisóstomo añade el término «a nosotros».
88. Ga 3, 24.
89. Con respecto a este inciso, cf. Ef. 4, 13.
90. Ga 3, 25-26.

ción de lo que es mejor. Los que ahora la observan, son los que sobre todo la desacreditan, de la misma forma que el pedagogo ridiculiza al joven cuando, llegado el momento de apartarse de él, se aferra junto a él. Por eso Pablo dice: *Llegada la fe, ya no estamos bajo el pedagogo.* Ya no estamos, en consecuencia, bajo el pedagogo.

La filiación con Dios y la asimilación a Cristo

Todos sois hijos de Dios. ¡Qué grande es la fuerza de la fe y cómo la manifiesta a lo largo de su discurso! Demostró en primer lugar que la fe los convertía en hijos del patriarca: *Entended que los nacidos de la fe son hijos de Abraham* [91]; señala ahora que también los hace hijos de Dios: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo.* Por la fe, no por la ley. Se refirió a una realidad sublime y maravillosa, por lo que habla también de la circunstancia de esa adopción como hijos. *Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo* [92]. ¿Por qué no dijo: «cuantos habéis sido bautizados en Cristo, habéis nacido de Dios»? –era, sin duda, la consecuencia lógica de ser hijos de Dios–. Porque recalca la misma idea de una forma más efectiva. Si Cristo es Hijo de Dios y tú te has revestido de Él, teniendo al Hijo en ti mismo y haciéndote semejante a Él, alcanzaste una total conexión y ser uno con Él.

No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo

91. Ga 3, 7.
92. Ga 3, 27.

Jesús [93]. ¡Ves qué alma tan insaciable! Después de decir que hemos llegado a ser hijos de Dios por la fe [94], no se detiene allí, sino que desea encontrar algo más para demostrar con más claridad la estrecha unión con Cristo. Después de decir: *Os habéis vestido de Él* [95], no se detiene en esa expresión, sino que, al explicarla, va al fondo y dice: *Todos sois uno en Cristo Jesús*, lo que equivale a decir: «todos tenéis un solo aspecto, una sola forma, la de Cristo». ¿Qué estremece más que estas palabras? Se presenta al griego, al judío y al esclavo, no con el aspecto de un ángel o de un arcángel, sino con el del Señor de todas las cosas, mostrando en sí a Cristo [96].

Si sois de Cristo, sois descendientes de Abraham, herederos según la promesa [97]. ¿Ves cómo ha demostrado lo que anteriormente decía referente a la descendencia, es decir, que las bendiciones fueron otorgadas a él y su descendencia?

93. Ga 3, 28.

94. Cf. Ibid., 3, 26.

95. Es decir, de Cristo: cf. Ga 3, 27.

96. En relación a este profundo pasaje crisostomiano, véanse las interesantes observaciones de L. J. OHLEYER, *The Pauline formula «Induere Christum» with special reference to the works of St. John Chrysostom*, Washington 1921, pp 48-49.

97. Ga 3, 29.

CAPÍTULO IV

Ahora yo digo: mientras el heredero es niño, aunque dueño de todo, no se distingue en nada del siervo, ya que está bajo tutores y administradores hasta la fecha señalada por el padre. De igual modo nosotros: mientras fuimos niños, vivíamos esclavizados a los elementos del mundo [1].

Los elementos del mundo

1. Con el término «niño» no se refiere aquí a la edad, sino a la disposición de ánimo. Muestra que Dios deseó desde el principio conceder estos beneficios, pero, puesto que no éramos todavía maduros, nos dejó bajo el dominio de los elementos del mundo, esto es, de la neomenia [2] y del sábado, pues esos días están determinados por el curso de la luna y del sol [3]. Si ahora os someten a la ley, no hacen otra cosa que, en el momento de la edad madura, haceros retroceder. ¿Ves qué grave es la contemplación de los días? Reduce al señor a la condición de esclavo, al que todo lo domina a la categoría de sirviente.

1. Ga 4, 1-3.
2. Cf. nota 17, cap. I.
3. Para una interpretación análoga de los «elementos del mundo», cf. *In Col. hom.* 6, 1 (PG 62, 338).

Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción [4]. En este punto señala dos causas, liberación de los males y la aportación de bienes, lo que sólo Él podía conseguir, y dos beneficios de la encarnación. ¿Cuáles eran estos beneficios? La liberación de la maldición de la ley y la adopción. *Para redimir a los que estaban bajo la ley* –dice– *y para que recibiésemos la adopción.* Dijo con exactitud: *Para que recibiésemos,* indicando que la adopción era debida. Desde antiguo había sido prometida, así lo destacó con frecuencia él mismo [5] al referirse a las promesas hechas a Abraham relacionadas con eso mismo [6]. ¿De dónde se deduce –podría decirse– que hemos llegado a ser hijos? Señaló una forma al decir que nosotros nos revestimos de Cristo, que era Hijo, y una segunda al afirmar que recibimos el Espíritu de adopción [7]. *Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba! ¡Padre! De manera que no eres siervo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios gracias a Cristo* [8]. No habríamos podido llamarle Padre si no hubiéramos sido hijos. Si la gracia hizo libres en lugar de esclavos, personas adultas en lugar de personas inmaduras, herederos en lugar de extraños, e, incluso hizo hijos, ¿no sería, acaso, ilógico y prueba de una extrema ingratitud abandonarla y volver al pasado?

4. Ga 4, 4-5.
5. Pablo.
6. Es decir, la adopción como hijos.
7. Cf. Rm 8, 15.
8. Ga 4, 6-7.

En otro tiempo, puesto que no conocíais a Dios, servisteis a los que no son realmente dioses. Ahora, dado que habéis conocido a Dios, o, por mejor decir, habéis sido de Dios conocidos, ¿cómo volveréis de nuevo a los débiles y pobres elementos, a los que una vez más queréis servir? [9]. Al referirse a los cristianos de procedencia pagana, señala que la idolatría se asemeja a la observancia de los días, y que ahora acarrea un castigo mayor. Por este motivo denominó a los elementos divinidades que no lo son por naturaleza, deseoso de expresar esta misma idea y de provocarles una mayor ansiedad. Quiere decir lo que sigue: vosotros, en otro tiempo envueltos en tinieblas y viviendo en el error, os arrastrabais por la tierra [10], ahora, en cambio, que habéis conocido a Dios, o, mejor dicho, que habéis sido de Dios conocidos, ¿no mereceréis un castigo mayor y más severo, vosotros que habéis caído de nuevo en los mismos males del principio, después de una solicitud semejante de parte de Dios? Os esforzasteis, mas no encontrasteis a Dios, vivíais en el error y Él mismo os atrajo. Llama débiles y pobres a los elementos porque no tienen capacidad alguna de alcanzar los bienes presentes.

Observáis los días, los meses, las estaciones y los años [11]. De aquí resulta evidente que aquéllos [12] no sólo proclamaban la circuncisión sino también los días festivos y las neomenias.

9. Ga 4, 8-9.

10. Para una imagen metafórica semejante, véase *Comm. in Gal.* V, 6.

11. Ga 4, 10.

12. Los adversarios judaizantes de Pablo en Galacia.

Temor y esperanza

Temo por vosotros, no sea que en vano me haya esforzado tanto con vosotros [13]. ¿Ves qué corazón tan apostólico? Aquéllos vacilaban y éste tiembla y teme. Por esto les avergüenza con la expresión: *Me he esforzado tanto por vosotros*, como si les dijera: «no frustréis mis esfuerzos» [14]. Al decir *Temo* y añadir después *no sea que* (*en vano me haya esforzado*), les provocó angustia al tiempo que les infundió a una esperanza positiva. No dijo: «en vano me esforcé», sino: (*temo*) *no sea que*. Quiere decir: todavía no ha tenido lugar el naufragio, mas veo la tempestad que lo provoca [15]. De ahí mi temor, mas no desconfió, pues vosotros podéis poner orden en todo y volver a la tranquilidad primera [16]. Se presenta a sí mismo diciendo: *Sed como yo, puesto que yo me he hecho como vosotros* [17], como el que extiende la mano a los turbados por la tempestad.

El ejemplo de Pablo

Esas palabras están dirigidas a los cristianos de procedencia judaica. Por eso se pone como ejemplo, para convencerlos de que ellos han quedado apartados de las antiguas prescripciones. Si no habéis tenido el ejemplo de ningún otro, es suficiente con que me miréis a

13. Ga 4, 11.
14. Literal: *sudores*.
15. Juan Crisóstomo emplea el verbo *odíno*.
16. Nuestro autor usa metafóricamente el término *galéne*, que, propiamente, significa bonanza en el mar.
17. Ga 4, 12.

mí para cambiar de actitud y retroceder con prontitud. Miradme, ya que también yo experimenté esto mismo hace tiempo y ardía vehementemente por la ley, pero después no tuve miedo de abandonar la ley y de cambiar de tipo de vida. Sabéis bien con qué tenacidad perseveré en el judaísmo y cómo lo abandoné después con un ímpetu mucho mayor. Acertadamente escribió esto, ya que muchos hombres, aunque cuentan con miles y justos razonamientos, se sienten más atraídos por los que se asemejan a ellos y se suman a lo que ven hacer.

Hermanos, os lo suplico, en nada me habéis agraviado [18]. Observa cómo se dirige a ellos con ese título de honor que recordaba la gracia. Les reprendió severamente, juzgó todas sus acciones, demostró que eran trasgresores y les golpeó por todos lados, por eso ahora suaviza y modera el tono del discurso con una expresión amistosa. Se produce relajación si se emplea constantemente un tono suave. De la misma manera, proferir reproches en todo momento exaspera. Por esto es mejor emplear siempre un tono equilibrado. Mira cómo se justifica ante ellos por sus palabras. Les demuestra que cuanto dijo lo dijo, no porque se hubiera enemistado con ellos sin motivo, sino porque se preocupaba por ellos. Hizo el corte en profundidad por lo que seguidamente aplica esta consolación como si de un calmante [19] se tratara. Les demuestra que sus palabras no eran producto del odio ni de la enemistad, les recuerda el amor que les demostró y conjuga defensa con encomio.

18. Ibid.
19. Literal: *olio*. Continúa la metáfora médica.

Pablo y los Gálatas

2. Por eso sus palabras son: *Os lo suplico, en nada me habéis agraviado. Sabéis que en la debilidad de mi carne os anuncié el Evangelio, y no despreciasteis mi prueba, la que se verificaba en mi carne* [20]. No merece ser destacado el hecho de no ofender a alguien. Nadie, en efecto, querría perjudicar y ocasionar un daño sin motivo o sin justificación al que a nadie ha ofendido. Vosotros no sólo ofendisteis, sino que mostrasteis un gran y extraordinario afecto. No es posible, por consiguiente, que el que ha gozado de una benevolencia semejante diga estas cosas por hostilidad. No hablo, en efecto, por enemistad, lo que digo es por afecto y solicitud.

Os lo suplico, en nada me habéis agraviado. Sabéis que en la debilidad de mi carne os anuncié el Evangelio. No hay nada más bondadoso que aquella alma santa, nada más tierno y afectuoso. Lo anterior no le produce un sentimiento irracional ni la pasión, sino una gran solicitud ¿Por qué dijo: no me ofendisteis? Nos mostrasteis, sin duda alguna, un gran y sincero cuidado. *Sabéis* –dice– *que en la debilidad de mi carne os anuncié el Evangelio, y no despreciasteis ni rechazasteis mi prueba, la que se verificaba en mi carne* ¿Qué quiere decir? Estaba perseguido –dice–, era golpeado, soportaba innumerables peligros por predicaros, y en esa situación, tampoco me despreciasteis. Esto es lo que quiere decir la frase: *No despreciasteis ni rechazasteis mi prueba, la que se verificaba en mi carne.* ¿Ves qué sagacidad espiritual? Efectivamente, bajo la apariencia de un discurso apologético, vuelve a ellos de nuevo mos-

20. Ga 4, 12-14.

trándoles lo que sufrió por ellos. Sin embargo, nada de esto os escandalizó –señala– ni me rechazasteis por los sufrimientos y persecuciones. A esto es precisamente a lo que denomina debilidad y prueba. *Antes, al contrario, me recibisteis como a un ángel de Dios* [21]. ¿No es una contradicción acogerlo cuando es perseguido y maltratado, y, en cambio, no acogerlo cuando exhortaba a hacer lo que era necesario?

¿En qué consistía vuestra felicitación? Yo testifico que, de haber sido posible, os habríais arrancado los ojos y me los habríais dado. ¿Me he convertido, acaso, en vuestro enemigo por deciros la verdad? [22]. En este punto vacila, está turbado y pretende saber el motivo de su cambio. ¿Quién os engañó –dice– y os persuadió a adoptar una postura distinta a la nuestra? ¿No sois vosotros, acaso, los que me estimáis, os preocupáis por mí y me consideráis como algo más precioso que vuestros ojos? ¿Qué ha sucedido entonces? ¿De dónde procede la hostilidad? ¿De dónde la sospecha? ¿Es porque os dije la verdad? Era preciso que por eso me honrarais y venerarais mucho más, ahora, sin embargo, soy vuestro enemigo por deciros la verdad. No entiendo que haya otro motivo –dice– que no sea el de deciros la verdad. Observa con qué humildad se defiende. En efecto, no por lo que él había manifestado abiertamente en referencia a ellos, sino por su actitud para con él, demuestra que no es posible que sus palabras procedan de la hostilidad. Si bien, no dijo: ¿cómo es posible que el golpeado, el perseguido y el que ha experimentado innumerables sufrimientos, ahora, maquine algo contra vosotros? Con lo que otros podían vana-

21. Ga 4, 14.
22. Ga 4, 15-16.

gloriarse, él, no obstante, concluye diciendo: ¿cómo es posible que el honrado por vosotros y acogido como un ángel respondiera con una actitud contraria?

Celos buenos y malos

Tienen celos de vosotros y no para bien [23]; *lo que pretenden es apartaos para que vosotros tengáis celos de ellos* [24]. Es un celo bueno cuando se pretende imitar la virtud, malo, en cambio, cuando se aparta de la virtud al que actúa con rectitud. Eso es lo que ahora ellos pretenden. Desean apartaros del conocimiento perfecto y conduciros a uno mutilado y corrupto, y esto por ningún motivo que no sea el de erigirse en maestros y reduciros a vosotros, que ahora estáis en un nivel superior al de ellos, a la categoría de discípulos. Esta idea la expresó diciendo: *Para que vosotros tengáis celos de ellos.* Yo deseo todo lo contrario, sin embargo, que seáis mejores que éstos y que lleguéis a ser ejemplo de perfección. Sucedió cuando yo estaba junto a vosotros, por lo que añade: *Es bello sentirse siempre admirado para bien, y no sólo cuando estoy junto a vosotros* [25]. Con estas palabras se refiere a que su ausencia dio lugar a esa situación, y a que estar dichoso consiste en que los discípulos tengan la disposición de ánimo debida tanto cuando el maestro está presente como ausente. Puesto que aquéllos no habían llegado a este grado de perfección, actúa así para conducirlos.

23. El texto citado por Crisóstomo, según PG 61, 660, recoge *alethôs* en lugar de *kalôs*. Véase a este respecto la edición de Field, p. 70, que toma *kalôs* de acuerdo con el testimonio manuscrito.

24. Ga 4, 17.

25. Ibid., 4, 18.

Solicitud apostólica de Pablo

¡Hijos míos! por quienes, de nuevo, sufro dolores de parto hasta que Cristo se haya formado en vosotros [26]. Observa su agitación, mira su turbación. Hermanos míos, os suplico: *¡Hijos míos! por quienes, de nuevo, sufro dolores de parto.* Se parece a una madre que teme por sus hijos. *Hasta que Cristo se haya formado en vosotros.* ¿Ves qué paterno corazón? ¿Ves la angustia que conviene a un apóstol? ¿Ves qué grito de dolor, más amargo que el de las parturientas? Corrompisteis –dice– la imagen, destruisteis la familiaridad con Dios, alterasteis la figura de Cristo en vosotros. Necesitáis, por consiguiente, otra regeneración y modelación, si bien, todavía os llamo hijos, aunque seáis fetos abortivos. No se expresa de esta manera. Les trata, en cambio, con delicadeza. No desea herirles ni añadir heridas a las heridas. Este bienaventurado apóstol actúa como los médicos expertos, que no curan a los pacientes que han contraído una larga enfermedad de una sola vez sino poco a poco, con el fin de que el desánimo no les cause la muerte. Esos sufrimientos, en efecto, eran más agudos que los dolores físicos, tanto más cuanto mayor era su afecto y mayor el pecado de sus interlocutores.

3. Lo digo continuamente y no dejaré de repetirlo: una pequeña trasgresión destruyó y corrompió al conjunto y esencia de la verdad [27].

Querría estar con vosotros en este momento y cambiar mi voz [28]. Contempla su impaciencia, su apasiona-

26. Ibid., 4, 19.

27. Para este concepto querido por Crisóstomo, cf. el precedente comentario a Ga 1, 7.

28. Ga 4, 20.

miento, lo insoportable que le resulta esa situación. Así es el amor: las palabras no bastan y anhela su presencia. *De suerte* –dice– *que cambie mi voz*. Es decir: transformarla en llanto, convertirla en lágrimas y todo en lamento. No podía expresar las lágrimas y los gemidos en la carta, por eso arde en deseos de estar entre ellos.

Porque me siento perplejo entre vosotros [29]. Quiere dar a entender que no sabe qué decir y qué pensar. ¿Cómo es posible que vosotros, después de alcanzar la cima del cielo con los peligros que soportasteis gracias a la fe, y a través de los prodigios que manifestasteis gracias también a la fe, ahora y de repente hayáis caído en una banalidad semejante como es el arrastraros [30] a la circuncisión y al sábado y depender de los judaizantes? Por eso, al comienzo de la carta, decía: *Me sorprende que tan pronto os hayáis pasado* [31], y en este punto: *Me siento perplejo entre vosotros*, como si dijera: ¿qué digo?, ¿qué diré?, ¿qué pensaré? No lo sé. Es necesario gritar, así actúan los profetas en las dificultades. Es un método terapéutico muy eficaz que consiste en amonestar y lamentarse. En efecto, dirigiéndose a los Milesios [32] les decía: *Durante tres años, no he dejado de amonestaros con lágrimas* [33]. También aquí expresa esa idea al decir: (Querría) *cambiar mi voz*. Sin esperanza alguna, y abatidos por las dificultades y la angustia, nos abandonamos a las lágrimas. Les reprendió, avergonzó, y una vez más, suavizó el tono del discurso, y luego se lamentó. El lamento, en efecto, es re-

29. Ibid.

30. Véase además el uso metafórico del verbo *sÿromai* que ya vimos a lo largo del comentario a Ga 4, 8-9.

31. Ga 1, 6.

32. Se trata de los ancianos de Éfeso: cf. nota 31, cap. I.

33. Hch 20, 31.

sultado del reproche y también del trato delicado. No irrita como el reproche, ni debilita como la excesiva dulzura, es un medicamento compuesto de ambos ingredientes muy apto para la exhortación.

Se lamenta, amansa su ánimo y se gana su afecto, y, de nuevo, emprende una disputa con un principio más importante: que la ley no desea ser observada. Antes puso el ejemplo de Abraham, ahora presenta a la ley que exhorta a no ser observada sino a apartarse de ella, lo que, sin duda, era un argumento más poderoso. De suerte que, si queréis obedecer a la ley, apartaos de ella -dice-, ya que esto es lo que ella desea. No se expresa de este modo, apunta esta idea de otra manera haciendo referencia a la historia de Abraham y sus hijos. *Decidme, los que queréis estar bajo la ley, ¿no oís la ley?* [34]. La frase: *Los que queréis* es exacta, pues no dependía de las circunstancias sino de su inoportuno acatamiento [35]. En este punto llama «ley» al libro de la creación [36], y lo hace con frecuencia ya que alude de esta forma a todo el Antiguo Testamento.

Los hijos de Abraham

Escrito está que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre [37]. Vuelve de nuevo a Abraham, mas ahora no dice lo mismo. Puesto que los judíos tenían en gran estima al patriarca, señala que en él estaban comprendidas desde el principio las prefigu-

34. Ga 4, 21.

35. En la observancia de la ley en un momento no muy oportuno.

36. El libro del Génesis.

37. Ga 4, 22.

raciones [38] y que la realidad presente estaba inscrita de antemano en él. En primer lugar señala que los Gálatas son hijos de Abraham, seguidamente, y después de aclarar que los hijos del patriarca no tienen la misma dignidad, pues uno es hijo de esclava y el otro de libre, subraya que no sólo son hijos, sino que son hijos a semejanza del hijo libre y noble. Así de grande es el poder de la fe.

Pero el hijo de la sierva fue engendrado según la carne, el de la esclava, en cambio, en virtud de la promesa [39]. ¿Qué significa *según la carne*? Decía que la fe nos emparentaba con Abraham, que los oyentes creían imposible que llamase hijos de Abraham a aquéllos que no habían nacido de él, por eso señala que este hecho increíble tiene un origen divino. Isaac, en efecto, no había nacido según los principios de la naturaleza, ni de la ley conyugal, ni de acuerdo con la capacidad generativa de la carne, sin embargo, aunque engendrado en el útero de un cuerpo estéril, era hijo e hijo legítimo. Sea por la edad de Sara, sea por su esterilidad, su útero era infecundo, por lo que ni la carne posibilitó la concepción, ni el esperma el nacimiento. Fue la Palabra de Dios quien lo hizo posible. No sucedió así con el esclavo [40], pues fue engendrado según las leyes de la naturaleza y en virtud de la unión conyugal. Ahora bien, el que no fue engendrado según la carne fue más estimado que el que nació según la carne. No os escandalice no haber nacido según la carne: por eso vosotros sois sus descendientes, ya que no nacis-

38. *Typoi*, prefiguración, en el Antiguo Testamento, de hechos, personajes y realidades del Nuevo.

39. Ga 4, 23.

40. Ismael.

teis de él por la carne. No honra más nacer según la carne sino lo contrario, pues el nacimiento que no tiene lugar según la carne es más maravilloso y espiritual y tiene un evidente origen celeste. Ismael, aunque engendrado según la carne, era esclavo, y, además, fue expulsado de la casa paterna. Isaac, en cambio, nació según la promesa, y puesto que era hijo y libre, era señor de todo.

Estas cosas tienen un sentido alegórico [41]. Definió impropiamente como alegoría lo que es prefiguración. Pretende decir que el significado de esa historia no es sólo el que a simple vista parece, sino que tiene también otro significado; por eso ha sido definida como alegoría. ¿Qué ha querido decir? Nada que no sea toda la realidad presente.

Los dos Testamentos

Éstas –dice– *son los dos Testamentos, uno procede del monte Sinaí, que engendra para la servidumbre, ésta es Agar* [42]. *Éstas.* ¿Quiénes? Sara y Agar, las madres de aquellos muchachos. ¿Qué son los dos Testamentos? Dos leyes. Puesto que en la narración bíblica aparecen los nombres de aquellas mujeres, Pablo insiste en su descendencia [43] indicando que era grande la consecuencia que se derivaba de aquellos nombres. ¿De qué modo? *Agar* –dice– *es el monte Sinaí que está en Arabia* [44]. La

41. Ga 4, 24.
42. Ibid.
43. Juan Crisóstomo se refiere a los hijos de Sara y Agar, a Isaac e Ismael.
44. Ga 4, 25.

esclava se llamaba Agar y este nombre significaba monte Sinaí en su lengua local [45].

4. De suerte que todos los que hemos nacido de la Antigua Alianza somos esclavos. Aquel monte, en donde fue dado el Antiguo Testamento, y que tiene el mismo nombre que la esclava, abarca también Jerusalén. Esto significa la expresión: *Corresponde a la actual Jerusalén* [46], es decir, es vecino, es colindante. *Es esclava con sus hijos* [47]. ¿Qué se deduce de esto? Que no sólo era esclava y engendraba esclavos aquélla, sino también ésta, es decir, la Antigua Alianza, cuya figura era la esclava. En efecto, Jerusalén se encuentra situado junto al monte que tiene el mismo nombre que la esclava. En este monte fue concedida la Alianza.

La Iglesia, figura de la Jerusalén celeste

¿En dónde está la figura de Sara? *La Jerusalén de arriba es libre* [48]. Por lo tanto, los nacidos de ésta no son esclavos. Agar era la figura de la Jerusalén terrestre, lo que resulta evidente por el monte que lleva su mismo nombre [49]. La Iglesia, en cambio, es figura de la Jerusalén celeste. El apóstol, sin embargo, no se detiene en las prefiguraciones, sino que presenta a Isaías como prueba de sus palabras. Así, después de haber dicho que la Jerusalén de arriba es nuestra madre [50], y

45. La de los árabes.
46. Ga 4, 25.
47. Ibid.
48. Ga 4, 26.
49. El Sinaí.
50. Cf. Ga 4, 26.

tras denominar de este modo a la Iglesia, cita al profeta que emite el mismo juicio que él: *Alégrate, estéril, la que no das a luz; prorrumpe en gritos, tú que no conoces los dolores de parto, porque más serán los hijos de la mujer sola que los hijos de la que tiene marido*[51]. ¿Quién es la estéril y quién la mujer sola? ¿No es evidente, acaso, que se trata de la Iglesia de los gentiles, privada del conocimiento de Dios? ¿Quién es la que tiene marido? ¿No parece claro que se trata de la sinagoga? La estéril, sin embargo, venció a la otra por el número de hijos. Aquélla, en efecto, comprende un solo pueblo, en tanto que los hijos de la Iglesia llenaron la Hélade, el país bárbaro, la tierra, el mar, todo el mundo. ¿Ves cómo Sara con los hechos y el profeta con las palabras nos dieron a conocer lo que iba a suceder? Reflexiona: Isaías la llamó estéril y anunció, sin embargo, que sería madre de muchos hijos. Sucedió de forma figurada con Sara. Efectivamente, aun siendo estéril, llegó a ser madre de muchos hijos. Pero esto no es suficiente para Pablo, por lo que analiza cómo la estéril llegó a ser madre, para aproximar la figura a la realidad. Por esto añade: *Nosotros, hermanos, somos hijos de la promesa a la manera de Isaac*[52]. La Iglesia era estéril como Sara, como ella engendró muchos hijos, y, además, engendró de la misma forma que Sara. La promesa de Dios (cuyas palabras fueron: *Por este tiempo volveré y Sara tendrá un hijo*[53], y, entrando en el útero, implantó el feto) la convirtió en madre, no la naturaleza. De la misma forma acontece en el caso de nuestra regeneración: las palabras, que los fieles conocen,

51. Is 54, 1. Cit. en Ga 4, 27.
52. Ga 4, 28.
53. Cf. Gn 18, 14.

pronunciadas por el sacerdote en la fuente bautismal, como si de un útero se tratara, no la naturaleza, forjan y regeneran al bautizado. En efecto, si somos hijos de la estéril, somos libres. ¿Qué clase de libertad es ésa –podría alguien preguntar– si los judíos someten y maltratan a los creyentes y los que creen ser libres son perseguidos? Esto sucedió cuando los creyentes eran perseguidos. Que a ninguno de vosotros –dice Pablo– le escandalice este hecho. Efectivamente, ese suceso quedó reflejado en la prefiguración, pues Isaac, aunque libre, fue perseguido por el esclavo Ismael. Por esto añade: *Mas, así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pero, ¿qué dice la Escritura?: «Echa al hijo de la esclava, pues el hijo de la esclava no será heredero con el hijo de la libre»* [54]. Pero, ¿cómo? ¿El objetivo de esta exhortación es señalar que los libres son perseguidos por los esclavos? No, responde; no me detengo aquí. Escucha lo que sigue y obtendrás consuelo suficiente para no desanimarte ante las persecuciones. ¿Qué es lo que sigue? *Echa al hijo de la esclava, pues el hijo de la esclava no será heredero con el hijo de la libre.* ¿Ves el beneficio que se deriva de un poder temporal y de una arrogancia impropia? El hijo es expulsado de la casa paterna y se convierte junto con la madre en un desterrado y vagabundo. Contempla la sabiduría que se desprende de las palabras de la Escritura. No dijo solamente: «fue expulsado porque perseguía», sino que añadió: «para que no heredase». No se trataba del merecido castigo a esa temporal persecución (tenía poca importancia y nada tenía que ver con aquello), dispuso, por el contrario, que no participara de los bienes

54. Ga 4, 29-30. Para la cita de la Escritura, cf. Gn 21, 10.

preparados para el hijo libre, señalando claramente de esta forma que, independientemente de la persecución, era una disposición primera, que no se debía a la persecución sino a la voluntad de Dios. No dijo: «no heredará el hijo de Abraham», sino: *El hijo de la esclava*, aludiendo a su origen menos noble [55].

Sara era estéril. Así era también, en efecto, la Iglesia de los gentiles. ¿Ves cómo se conserva en todo la tipología? De la misma forma que aquélla no dio a luz en todos los años precedentes y, en cambio, llega a ser madre en una edad muy avanzada, así también ésta engendra llegada a la plenitud [56]. También lo anunciaban los profetas refiriéndose a la Iglesia con las palabras: *Regocíjate, estéril, que no has dado a luz, entona un grito de júbilo y exulta, tú que no has estado de parto, porque los hijos de la mujer sola son más numerosos que los hijos de la que tiene marido* [57]. No había conocido a Dios, mas, cuando lo conoció, superó a la sinagoga aunque tenía muchos hijos.

Luego, hermanos, no somos hijos de una esclava sino de la libre [58]. Vuelve una y otra vez a esos argumentos deseoso de demostrar que lo sucedido no era reciente, sino que estaba dispuesto desde el principio, desde mucho tiempo antes. ¿Cómo no va a ser absurdo que personas escogidas desde hace tanto tiempo y que han obtenido la libertad, voluntariamente se sometan al yugo de la esclavitud? Apunta con estas palabras otro motivo que les persuada a permanecer en la recta doctrina.

55. Ismael era hijo de Abraham y de la esclava Agar.
56. Cf. Ga 4, 4.
57. Is 54, 1.
58. Ga 4, 31.

CAPÍTULO V

Permaneced firmes –dice– *en la libertad por la que Cristo os ha rescatado* [1].

Cristo liberador

1. Ya que corréis de nuevo hacia la dominación primera, ¿acaso no os liberasteis? Él [2] os rescató. ¿Ha pagado otro el precio por vosotros? [3]. ¿Ves de cuántas formas intenta apartarlos del error judío? Señala en primer lugar que era una necedad sin límites desear ser esclavos en lugar de libres cuando habían llegado a ser libres en lugar de esclavos; en segundo lugar, que fuesen desagradecidos e injustos con su benefactor, ya que desprecian al que les libera y aman, en cambio, al que los convierte en esclavos; en tercer lugar, que esto no es posible ya que la ley no tiene autoridad, mientras que, de una vez para siempre, otro nos ha rescatado de su poder. Mostró su inestabilidad al decir: *Permaneced firmes.*

1. Ga 5, 1.
2. Cristo.
3. Este punto, de lectura incierta, podría entenderse de la forma que sigue: «Ha sido otro (con referencia constante a Cristo) quien os ha rescatado, ha sido otro quien ha pagado el precio por vosotros». En este sentido se recoge en la edición de Field, p. 77.

Y no quedéis, de nuevo, sujetos al yugo de la esclavitud [4]. Con el término *yugo* indica la carga de su condición; con la expresión *de nuevo* evidencia su torpeza. Si no hubierais experimentado esa carga, no merecerías estas acusaciones, pero como conocéis por experiencia el peso del yugo y, de nuevo, os sujetáis a él ¿qué indulgencia merecéis obtener?

He aquí que yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada [5]. Observa la entidad de esa amenaza. Con razón anatematizaba incluso a los ángeles [6]. ¿Por qué Cristo no les servirá de nada? Él [7] no lo demostró, lo manifestó sin más ya que no era necesaria su demostración, pues la autoridad de su persona era suficiente (por eso se adelantó a decir: *He aquí que yo, Pablo, os digo*, palabras propias de quien sabe bien lo que dice). Nosotros apuntaremos, en la medida de nuestras posibilidades, nuestras propias reflexiones. ¿Por qué Cristo no ayudará en nada a aquel que se circuncide? El que se circuncida lo hace por temor a la ley, el que teme, desconfía del poder de la gracia, y el que desconfía, no obtiene ningún beneficio de aquello en lo que no cree. Dicho de otro modo: el que se circuncida da pleno poder a la ley, mas, aun creyendo que tiene autoridad, la trasgrede en los preceptos más importantes y la observa en los de menos relevancia, por lo que, de nuevo, cae sobre él la maldición. ¿Cómo puede salvarse, si queda sujeto a la maldición y se aparta de la libertad que procede de la fe? Para contestar a esta pregunta es menester emplear

4. Ga 5, 1.
5. Ga 5, 2.
6. Cf. ibid., 1, 8.
7. Pablo.

una expresión paradójica: una persona que actúe así, ni cree en Cristo ni en la ley, se sitúa, en cambio, en una situación intermedia, deseoso de sacar provecho de una parte y otra, por lo que no obtiene beneficio alguno de ninguna.

La cohesión interna de las distintas partes de la ley

Una vez dicho: *No os ayudará en nada*, de forma enigmática y con pocas palabras da una explicación diciendo: *Atestiguo a todo el que se ha circuncidado que tiene la obligación de cumplir toda la ley* [8]. Para que no creas que se dice esto por enemistad –afirma–, no sólo os lo digo a vosotros, sino a todo el que se haya circuncidado: que tiene la obligación de cumplir toda la ley, ya que la prescripción legal afecta a unos y otros. De la misma forma que el que viene a ser esclavo después de haber sido libre ya no puede hacer lo que se le antoje, sino que ha de someterse a todas las leyes referentes a la esclavitud, así, en el caso de la ley, si alguno acepta una pequeña parte de ésta y se somete a su yugo, ha quedado sometido a su completa autoridad. Sucede lo mismo con la herencia profana: el que no toma nada, queda al margen en lo relativo a la herencia del difunto, mas, si tomara una pequeña parte, aunque no recibiera todo, se ha convertido en responsable de la totalidad en virtud de la parte que ha recibido. Sucede igual con la ley, no sólo de la forma que he señalado, sino también de otra, en la medida en la que la prescripción legal afecta a unos y otros. Por ejemplo: la circuncisión está estrechamente unida al sa-

8. Ga 5, 3.

crificio y a la observancia de los días; el sacrificio, a su vez, conlleva el cuidado del día y del lugar; el lugar innumerables tipos de purificación, ya que éstas exigen multitud de variados cuidados. No es lícito que el impuro ofrezca sacrificios, ni que entre en recintos sagrados, ni cosas semejantes. La ley, por consiguiente, arrastra a muchas prescripciones con un solo precepto. En efecto, todo queda invalidado si tú te has circuncidado pero no en el octavo día, o bien en el octavo día, sin estar presente el sacrificio, o bien, en presencia del sacrificio, mas no en el lugar prescrito, o bien, en el lugar prescrito, pero no según las indicaciones de la ley, o bien, según las prescripciones de la ley, pero sin estar purificado, o bien, estando purificado, mas no purificado según las debidas disposiciones. Por eso el apóstol dice: *Está obligado a cumplir toda la ley.* Si la ley tiene autoridad, no la cumplas en parte, sino en su totalidad, mas, si no tiene autoridad, no cumplas ni siquiera una parte.

Os separasteis de Cristo, quienes buscáis la justicia en la ley, os apartasteis de la gracia [9]. Lo demostró y, seguidamente, apunta el peligro de una ruina extrema. En el momento que uno acude a la ley no puede salvarse y queda excluido de la gracia, ¿qué le queda entonces si no es un inexorable castigo, ya que la ley es impotente y la gracia no le acoge?

Fe y amor

2. De esta forma, incrementa su temor, turba su ánimo y les señala el gran naufragio que iban a pade-

9. Ga 5, 4.

cer, y, a continuación, les descubre el vecino puerto de la gracia. Actúa siempre así, demostrando que por este camino la salvación es mucho más fácil y segura. Por esto añade: *Pues nosotros por el Espíritu, en virtud de la fe, aguardamos la esperanza de la justicia* [10]. No necesitamos ninguno de aquellos preceptos legales –dice– para que se nos conceda el Espíritu, y, por él, la justificación y muchos y grandes bienes.

Pues en Cristo Jesús ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe que actúa por el amor [11]. ¿Ves cómo continúa con una mayor franqueza? El que se ha revestido de Cristo, –dice– que no se preocupe ya de esas cuestiones [12]. Había dicho que la circuncisión era dañosa, ¿por qué la considera ahora indiferente? Porque lo era para aquellos que se habían circuncidado antes de la fe, mas no para aquéllos que, después de alcanzar la fe, se circuncidaron. Observa en qué lugar la sitúa, ya que la coloca en el mismo plano que la incircuncisión. De la misma forma que el que seleccionara atletas, en orden a su selección no concedería importancia a si tienen la nariz corva o chata, a si son negros o blancos, sino sólo a si son fuertes y experimentados, así, al que pretende entrar en la Nueva Alianza ni le daña ni le perjudica el que posea o no estas características físicas [13].

¿Qué significa la expresión: *La fe que actúa por el amor*? Les da un duro golpe en este punto al manifestar que esa defección se debe a que el amor a Cristo no arraigó en ellos: se pretende, en efecto, no sólo

10. Ibid., 5, 5.
11. Ibid., 5, 6.
12. Es decir, de la circuncisión y de la incircuncisión.
13. Juan Crisóstomo se refiere a que la circuncisión o la incircuncisión son irrelevantes para la salvación.

creer, sino permanecer en el amor. Es como si dijera: si hubierais querido a Cristo como es debido, no habríais pasado a la esclavitud, no habríais abandonado al que os ha rescatado, no habríais ofendido al que os ha liberado. Se refiere ahora a los que han tramado asechanzas contra ellos señalando que, si los hubieran amado, no se habrían atrevido a actuar así. Con esta expresión [14] pretende corregir su vida.

Angustia y confianza en la ayuda divina

Corríais bien, ¿quién os lo impidió? [15]. No es la típica pregunta del que interroga, sino del que no sabe la respuesta y se lamenta. ¿Cómo pudo ser obstaculizada una carrera de tales características? ¿Quién tiene un poder semejante? Vosotros que ocupabais un lugar superior a todos los demás y que poseíais el rango de maestros, no permanecisteis en la condición de discípulos. ¿Qué sucedió? ¿Quién pudo tanto? Éstas son las palabras de quien invoca y, sobre todo, se lamenta, de la misma forma que anteriormente decía: *¿Quién os fascinó?* [16].

La persuasión no procede del que os llama [17]. Él no os llamó para que vacilarais ni determinó que se judaizase. Para que nadie diga: «¿por qué exageras y agrandas tanto este hecho en tu discurso?» y «observamos un solo precepto de la ley, ¿y armas tanto alboroto?»,

14. Se refiere constantemente al citado pasaje de Ga 5, 6, referente a la fe que opera por medio del amor.
15. Ga 5, 7.
16. Ga 3, 1.
17. Ga 5, 8.

escucha cómo los atemoriza, no con cuanto sucede, sino con lo que está por suceder, diciendo: *Un poco de levadura hace fermentar toda la masa* [18]. Pretende decir que un pequeño error, si no es corregido, puede conducirnos al judaísmo, como la levadura hace fermentar la masa.

He confiado en vosotros en Cristo, que no pensaréis ninguna otra cosa [19]. No dijo: «no penséis», sino: *No pensaréis*, es decir, que os corregiréis. ¿Cómo lo sabes? No dijo: «lo sé», sino: *confío*. Confío en Dios –dice– e invoco con confianza su ayuda para vuestra corrección. No dijo simplemente: *He confiado en vosotros*, sino también: *En el Señor* [20]. En todo momento conjuga acusaciones con elogios, como si dijera: «conozco a mis discípulos, conozco la facilidad con la que pueden corregirse; tengo confianza gracias a que el Señor no permite que nada se pierda, y gracias a vosotros que, con rapidez, podéis enmendaros». Al mismo tiempo les exhorta a que pongan empeño, ya que no es posible obtener la ayuda divina si no ponemos los medios.

El que os perturba, llevará su castigo, quienquiera que sea [21]. Les infunde coraje de formas variadas: con las expresiones con las que les anima, con las increpaciones dirigidas a los perturbadores, o con los castigos que les anuncia. De cualquier forma, observa cómo en ningún momento revela el nombre de los conspiradores para que no sean más imprudentes. Sus palabras significan lo siguiente: aunque os convirtáis, los causantes

18. Ga 5, 9. Cf. ítem 1 Co 5, 6.

19. Ga 5, 10.

20. Nótese que, anteriormente, citando a Ga 5, 10, Juan Crisóstomo había dicho *en Cristo*.

21. Ga 5, 10.

del engaño no quedarán libres del castigo, por el contrario, pagarán la pena, pues no es justo que el esfuerzo de unos atenúe la maldad de otros. Sucede así para que aquéllos [22] no ataquen luego a otros. Y no dijo: «los perturbadores», sino que elevó el tono del discurso al decir: *Quienquiera que sea.*

Pablo y la circuncisión

Yo, hermanos, si todavía predico la circuncisión, ¿por qué todavía soy perseguido? [23]. Le acusaron de judaizar y de fingir en la predicación, por eso, mira cómo demuestra su inocencia presentando a éstos como testigos. Sabéis –dice– que se me persigue por incitar a abandonar la ley, mas, si predico la circuncisión ¿por qué soy todavía perseguido? Los creyentes de procedencia judaica no pueden acusarme de otra cosa que no sea ésta. Efectivamente, si hubieran convenido en conservar las tradiciones paternas, los creyentes como los no creyentes no habrían maquinado ninguna asechanza contra mí ya que sus tradiciones no habrían sufrido cambio alguno.

3. Pero, ¿cómo? ¿No predicó la circuncisión? ¿No circuncidó a Timoteo? [24]. Lo circuncidó, en efecto. ¿Cómo dice, entonces: *No predico la circuncisión*? He aquí su precisión, pues no dijo: «no practico la circuncisión», sino: *No la predico*, es decir, no exhorto a creer en ella. No veas en mi actitud una confirmación

22. Los perturbadores.
23. Ga 5, 11.
24. Cf. Hch 16, 3.

de la doctrina, pues, circuncidé, pero no prediqué la circuncisión.

Luego se ha eliminado el escándalo de la cruz [25]. Es decir, si es verdad lo que decís, se ha anulado el impedimento, el obstáculo, ya que la cruz no era un escándalo para los judíos de la misma forma a como lo era la no obligación de obedecer las leyes paternas. Efectivamente, cuando presentaron a Esteban ante el sanedrín, no dijeron: «éste adora al crucificado», sino: *Habla en contra del lugar y de la ley santa* [26], y a Jesús, sin ir más lejos, le acusaban de abolir la ley [27]. Por eso Pablo les dice: permitida la circuncisión, no habríais mostrado ni rivalidad ni hostilidad contra la cruz y la predicación. Ahora bien, si en todo momento pretenden nuestra muerte, ¿cómo nos acusan de eso? [28]. Además los judíos me atacaron por haber introducido a un incircunciso en el templo [29]. ¿Soy tan insensato –dice– que, permitida la circuncisión, voy a sufrir en vano e inútilmente un daño semejante, e infligir un escándalo de tales características a la cruz? Observad que si no fuera por la circuncisión no combatirían contra nosotros de esa forma. ¿Tan insensato fui que en vano me persiguieron y escandalicé a otros?

Se ha referido al escándalo de la cruz porque el argumento de la cruz así lo exigía, y, sobre todo, porque lo que escandalizaba a los judíos y les impedía aceptar la cruz era la prescripción de apartarse de las costumbres paternas.

25. Ga 5, 11.
26. Cf. Hch 6, 13.
27. Cf. Jn 5, 16.
28. De predicar la circuncisión.
29. Cf. Hch 21, 28-29.

¡Ojalá sean mutilados los que os perturban! [30]. Mira qué duro es aquí con los causantes del engaño. Acusó primero a los que habían sido objeto del engaño, llamándolos insensatos en dos ocasiones [31]. Los reprende y corrige, y, después, acusa a los artífices del engaño. Es preciso que consideremos aquí la sabiduría de Pablo: cómo les [32] amonesta y corrige, como si fueran sus propios hijos, capaces de corregirse, y, en cambio, cómo reprueba a los causantes del engaño como a extraños y enfermos incurables con las palabras: *Llevará su castigo quienquiera que sea* [33], y la maldición: *¡Ojalá sean mutilados los que os perturban!* Con razón dijo: *Los que os perturban*. Después de que hubieron abandonado su patria, la libertad y la relación filial con Dios, les obligaron a aceptar una patria extraña y extranjera, alejados de la Jerusalén celeste y libre, obligándolos a andar errantes como si de cautivos y forasteros se tratara. Por eso los maldice. Con tales palabras pretende decir lo que sigue: aquéllos no me importan nada: *Al sectario, después de una y otra amonestación, evítalo* [34]. Si lo desean, que no se circunciden sólo, que se castren también si quieren.

Contra los maniqueos: la materia no es mala

¿Dónde están los que se atreven a castrarse, y con

30. Ga 5, 12.
31. Cf. ibid., 3, 1.3.
32. A los Gálatas.
33. Ga 5, 10.
34. Tt 3, 10. El término *hairetikòs*, que en todo el Nuevo Testamento sólo aparece en este versículo, designa al hombre que ocasiona divisiones en la comunidad; cf., a este propósito, C. SPICQ, *Saint Paul. Les épîtres pastorales*, Paris 1947, p. 299.

esa actitud se arrastran hacia la maldición, denigran la creación de Dios y cooperan con los maniqueos? [35]. Dicen [36] que el cuerpo es insidioso y que está formado de una materia malvada; aquéllos [37], con obras, dan consistencia a esas funestas doctrinas ya que mutilan sus órganos como si de algo enemigo e insidioso se tratara. Lo conveniente, sin embargo, es arrancarse los ojos ya que a través de ellos la pasión alcanza al alma. De cualquier forma, la culpa no está ni en el ojo ni en ninguna otra parte del cuerpo, sólo en la voluntad malvada. Si no estás de acuerdo, ¿por qué no cortas también la lengua como causante de blasfemias, las manos como artífices del saqueo, los pies como conductores a la maldad y, en suma, y por decirlo de alguna forma, por qué no mutilas todo el cuerpo? Efectivamente, el oído en alguna ocasión hizo flaquear al alma fascinado por el sonido de la flauta, y el olfato, al percibir un dulce aroma, alucinó y condujo a la mente, como en un delirio báquico, al placer. Cortemos, consiguientemente, todo: oídos, manos y nariz. Es, sin duda, un disparate exagerado y propio de una demencia satánica. Sólo es necesario corregir el impulso desordenado del alma, ya que es el malvado demonio, que actúa como si el Creador se hubiera equivocado y que se complace constantemente en las masacres [38], quien organizó toda una persuasiva maquinación en orden a destruir el instrumento [39]. Si el cuerpo está bien –dice– ¿cómo puede

35. Sobre la castración en los maniqueos, cf. H. C. PUECH, *Le Manichéisme. Son fondateur. Sa doctrine*, Paris 1949, p. 189, n. 383.

36. Los maniqueos.

37. Los que se castran.

38. Cf. Jn 8, 44.

39. Es decir, el cuerpo, instrumento del alma. Véase a este respecto un pasaje crisostomiano: *In Gen. hom.* 13, 2 (PG 53, 107).

arder la concupiscencia? He aquí que la culpable es el alma, ya que el alma, y no el cuerpo, es la responsable de satisfacer la carne. En efecto, si ésta quisiera mortificarla, tendría todos los medios a su alcance. Te comportas de forma semejante a aquel que, viendo a alguien encender una hoguera, echar leña e incendiar una casa, absolviera al que la ha encendido e inculpara al fuego por tener mucha leña y alcanzar por ello una gran altura. La culpa evidentemente no es del fuego sino del que lo ha encendido. Efectivamente, el fuego sirve para preparar el alimento, para la iluminación y para otros muchos servicios, pero no para incendiar casas. Lo mismo sucede con el placer sexual, dado para la procreación de los hijos y para la conservación de la vida, y no para el adulterio, para la fornicación ni para el libertinaje: para ser padre, no un adúltero, para tener trato legítimo con la mujer, no para violarla contra toda ley, para dejar el propio semen y no para impedir el de otro. Efectivamente, el adulterio no es lo propio del deseo sexual natural, al contrario, es un ultraje a la naturaleza, pues el deseo sexual busca sólo una relación sexual, no una relación de esas características [40].

4. Todo lo anterior no se ha dicho sin motivo, sino para que diligentemente detengamos alguna de estas disputas y refutemos a cuantos afirman que la creación de Dios es mala y, sin considerar la flaqueza del alma, arremeten contra el cuerpo y calumnian nuestra carne. Seguidamente el apóstol Pablo aborda este tema, y no acusa al cuerpo, sino a los razonamientos diabólicos [41].

40. Es decir, adúltera.

41. Juan Crisóstomo alude a Ga 5, 17ss., como veremos seguidamente.

Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad, pero que la libertad no sea un pretexto para la carne [42]. A la luz de estas palabras parecería que vuelve a un discurso de tipo moral, si bien, es algo nuevo que no sucede en ninguna otra epístola. Hace una división en dos partes, en la primera trata de la doctrina y en la segunda de la vida moral, pero, después de afrontar el discurso moral, introduce de nuevo lo doctrinal. Efectivamente, lo uno está conectado con lo otro en la contienda contra los maniqueos.

El amor, medida de la libertad cristiana

¿Qué significa *pero que no sea la libertad un pretexto para la carne*? Cristo –dice– nos liberó del yugo de la esclavitud, nos hizo responsables de nuestras actuaciones, pero no para que empleáramos este poder para el mal, sino como ocasión de alcanzar un premio mayor, elevándonos a un nivel más alto de vida. Puesto que en varias ocasiones llama a la ley yugo de esclavitud y a la gracia liberación de la maldición, a fin de que nadie creyese que, por esto, prescribe abandonar la ley porque fuera lícito vivir de forma contraria a la ley, corrige esta suposición diciendo: ordeno esto, no para que surja una forma de vida inicua, sino para que la vida cristiana [43] vaya más allá de la ley, pues las

42. Ga 5, 13.

43. Juan Crisóstomo emplea aquí el término *filosofía*, que aparece frecuentemente en su obra y, especialmente, en esta parte del *Comentario a la Epístola a los Gálatas*. Este vocablo no indica un concepto intelectual y abstractamente teórico, sino que indica la existencia del cristiano, profundamente cambiada por la gracia y orientada a la perfección. Véase a este respecto el estudio de G. J.

ataduras de la ley han sido destruidas. No digo todo esto para que seamos pusilánimes, sino para que alcancemos un nivel más alto. Ahora bien, el que se prostituye y el que conserva la virginidad, los dos traspasaron los límites de la ley, si bien, no de igual manera: el uno se precipita a lo peor, el otro, en cambio, se alza a lo mejor; el uno transgrede la ley, el otro la trasciende. Esto es lo que dice Pablo: Cristo os liberó del yugo, no para que os desenfrenéis, ni para que deis coces [44], sino para que, libres del yugo, os comportéis equilibradamente. Señala luego la forma en la que corregiría fácilmente esto. ¿De qué forma? *Por el amor* –dice– *servíos los unos a los otros* [45]. Alude aquí de nuevo a que la ambición, la discordia, el deseo de poder y la arrogancia fueron la causa de su extravío [46], pues la madre de las herejías es el deseo de poder. Al decir: *Servíos los unos a los otros*, manifestó que este mal tuvo su origen en la arrogancia y la soberbia, por lo que presenta el remedio apropiado. Os separasteis al desear dominaros unos a otros: *Servíos los unos a los otros*, así, de nuevo, volveréis a la unidad. No habla expresamente de su culpa, pero sí de la corrección, para que a través de ésta comprendan aquélla. Actúa de la misma forma que el que no dice claramente al que se comporta de una forma impúdica que realmente actúa de

M. BARTELINK (*«Philosophie» et «philosophe» dans quelques oeuvres de Jean Chrysostome*, en «Revue d'ascétique et de mystique», 36 [1960], p. 492) y de A. M. MALINGREY (*«Philosophia». Etude d'un groupe de mots dans la littérature grecque, des Présocratiques au IV siècle après J. C.*, Paris 1961, pp. 263ss.)

44. Juan Crisóstomo emplea metafóricamente el término que propiamente se refiere a los caballos desbocados y que cocean.

45. Ga 5, 13.

46. Es decir, de la defección de los Gálatas.

esa forma y, sin embargo, le exhorta constantemente a la templanza. El que ama al prójimo como es debido no rechaza servirlo con más humildad que un siervo. De la misma forma que el fuego derrite sin dificultad la cera, así el calor del amor destruye vanidad y arrogancia con mayor fuerza que el fuego. Por esto no dijo simplemente: «Amaos los unos a los otros», sino: *Servíos*, mostrando así la intensidad del afecto. Destruyó el yugo de la esclavitud, pero, para que no se desenfrenasen, les impone el yugo del amor, más fuerte que aquél, mas, con mucho, más ligero y suave [47].

Señala su efecto positivo con las palabras: *Toda la ley se resume en un solo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* [48]. Insistían constantemente en la ley, por eso dice: si quieres cumplirla, no te circuncides, pues no se cumple con la circuncisión sino con el amor. Observa cómo no olvida su propio sufrimiento, sino que vuelve una y otra vez a lo que le aflige, incluso una vez que ha abordado el discurso moral.

Mas si os mordéis y devoráis recíprocamente, mirad no os vayáis a destruir los unos a los otros [49]. No habla de ello abiertamente para no importunarlos, sino con ambigüedad, aunque conoce bien lo que sucede. No dijo claramente: «puesto que os mordéis recíprocamente» y lo que sigue, ni tampoco: «os destruiréis los unos a los otros», sino: *No os vayáis a destruir los unos a los otros* [50], palabras que revelan la actitud del que teme y alerta, mas no del que condena. Fue muy expresivo,

47. Cf. Mt 11, 30.
48. Ga 5, 14.
49. Ga 5, 15.
50. En la traducción según la ed. de Field, p. 86.

ya que no dijo sólo: *mordéis*, lo propio del que está irritado, sino también: *devoráis*, actitud típica del que persiste en la perversidad. El que muerde, en efecto, satisfizo un sentimiento de ira, mas el que devora dio muestras de una bestialidad extrema. Las acciones verbales que menciona, «morder» y «devorar», no tienen un significado material, sino uno más grave, ya que el que come carne humana no ocasiona el mismo daño que el que muerde el alma: en la medida en la que el alma es más valiosa que el cuerpo, el daño que se hace a ésta es mucho más grave.

No os vayáis a destruir los unos a los otros. Los que actúan injustamente y maquinan cómo destruir a los otros caen precisamente en esto, por lo cual dice: ¡Cuidado con que el asunto se vuelva contra vosotros! La división y la lucha, sin duda, son perniciosas y costosas, no sólo para quienes las sufren, sino también para los que las provocan. Además, lo corrompen todo mucho más que una polilla.

Os digo, en efecto: andad según el Espíritu y no deis satisfacción al deseo de la carne [51].

5. He aquí que señala otro camino que hace accesible la virtud y que da cumplimiento a cuanto se ha dicho, camino que engendra amor y que viene reforzado por el amor. Pues nada, nada inclina tanto al amor como el ser espiritual, y nada induce al Espíritu a permanecer con nosotros como la fuerza del amor. Por esto dice: *Andad según el Espíritu y no deis satisfacción al deseo de la carne*. Habló de lo que provoca la enfermedad, por eso habla también ahora del remedio que proporciona salud. ¿Cuál es y cuánto el poder de los

51. Ga 5, 16.

bienes mencionados [52], si no es la vida según el Espíritu? Por esto dice: *Andad según el Espíritu y no deis satisfacción al deseo de la carne.*

El alma y la carne

Pues la carne tiene tendencias contrarias a las del Espíritu, y el Espíritu tendencias contrarias a las de la carne; en efecto, uno y otra se oponen a fin de que no hagáis lo que queráis [53]. Teniendo como punto de referencia estas palabras, algunos pasan al ataque diciendo que el apóstol ha dividido al hombre en dos, que lo presenta como si estuviera compuesto de sustancias opuestas, y que afirma existir una lucha del cuerpo contra el alma. Pero no es así. No es así. En este punto, se refiere a la carne y no al cuerpo, ya que si quisiera referirse a éste, ¿qué sentido tendrían las palabras que dice a continuación: *Tiene tendencias contrarias a las del Espíritu*? En efecto, el cuerpo no mueve sino que es movido, no actúa, sino que es objeto de la acción, ¿cómo, entonces, puede tener deseos? Desear es propio del alma y no de la carne. En otros puntos está escrito: *Mi alma arde en deseo* [54]; *¿Qué desea tu alma y lo haré para ti?* [55]; *No sigas el deseo de tu alma* [56], y *Así desea mi alma* [57]. ¿Cómo dice, entonces, Pablo: *La*

52. Según la edición de Field, p. 86, este punto debía entenderse de la forma siguiente: «cuál es la liberación de los males reseñados».

53. Ga 5, 17.

54. Sal 84 (83), 3.

55. 1 S (Vulgata 1 R) 20, 4.

56. Si 18, 30.

57. Sal 42 (41), 2.

carne tiene tendencias contrarias a las del Espíritu? Acostumbra a llamar «carne» a la voluntad perversa y no a la naturaleza del cuerpo, por ejemplo, cuando dice: *Vosotros no estáis bajo el dominio de la carne sino del Espíritu* [58] y *Los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios* [59]. ¿Qué, entonces? ¿Es necesario eliminar la carne? El que lo afirma, ¿no se ha revestido de carne? No son enseñanzas de la carne sino del diablo: *Aquél ha sido un homicida desde el principio* [60]. ¿Qué dice Pablo, entonces? Llama aquí «carne» a una actitud terrena, despreocupada y disoluta. No se trata de una acusación al cuerpo sino de un reproche al alma negligente, pues el cuerpo es un instrumento y nadie desprecia y odia al instrumento, sino al que hace mal uso de éste. Efectivamente, no detestamos y castigamos al arma, sino al asesino.

Mas también podría alegarse lo que sigue: denominar con el nombre de «carne» a los pecados del alma es también una acusación al cuerpo. Estoy de acuerdo en que la carne es inferior al alma, pero también ésta es bella, pues lo inferior a lo bello también es bello, porque el mal no es lo inferior al bien, sino su contrario. Si puedes demostrar que el cuerpo es el responsable del mal, acusa también a la carne, pero si intentas calumniarla sólo por su nombre, debes acusar también al alma: efectivamente, se denomina «hombre animal» [61] al que está privado de la verdad, y se llama «espíritus del mal» [62] a los innumerables demonios. Por

58. Rm 8, 9.
59. Rm 8, 8.
60. Jn 8, 44.
61. Cf. 1 Co 2, 14.
62. Cf. Ef 6, 12.

su parte, la Escritura denomina habitualmente con el término «carne» a la realidad mística, diciendo que toda la Iglesia es cuerpo de Cristo [63].

Armonía y servicio mutuo entre alma y cuerpo

Si estás de acuerdo en considerar como acciones positivas las que proceden de la carne, imagina por un momento que se redujesen las sensaciones y comprobarás que el alma queda privada de conocimiento y que no sabrá nada de lo que sabía. Si la fuerza de Dios puede ser contemplada con la inteligencia a través de sus obras [64] desde la creación del mundo, ¿cómo podríamos verla sin ojos? Si de escuchar la predicación [65] procede la fe, ¿cómo podríamos oír sin oídos? Predicar y andar es sólo posible gracias también a la lengua y a los pies. *¿Cómo predicarán si no son enviados?* [66]. Y escribir es posible gracias a las manos. ¿Te das cuenta que el servicio de la carne nos proporciona un sinfín de bienes?

Si Pablo dice: *La carne tiene tendencias contrarias a las del Espíritu*, se refiere a que virtud y maldad se oponen entre sí, y no el alma y el cuerpo. Si se oponen, ocasionan su destrucción mutua, como el fuego y el agua, como las tinieblas y la luz. Sin embargo, si el alma se preocupa y se cuida del cuerpo, afrontará innumerables sufrimientos sin abandonarlo, y, si sufre un ataque, opondrá resistencia. El cuerpo, por su parte,

63. Cf. Col 1, 18.
64. Cf. Rm 1, 20.
65. Rm 10, 17.
66. Rm 10, 15.

está a su servicio, proporcionándole el conocimiento de las cosas y ordenado en función de su actividad. Por consiguiente, ¿cómo podrían estar en oposición y en conflicto mutuo? Yo, en consecuencia, no creo que sean contrarios, sino que sintonizan y se sostienen mutuamente a través de sus obras. Pablo no afirma que sean contrarios, apunta sin más la disputa existente entre los pensamientos perversos y los buenos. En efecto, querer o no querer es propio del alma. Por esto dice: *Uno y otra se oponen*, a fin de que no consientas en seguir al alma en sus perniciosos deseos. Dijo esto como un pedagogo y maestro que infunde temor.

Si os guiáis por el Espíritu, no estáis bajo la ley [67].

Ley y Espíritu

6. ¿Cuál es la consecuencia? Una muy importante y evidente. El que posee el Espíritu, tal y como conviene, apaciguará gracias a él todos los malos deseos. El que se ve libre de éstos, no necesita del auxilio de la ley porque se encuentra en una situación más elevada con respecto a sus preceptos. Efectivamente, el que no se irrita, ¿por qué necesita escuchar: *No matarás* [68]? El que no mira con ojos libertinos, ¿para qué necesita la enseñanza [69] de no cometer adulterio [70]? ¿Quién habla del fruto de la maldad con el que arranca su misma

67. Ga 5, 18.

68. Cf. Ex 20, 15; Dt 5, 18 (los versículos son muy numerosos según el texto de los LXX).

69. La expresión *toû paidéuontos* podría entenderse en referencia al término *nómos*.

70. Cf. Ex 20, 13; Dt. 5, 17 (la numeración sigue siempre el texto de los LXX).

raíz? Pues la raíz del homicidio es la ira y el adulterio es la mirada indiscreta de los ojos. Por esto dice: *Si os guiáis por el Espíritu, no estáis bajo la ley.* A mi parecer, en este punto se expone un gran y admirable elogio de la ley. Ahora bien, la ley estaba en el lugar del Espíritu, en la medida de sus posibilidades, antes de la llegada de Éste, pero no por eso es necesario estar sujeto al pedagogo. Cuando todavía no se había manifestado el Espíritu, con justicia estábamos sometidos a la ley para frenar con temor las pasiones. Ahora, en cambio, ¿qué necesidad hay de la ley, cuando ha sido concedida la gracia que ordena apartarse de ésas que, además, las destruye, y nos conduce a un estado de vida más sublime? ¿Para qué necesita el pedagogo quien por sí mismo obtiene grandes cosas? En efecto, el filósofo no precisa de maestro. ¿Por qué os humilláis los que, después de entregaros en primer lugar al Espíritu, ahora os situáis junto a la ley?

Las obras de la carne y el fruto del Espíritu

Las obras de la carne son manifiestas: fornicación, adulterio, impureza, lascivia, hechicería, idolatría, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías, y otras semejantes a éstas, de las que os prevengo, como antes dije, porque los que hacen tales cosas, no heredarán el Reino de Dios [71]. Contéstame tú que acusas a la carne y que crees que el motivo por el cual se ha dicho esto es la enemistad y la rivalidad –admitamos, según vuestra opinión, que el adulterio y la fornicación competan a la

71. Ga 5, 19-21.

carne– ¿los odios, las discordias, los celos, las disensiones, las divisiones y las hechicerías –éstas y el resto son propias sólo de una voluntad corrupta–, cómo es posible que sean propias de la carne? ¿Ves cómo aquí no se refiere a la carne sino a una mentalidad terrena, que se arrastra por la tierra? Por eso atemoriza cuando afirma: *Los que hacen tales cosas, no heredarán el Reino de Dios.* Si fuera algo propio a una naturaleza malvada y no a una voluntad corrupta, decir: *hacen,* habría sido excesivo y habría dicho: «sufren». ¿Por qué son excluidos del Reino? Los premios y castigos no dependen de la naturaleza sino de la voluntad. Por esto Pablo hizo esa amenaza.

El fruto del Espíritu es amor, gozo y paz [72]. No dijo: «la acción del Espíritu», sino: *El fruto.* ¿El alma es, consiguientemente, superflua? Pues, si se habla de la carne y del espíritu, ¿dónde está el alma? ¿Habla, acaso, de inanimados?, ya que si la maldad es propia del cuerpo y la bondad del espíritu, el alma es inútil. ¡De ninguna manera!, puesto que el dominio de las pasiones le corresponde a ella: colocada entre la maldad y la virtud, si utilizara convenientemente el cuerpo, lo convertiría en espiritual, mas, si se apartara del espíritu y lo entregara a las malas pasiones, se convertiría en más terrena. ¿Ves cómo ahora su discurso [73] no gira en torno a la esencia de la carne, sino en torno a la voluntad miserable y la no miserable?

¿Por qué habla del fruto del Espíritu? Porque sólo nosotros somos responsables de las malas acciones, y por eso habla de «acciones» [74], en tanto que las buenas

72. Ga 5, 22.
73. De Pablo.
74. Evidentemente, se refiere a «las obras de la carne» de Ga 5, 19.

acciones no sólo precisan de nuestro empeño, sino también de la benevolencia de Dios. Se dispone a hacer una relación de éstas, y, en primer lugar, indica la raíz de los bienes: *Amor, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza. Contra tales no existe una ley* [75].

El amor, maestro de la filosofía

¿Qué podría pedirse al que tiene en sí todo, incluso al maestro perfecto de la filosofía [76], al amor? De la misma forma que los caballos dóciles no necesitan que se emplee la fusta con ellos porque hacen todo por sí mismos, así el alma que practica la virtud por inspiración del Espíritu, no necesita una ley que le amoneste. En este punto, eliminó de forma admirable la ley, no como algo perverso, sino como algo inferior a la filosofía dada por el Espíritu.

Los que son de Cristo, crucificaron la carne con sus pasiones y concupiscencias [77]. Para que no digan «¿quién es así?» muestra, con las obras como punto de referencia, a quienes actúan de este modo, denominando otra vez con el término «carne» a las acciones malvadas. No destruyeron la carne, ¿cómo habrían podido vivir entonces? Lo crucificado está muerto y es inerte, mas Pablo se refiere a la perfecta filosofía. Efectivamente, las pasiones, aunque inquietan, perturban en vano. Puesto que la fuerza del Espíritu tiene tal poder,

75. Ga 5, 22-23.

76. Para el sentido de este término que aparece otras dos veces un poco más adelante, cf. la nota 43.

77. Ga 5, 24.

vivamos en Él, contentémonos con Él. Lo expresa [78] con las palabras: *Vivamos en el Espíritu y conformémonos con el Espíritu* [79], viviendo según sus leyes. Esto es lo que significa la expresión: *Conformémonos*, es decir, contentémonos con la fuerza del Espíritu y no busquemos la asistencia de la ley. Señala que los que introducen la circuncisión lo hacen por ambición, y así dice: *No seamos codiciosos* –que es causa de todos los males– *provocándonos y envidiándonos los unos a los otros* [80]. La envidia surge de la vanagloria y de la envidia nacen todos esos innumerables males.

78. Pablo.
79. Ga 5, 25.
80. Ga 5, 26.

CAPÍTULO VI

Hermanos, si incluso alguno fuera sorprendido [1].

La corrección fraterna

1. Justificaron sus pasiones con la excusa de reprobar a otros, y creyeron que debían actuar así a causa de sus pecados, aunque, en realidad, pretendían suscitar su ansia de poder, por lo que les dice: *Hermanos, si alguno fuera sorprendido.* No dijo: «si lo hubiera hecho», sino: *Si fuera sorprendido*, es decir, si fuera cogido en alguna culpa [2].

Vosotros, los espirituales, corregidlo [3]. No dijo: «castigadlo», ni «condenadlo», sino: *corregidlo.* Y no se detuvo allí, sino que, subrayando la necesidad de ser muy prudente con los que caen, añadió: *Con espíritu de mansedumbre* [4]. No dijo: «con mansedumbre», sino: *Con espíritu de mansedumbre*, indicando que esto complace al Espíritu y que corregir con equidad a los que pecan es un don del Espíritu. Seguidamente, para que el que corrige no se ensoberbezca, lo amonesta con las

1. Ga 6, 1 (el texto paulino añade: *en falta*, que Crisóstomo omite).

2. Así entiende Crisóstomo el verbo *prolambánesthai* de Ga 6, 1. Véase a este respecto M. J. LAGRANGE, *Saint Paul. Epître aux Galates*, Paris 1950, p. 155.

3. Ga 6, 1.

4. Ibid.

palabras: *Cuidando de ti mismo, no seas también tú tentado* [5]. Es preciso que nosotros actuemos de la misma forma que los ricos, que socorren a los necesitados a fin de recibir ellos mismos un trato semejante en el caso de que cayeran en la miseria. Por eso apunta algo indispensable al decir: *Cuidando de ti mismo, no seas también tú tentado.* Defiende al que peca con la expresión: *Si incluso fuera sorprendido,* y, en relación con su debilidad, seguidamente añade: *Para que no seas también tú tentado,* atribuyendo la culpa más al acecho del demonio que a la negligencia del alma.

Tolerancia y comprensión mutua

Llevad unos las cargas de los otros [6]. Es imposible que exista alguien que no tenga defectos, por eso exhorta a no ser severos investigadores de las faltas ajenas, sino a soportar los defectos del prójimo para que los demás toleren los propios. De la misma forma que todas las piedras no ocupan el mismo lugar en un edificio, sino que una es útil en el ángulo y no en los cimientos, y otra es precisa en los cimientos y no en el ángulo, así sucede también en el cuerpo de la Iglesia [7]. Lo podemos comprobar también en nuestro propio cuerpo: un miembro es el soporte de otro, mas no exigimos todo de todos. Efectivamente, la aportación del conjunto constituye el cuerpo y el edificio.

Y así daréis perfecto cumplimiento a la ley de Cristo [8]. No dijo: «cumpliréis», sino: *Daréis perfecto*

5. Ibid.
6. Ga 6, 2.
7. En relación con esta imagen, cf. Col 1, 18.24.
8. Ga 6, 2.

cumplimiento [9], es decir, cumplidla todos conjuntamente soportándoos unos a otros. Por ejemplo: ése es irascible, y tú indolente, soporta, consiguientemente, su impetuosidad para que él tolere tu indolencia. De esa forma, aquél no pecará, porque tú lo sostienes, ni tú fallarás en aquéllo en lo que resulta difícil tolerarte, ya que tu hermano te sostiene. Así, tendiéndoos la mano en vuestra debilidad, dad común cumplimiento a la ley, llenando cada uno los vacíos del prójimo con la propia paciencia. Si no actuáis así, sino que cada uno ataca los defectos del otro, jamás alcanzaréis lo que necesitáis. De la misma forma que no podría subsistir un cuerpo al que se le exigiera que todos sus miembros realizasen una misma función, así también entre los hermanos se provoca una situación inviable si se reclama todo de todos.

Pues si alguno cree ser algo, aunque no sea nada, se engaña a sí mismo [10]. Una vez más el apóstol considera la arrogancia. El que cree ser algo, en efecto, no es nada, y señala como prueba principal de esa fatuidad su desconsideración [11].

Examinarse, antes que nada, a sí mismos

Que cada uno examine su propia actuación [12]. Ahora señala la necesidad de examinar con exactitud y no su-

9. Juan Crisóstomo subraya la diferencia entre *pleroûn* y *anapleroûn*.

10. Ga 6, 3.

11. Según la lectura *euétheian* de la edición de Field, p. 93, en lugar de *euméneian* que aparece en PG 61, 675.

12. Ga 6, 4.

perficialmente la propia vida, y corregir nuestras [13] acciones. Por ejemplo: ¿obraste bien? Examina, no sea que hayas actuado por vanagloria, por necesidad, con odio, con hipocresía, por cualquier otro motivo humano. De la misma forma que el oro tiene una apariencia deslumbrante antes de ser metido en la forja, pero, una vez en el fuego, separado lo adulterado de lo genuino, aparece con claridad, así sucede con nuestras acciones cuando las examinamos en profundidad: se manifiestan con claridad y observamos que pueden ser objeto de muchas correcciones.

Y entonces tendrá motivo de envanecimiento sólo en relación a sí mismo y no en otro [14]. No lo dice como si fijara una ley, sino por condescendencia, como si dijera: es absurdo vanagloriarse, mas, si lo deseas, no te gloríes en relación con el prójimo como el fariseo [15]. El que lo entiende, pronto evita esa actitud [16]. Por eso el apóstol condescendió con aquello [17], a fin de eliminarlo poco a poco, ya que el que acostumbra a vanagloriarse sólo con respecto a sí mismo y no con respecto a otros, con rapidez corrige ese defecto. El que no se cree mejor que los demás –y esto es lo que significa la expresión: *No en otro*–, sino que sólo se vanagloria al examinarse a sí mismo, pronto dejará de hacerlo. Para

13. La edición de PG 61, 675 recoge, quizá por un error de imprenta, *hymîn* en lugar de *hemîn*, sentido adecuado que encontramos en el citado cod. Vat. gr. 551, y también en las ediciones de Savile (t. 3, Eton 1612, p. 758), de Montfaucon (t. 10, Paris 1838, p. 859) y en la de Field (p. 93).

14. Ga 6, 4.

15. Cf. Lc 18, 11.

16. Es decir, de vanagloriarse.

17. Se entiende en hallar un motivo de gloria sólo con respecto a sí mismo.

que entiendas qué quiere decir, observa cómo antes, infundiendo temor, ponía un freno con las palabras: *Examine su propia actuación*, y ahora añade: *Cada uno llevará su propia carga* [18]. Por una parte, parece como si argumentara en contra de vanagloriarse en relación con otro, por otra, corrige al que se envanece para que no piense excelencias de sí mismo, para lo cual hace que considere sus pecados y abruma su conciencia con la consideración de la carga y el peso [19].

El que es instruido en la Palabra, haga partícipe de todos sus bienes al que lo instruye [20].

El cuidado de los maestros

2. El discurso trata ahora de los maestros, de modo que sean muy considerados entre los discípulos. ¿Por qué Cristo lo estableció así? [21]. En el Nuevo Testamento se encuentra esta ley, de suerte que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio [22], y también en el Antiguo Testamento los levitas recibían muchos beneficios de los que estaban bajo su autoridad [23]. ¿Por qué lo dispuso de este modo? Para asentar anticipadamente el fundamento de la humildad y del amor. La dignidad de maestro con frecuencia envanece a los que la poseen, por lo que, con el fin de frenar ese orgullo, hizo que necesitasen de los discípulos. Al mismo tiempo,

18. Ga 6, 5.
19. Cf. Ga 6, 2.
20. Ga 6, 6.
21. Véase a este propósito: Mt 10, 10; Lc 10, 7; 1 Tm 5, 18.
22. Cf. 1 Co 9, 14.
23. Cf. Nm 31, 30-47; 35, 2ss.

a aquéllos les concedió la ocasión de estar en buena disposición en relación con la benevolencia, al ejercitarles en la buena voluntad con los maestros y en ser apacibles con los demás, hecho que daba lugar a un amor no pequeño en ambos casos. Si no era como dije, ¿por qué el Señor, que nutre a los ingratos judíos con el maná [24], hace que los apóstoles necesiten mendigar? ¿No es evidente, acaso, que con esto prepara los grandes bienes de la humildad y del amor, de suerte que los discípulos no se avergüencen de estar en manos de los reputados como despreciables? Pedir parece vergonzoso, mas no lo parecía cuando los maestros lo hacían con sencillez, de modo que los discípulos, instruidos así en despreciar toda gloria, obtenían un beneficio no pequeño. Por esto dice: *El que es instruido en la Palabra, haga partícipe de todos su bienes al que lo instruye.* Es decir, manifieste con él toda generosidad, y, aludiendo a esto, dijo: *de todos sus bienes.* Pretende decir que el discípulo no tenga nada como propio sino que todo sea común. Recibe bienes mayores que los que da, tanto más grandes cuanto mayores son las cosas celestes que las terrenas. Pone de manifiesto esta idea en otro punto diciendo: *Si nosotros sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿es, quizá, una gran cosa que nosotros recojamos vuestros bienes materiales?* [25]. Por esto denomina «comunión» [26] a esta situación, para señalar el cambio que se opera. Se deduce de lo anterior que el amor fue con mucho más ferviente y seguro. Si el maestro buscara lo que le es suficiente a sí mismo, al obtenerlo permanecería en su

24. Cf. Ex 16, 15.
25. 1 Co 9, 11.
26. El término *koinonía* alude al verbo *koinonéito* de Ga 6, 6.

propia dignidad. Efectivamente, es tan digno de alabanza dedicarse asiduamente a la palabra como el necesitar de otros, encontrarse en una extrema pobreza y despreciar los bienes terrenos. Mas, si sobrepasara la medida, corrompería su dignidad, no por recibir, sino por la falta de mesura.

Para que la maldad del maestro no convierta al discípulo en más negligente con respecto a esto [27] y por ello ignore con frecuencia al pobre, continúa diciendo: *No nos cansemos de hacer el bien* [28]. En otro punto señala la postura intermedia entre esto [29] y la ambición de bienes terrenos diciendo: *No os engañéis; Dios no se deja burlar. Lo que el hombre sembrare, eso cosechará, porque el que siembra en su carne, de su carne cosechará corrupción, pero quien siembre en el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna* [30].

La siembra y la cosecha

Y en relación con las simientes, de la misma forma que el que siembra cebada no puede recoger trigo, pues es necesario que la semilla y el producto recolectado sean de la misma clase, así, en el caso de las obras, el que esparce en la carne libertinaje, embriaguez, concupiscencia absurda, recogerá lo que de ello se deriva. ¿Qué cosas son éstas? Castigo, suplicio, vergüenza, escarnio, corrupción. No existe, en efecto, otro final para las comidas suntuosas y exquisitas que la corrupción,

27. Es decir, a la práctica de la caridad.
28. Ga 6, 9.
29. Es decir, hacer el bien.
30. Ga 6, 7-8.

ya que éstas se corrompen y corrompen a su vez al cuerpo. No son así las cosas espirituales, sino completamente distintas. Compruébalo: sembraste misericordia, te aguardan los tesoros de los cielos y la gloria eterna; sembraste templanza, te espera honor, recompensa, los elogios de los ángeles y las coronas del juez del certamen [31].

No nos cansemos de hacer el bien, pues en su momento cosecharemos si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos, especialmente, a los hermanos en la fe [32]. Para que nadie crea que sólo es necesario preocuparse por los maestros y contribuir a su sustento, y despreocuparse, sin embargo, de los demás, en su discurso se refiere a todos y a todos llama a una generosidad de esas características, hasta el punto de exhortar a una compasión ordenada, pero compasión al fin, con judíos y griegos. ¿A qué orden se refiere? A preocuparse sobre todo de los creyentes. Como en otras Epístolas, también en ésta habla de ser siempre compasivo y generoso. A esto se refiere con la referencia a la semilla y a la necesidad de no cansarse de hacer el bien. Su petición es exigente, por eso habla también de la recompensa cuando se refiere a una cosecha nueva y extraordinaria.

3. Los agricultores, el que siembra como el que cosecha, soportan grandes fatigas, luchando contra la sequía, el polvo y la adversidad; mas, entonces –dice– nada de eso será necesario. Esta idea la manifiesta con

31. Cristo. Para esta imagen, véase CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Quis dives salvetur?*, 3, 6 (GCS III, p. 162).

32. Ga 6, 9-10.

las palabras: *En su momento cosecharemos si no desfallecemos.* Por un lado, los exhorta y persuade, por otro, los apremia y empuja diciendo: *Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien.*

Ejercer la caridad mientras haya tiempo

No siempre nos es posible sembrar, de la misma forma, tampoco es posible siempre ejercitar la compasión. Cuando seamos arrebatados de este mundo, aunque lo deseemos muy intensamente, no podremos ejercitarla más. Una prueba de ello son las vírgenes de la parábola evangélica [33], que, aunque tenían buena voluntad, como se presentaron sin una compasión generosa, se vieron excluidas de la estancia nupcial [34]. Nos lo atestigua igualmente el rico que despreció a Lázaro. También éste, en efecto, privado de ese auxilio [35], aunque gemía y suplicaba, no obtuvo misericordia ni del patriarca [36] ni de ningún otro, sino que sufrió el tormento ininterrumpido del fuego sin compasión alguna [37].

Por esto dice: *Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien,* y es una exhortación que dirige a todos. De esta forma, al menos, les aparta de la mezquindad judía. Su benevolencia estaba orientada a sus compatriotas y, aunque sea más solícito con los miembros de su misma

33. Cf. Mt 25, 1ss.

34. La misma interpretación de esta parábola aparece en el comentario crisostomiano a Mateo (Cf. *In Mt. hom.* 78, 1ss; PG 58, 711ss.).

35. Es decir, de la compasión.

36. Abraham.

37. Cf. Lc 16, 19ss.

comunidad de fieles [38], la filosofía [39] de la gracia invita a tierra y mar a la mesa de la compasión [40].

La solicitud de Pablo

Ved con qué grandes letras os escribo de mi propia mano. Los que quieren adquirir importancia con la carne, ésos os fuerzan a cincuncidaros [41]. Piensa en qué dolor envuelve a aquella bienaventurada alma. De la misma forma que los que sufren una desgracia, sea la pérdida de un amigo, sea un mal inesperado, no descansan ni de noche ni de día porque el dolor asedia su alma, así el beato Pablo, tras expresar brevemente los argumentos éticos, vuelve de nuevo a las cuestiones primeras que turbaban sobre todo su alma con la expresión: *Ved con qué grandes letras os escribo de mi propia mano.*

No se refiere a ninguna otra cosa que no sea a que él mismo escribió toda la epístola, hecho que demuestra su gran afecto. En el caso de las otras cartas, él dictaba y otro escribía. Es evidente en el caso de la Epístola a los Romanos, en donde al final dice: *Os saludo yo, Tercio, que he escrito la carta* [42]. Aquí [43], en cambio, él mismo la escribió entera. Lo hizo por necesidad, no sólo por afecto, a fin de refutar su perversa

38. *Oikeîos* exige claramente el mismo término que aparece en Ga 6, 10 (donde aparece unido a *têsísteos*).

39. Para el sentido de este término, cf. nota 43 del capítulo V.

40. Este término debe quizás entenderse en un sentido más amplio, incluyendo el concepto de la misericordia ejercitada con el prójimo.

41. Ga 6, 11-12.

42. Rm 16, 22.

43. En el caso de la *Epístola a los Gálatas.*

opinión. Era acusado de acciones en las que nada tenía que ver, se decía que predicaba la circuncisión y que, sin embargo, fingía no predicarla, por eso se vio obligado a escribir la carta de su propia mano, como un testimonio escrito anticipado. A mi parecer, con la expresión: *Con qué grandes letras*, se refiere, no a la magnitud, sino al aspecto informe de las letras, como si dijera: «aunque no estoy en condiciones de escribiros mejor, sin embargo, me vi obligado a hacerlo de mi propia mano, de modo que pudiera cerrar la boca de los calumniadores».

Los objetivos de los que sostienen la circuncisión

Cuantos desean adquirir importancia con la carne, ésos os obligan a circuncidaros, sólo para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo. Pues ni los circuncidados mismos observan la ley, sino que desean que vosotros os circuncidéis a fin de vanagloriarse en vuestra carne [44]. Manifiesta ahora que éstos [45] aceptan aquello [46] no por propia voluntad, sino obligados, por lo que les ofrece la oportunidad de rectificar, casi justificándolos y exhortándolos a abandonar rápidamente esa actitud.

¿Qué significa la expresión: *Adquirir importancia con la carne*? Ser estimado entre los hombres. Los judíos les reprochaban estar apartados de las costumbres paternas, y para no ser acusados de eso, -dice- desean corromperos con el fin de justificarse ante aquéllos a

44. Ga 6, 12-13.
45. Los Gálatas.
46. La circuncisión.

través de vuestra carne. Lo afirmaba y señalaba que no actuaban así por Dios. Como si dijera: lo sucedido no tiene una motivación religiosa, muy al contrario, acontece por ambición humana, por complacer a los infieles, ya que los fieles, golpeados, prefieren ofender a Dios y complacer a los hombres. Esto es lo que significa: *Adquirir importancia con la carne*.

Seguidamente señala que su actitud no tiene justificación alguna, por lo que de nuevo les hace reproches[47], no sólo por buscar complacer a otros, sino también por actuar así por propia vanagloria. Por esto añadió: *A fin de vanagloriarse en vuestra carne*, con el fin de tener discípulos y ser ellos maestros. ¿Cuál es la prueba? *Ni ellos mismos observan la ley*. Si la observaran, merecerían ser acusados, ahora bien, incluso su propósito está corrompido.

La gloria y el poder de la cruz

Para mí no haya otro motivo de gloria si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo[48]. La realidad de la cruz parece algo vergonzoso, pero sólo en el mundo y entre los incrédulos, ya que en el cielo y entre los creyentes es una gloria y una gloria grandísima. Ser pobre, en efecto, parece algo vergonzoso, mas para nosotros es un motivo de orgullo; ser despreciado es para muchos algo que provoca risa, nosotros, en cambio, nos gloriamos en ello. Para nosotros, efectivamente, la cruz es motivo de gloria. No dijo: «yo no me glorío», o, «no quiero gloriarme», sino: *Para mí no haya otro mo-*

47. Se refiere siempre a la circuncisión.
48. Ga 6, 14.

tivo de gloria, como si rechazara algo por insólito e invocase la ayuda de Dios para conseguirlo. ¿Qué es la gloria de la cruz? Que Cristo por mí tomó la forma de siervo [49], y cuanto sufrió lo sufrió por mí, un esclavo, un enemigo, un ingrato, y así fue su amor, hasta al punto de entregarse por mí. ¿Podría existir algo semejante? Si los siervos se sienten orgullosos porque sus amos, que tienen su misma naturaleza, los alaban, ¿cómo no hemos de gloriarnos cuando el Señor, el verdadero Dios, no se avergüenza de la cruz por amor nuestro?

4. No nos avergoncemos nosotros, por consiguiente, de su inefable protección. Él no se avergonzó de ser crucificado por ti, ¿y tú te avergüenzas de reconocer su protección infinita? Es como si un prisionero que no se avergonzara de su rey, después de que éste se presentara en la cárcel y él mismo desatara sus cadenas, luego se avergonzara de él. Es una necedad sin límites; es necesario sobre todo vanagloriarse por esto mismo[50].

Por medio de la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo [51]. Habla ahora del mundo, no del cielo ni de la tierra, sino de las cosas temporales, de la alabanza que proviene de los hombres, del fasto, de la gloria, de la riqueza y de cosas semejantes aparentemente espléndidas. Esto está muerto para mí. Es preciso que el cristiano sea así, que siempre divulgue esta palabra. No le bastó el primer tipo de muerte y añadió otro diciendo: *Yo para el mundo*. Alude a una doble muerte y dice: aquellas cosas están muertas para mí y yo para ellas; no pueden atraparme ni someterme

49. Cf. Flp 2, 7.
50. Por la cruz.
51. Ga 6, 14.

porque de una vez para siempre han muerto, ni yo puedo desearlas porque también yo estoy muerto para ellas. No existe nada más bienaventurado que esta muerte, pues éste es el fundamento de la vida bienaventurada.

Ni la circuncisión ni la incircuncisión pueden algo, sino una nueva creación. Y cuantos se ajustan a esta regla, la paz y la misericordia será sobre ellos y sobre el Israel de Dios [52].

¿Ves a qué altura lo ha elevado la fuerza de la cruz? No sólo destruyó para él todas las cosas del mundo, sino que incluso lo colocó en un lugar más elevado que el antiguo modo de vida. ¿Qué puede igualarse a este poder? La cruz persuadió al que iba a morir e iba a causar la muerte a otros por la circuncisión, a que, después de permitirla de igual modo que la incircuncisión, buscara nuevas y extraordinarias realidades que trascendieran los cielos.

La nueva vida del cristiano

Por el pasado y el futuro, llama «nueva creación» a este nuestro [53] modo de vida: por el pasado, porque nuestra alma, envejecida por el pecado, fue renovada de súbito por el bautismo, como si fuera regenerada de nuevo, motivo por el cual, reclamamos una vida nueva y celeste; por el futuro, porque el cielo, la tierra y toda la creación pasarán a un estado de incorruptibilidad jun-

52. Ga 6, 15-16.

53. En lugar de *hymâs*, presente en PG 61, 679, sigo la lectura *hemâs* del cod. Vat. gr. 551 y la también citada edición de Savile, p. 762 y de Field, p. 100.

tamente con nuestros cuerpos. No me digas –afirma– que la circuncisión no tiene ningún poder, ¿cómo será manifiesta cuando todo esté hasta tal punto transformado? Busca las nuevas realidades de la gracia. Quienes las persiguen, gozarán de la paz y de la bondad divina, y podrían ser llamados con toda propiedad con el nombre de Israel. En cambio, los que actúan de forma contraria, aunque fuesen sus descendientes y llevaran este nombre, han sido excluidos tanto del parentesco con Israel cuanto del nombre de Israel. Efectivamente, pueden ser israelitas en sentido propio los que observan esta regla [54], los que se apartan de lo antiguo y persiguen la gracia.

Exhortación final de Pablo

De ahora en adelante, que nadie me dé motivos de sufrimiento [55]. No dice estas palabras como el que está cansado y extenuado. ¿Cómo podría desfallecer y ahora venirse abajo el que escogió hacer y sufrir todo por los discípulos, el que dijo: *Insiste a tiempo y destiempo* [56], y *No sea que Dios les conceda el conocimiento de la verdad y vuelvan en sí libres del lazo del diablo* [57]? ¿Por qué lo dice? Para apartar su ánimo negligente, infundirles un temor mayor, consolidar las leyes dadas e impedir que las alteren constantemente.

Yo llevo en mi cuerpo las señales de nuestro Señor Jesucristo [58]. No dijo: «tengo», sino: *llevo*, como el que

54. Cf. Ga 6, 16.
55. Ga 6, 17.
56. 2 Tm 4, 2.
57. 2 Tm 2, 25-26.
58. Ga 6, 17.

se enorgullece por los trofeos o las insignias reales, aunque éstas [59], de nuevo, parezcan un motivo de deshonor. Sin embargo, él se enorgullece de sus heridas, y como los soldados condecorados, él se regocija en llevarlas.

¿Por qué lo dice? Pretende decir: con estas heridas me defiendo más claramente que con cualquier discurso o cualquier palabra. Alzan la voz, con un sonido más alto que la trompeta, contra los que se oponen y afirman que yo finjo la doctrina y hablo a fin de complacer a los hombres. Si alguno viera a un soldado que abandona el campo de batalla ensangrentado y con innumerables heridas, no lo juzgaría de cobardía y de traición ya que lleva en su cuerpo la prueba de su coraje. De la misma forma, –dice el apóstol–, es preciso enjuiciarme. Si alguno quiere escuchar mi defensa y conocer mi ánimo, observe las heridas que ofrecen una mejor demostración que estas palabras y escritos [60]. Al comienzo de la Epístola, y en función de su repentina transformación, probó claramente la sinceridad de su ánimo; al final de la carta, lo probó en función de los peligros derivados de esa transformación. Para que nadie dijese que cambió con una recta intención, pero que no permaneció fiel a ese propósito, presenta testigos de que soportó fatigas, peligros y golpes.

Se hubo defendido con precisión de todo esto y demostró que no dijo con ira y odio nada de cuanto dijo, sino que conservaba un afecto inalterable con respecto a ellos, por lo que, de nuevo, afirma eso mismo, concluyendo el discurso con una plegaria rebosante de innumerables bienes con las palabras: *La gracia de nues-*

59. Se refiere a las heridas de Pablo.
60. Es decir, que la misma carta paulina.

tro Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu, hermanos. Amén [61]. Con esta última frase selló todo lo dicho anteriormente. No dijó simplemente «con vosotros», como en otras ocasiones, sino *Con vuestro espíritu*, para apartarles de lo carnal, mostrarles la omnipresente voluntad de Dios y recordarles la gracia que disfrutaron y gracias a la cual él pudo apartarles de todo error judaico. Recibir el Espíritu no competía a la pobreza de la ley, sino a la justicia según la fe [62]; poseerlo, después de haberlo recibido, dependía no de la circuncisión, sino, una vez más, de la gracia. Concluyó la exhortación con una plegaria para recordarles la gracia y el espíritu, al mismo tiempo, y llamándoles hermanos, suplica a Dios que éstos gocen constantemente de esos bienes, fortificando a los hombres de dos formas, como un doble muro, ya que la misma expresión [63] era una plegaria y una enseñanza que comprendía todo lo dicho: la enseñanza, que les recordaba de cuántos bienes habían gozado, les retenía en la doctrina de la Iglesia; la plegaria, que invocaba la gracia y la invitaba a permanecer con ellos, no permitía que el Espíritu los abandonase. Si permanecía en ellos, el engaño que procede de doctrinas semejantes sería arrojado como el polvo, en Cristo Jesús nuestro Señor, para quien sea la gloria y el poder juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

61. Ga 6, 18.
62. Cf. Ga 3, 2.
63. Juan Crisóstomo se refiere siempre a Ga 6, 18.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
6, 17ss.: 95.
12, 3: 107.
12, 7: 114.
18, 14: 137.
18, 18: 107.
21, 10: 138.
22, 10: 59.
22, 18: 112.

Éxodo
16, 15: 170.
20, 13: 160.
20, 15: 160.

Levítico
18, 5: 110.
23, 24: 26.

Números
15, 32ss.: 47.
25, 8: 59.
29, 1-6: 26.
31, 30-47: 169.
35, 2ss.: 169.

Deuteronomio
5, 17: 160.
5, 18: 160.
18, 15: 93.
21, 23: 111, 112.
27, 26: 108, 111, 112.

1 Samuel
15, 33: 59.
20, 4: 157.

2 Samuel
6, 6ss.: 47.

1 Reyes
18, 40: 59.

Salmos
42 (41), 2: 157.
63 (62), 2: 96.
84 (83), 3: 157.

Proverbios
26, 12: 58.

Eclesiástico
18, 30: 157.

Isaías
5, 21: 58.
29, 16: 114.
49, 15: 114.
53, 9: 112.
54, 1: 137, 139.

Jeremías
13, 1 ss.: 114.
18, 2: 114.

Oseas
1, 2: 114

Habacuc
2, 4: 110.

Malaquías
2, 7: 50.

Mateo
1, 21: 35.
4, 18ss.: 28.
5, 22: 99.
7, 1: 49.
10, 10: 169.
11, 30: 155.
15, 16: 24.
16, 16: 82.
16, 17: 24.
16, 18: 24.
16, 19: 82.
16, 22: 82.
16, 23: 24.
17, 4: 82.
18, 12: 97.
20, 15: 101.
23, 2-3: 49.
25, 1ss.: 173.

Marco
3, 17: 31.

Lucas
10, 7: 169.
10, 22: 57.
14, 16ss.: 97.
16, 19ss.: 173.
16, 29.31: 50.
18, 11: 168.

Juan
1, 1: 31, 34.
2, 19: 33.
3, 16: 36, 96.
4, 27: 24.
4, 31: 24.
5, 16: 149.
5, 17ss.: 32.
5, 18: 32.
8, 33: 107.
8, 44: 151, 158.
10, 18: 33.
16, 15: 42.
17, 1: 57.
17, 3: 117.
17, 4: 57.
17, 10: 43.
17, 11: 38.
17, 15: 38.
19, 25: 66.
21, 4ss.: 83.

Hechos
2, 32-33: 83.
5, 1ss.: 100.
5, 15: 33.
6, 5: 61.
6, 13: 149.
9, 4 ss.: 28.
9, 15: 57.
9, 18: 28.
9, 20ss.: 63.
9, 23: 63.
9, 30: 65.
10, 28: 89.
11, 2ss.: 89.
11, 26: 61.
13-14: 65.
13, 2: 29.
15, 1-2: 61.
15, 2: 61, 62, 70.

15, 22: 61.
15, 22ss.: 89.
15, 41: 65.
16, 3: 75, 148.
16, 6: 23.
20, 17: 29.
20, 28: 29.
20, 31: 132.
21, 20ss.: 26.
21, 20-21: 71.
21, 20.24: 65.
21, 26: 85.
21, 28-29: 149.

Romanos
1, 20: 159.
2, 25: 80.
3, 3-4: 97.
3, 23: 95, 109.
4, 3ss.: 107.
6, 6: 94.
8, 2: 92.
8, 7: 38.
8, 8: 158.
8, 9: 158.
8, 15: 124.
8, 32: 96.
10, 3: 119.
10, 15: 159.
10, 17: 159.
12, 16: 58.
15, 20: 67.
15, 25: 81, 88.
15, 25-28: 81.
15, 26-27: 88.
16, 22: 174.
16, 25: 45.

1 Corintios
2, 14: 158.
3, 2: 104.
3, 9: 26.
4, 3: 52.
4, 21: 24.
5, 6: 147.
7, 5: 72, 73.
7, 6: 73.
7, 7: 73.
7, 40: 71.
8, 6: 30, 117.
9, 7: 113.
9, 11: 170.
9, 14: 169.
9, 26: 70.
12, 28: 29.
15, 8-9: 63.
15, 10: 28.
15, 11: 51.
16, 1ss.: 81

2 Corintios
5, 12: 51.
5, 17: 74, 75.
8-9: 81.
11, 3: 85.
11, 23: 53.
11, 32: 63, 64.

Gálatas
1: 13.
1, 1: 30.
1, 1-3: 23.
1, 4: 14, 35, 36, 40.
1, 5: 40.
1, 6: 41, 43, 99, 132.
1, 6-7: 16, 44.
1, 7: 45, 131.
1, 8: 49, 142.
1, 9: 50.
1, 10: 51.
1, 11-12: 54.
1, 13: 55.

1, 14: 35, 55.
1, 15-16: 9, 56.
1, 17: 58, 62.
1, 18: 64, 65.
1, 19: 65.
1, 20: 67.
1, 21: 65, 67.
1, 22-23: 67.
1, 24: 68.
2, 1-2: 69.
2, 2: 69, 71.
2, 3: 72.
2, 4: 72, 74.
2, 5: 74.
2, 6: 76, 77, 83.
2, 7: 77.
2, 8: 78.
2, 9: 26, 77, 79.
2, 10: 80.
2, 11: 66.
2, 11-12: 82.
2, 13: 85.
2, 14: 86, 88.
2, 15: 87.
2, 16: 88.
2, 17: 89, 91, 92.
2, 18: 92.
2, 19: 12, 92, 93.
2, 20: 85, 94, 95.
2, 21: 97.
3, 1: 24, 99, 101, 102, 146.
3, 1.3: 150.
3, 2: 102, 181.
3, 3: 24, 103.
3, 4: 16, 42, 104.
3, 5: 105.
3, 6: 106.
3, 7: 107, 121.
3, 8: 107, 108.
3, 9: 109.
3, 10: 108, 109.
3, 10-11: 109.
3, 12: 110.
3, 13: 111.
3, 14: 112.
3, 15: 113.
3, 16-18: 115.
3, 19: 115, 116, 117.
3, 20: 117.
3, 21: 118, 119.
3, 22: 118, 119.
3, 23: 120.
3, 24: 11, 120.
3, 24-25: 35.
3, 25-26: 120.
3, 26: 122.
3, 27: 121, 122.
3, 28: 122.
3, 29: 122.
4, 1-3: 123.
4, 4: 139.
4, 4-5: 124.
4, 6-7: 124.
4, 8-9: 125, 132.
4, 10: 46, 125.
4, 11: 85, 126.
4, 12: 126, 127.
4, 12-14: 128.
4, 14: 129.
4, 15-16: 129.
4, 17: 130.
4, 18: 130.
4, 19: 25, 97, 131.
4, 20: 27, 131, 132.
4, 21: 133.
4, 22: 133.
4, 23: 134.
4, 24: 135.
4, 25: 135, 136.
4, 26: 136.
4, 27: 137.

4, 28: 137.
4, 29-30: 138.
4, 31: 139.
5, 1: 141, 142.
5, 2: 25, 48, 75, 90, 142.
5, 3: 143.
5, 4: 25, 105, 106, 144.
5, 5: 145.
5, 6: 80, 145, 146.
5, 7: 146.
5, 8: 146.
5, 9: 147.
5, 10: 43, 147, 150.
5, 11: 148, 149.
5, 12: 150.
5, 13: 153, 154.
5, 14: 155.
5, 15: 155.
5, 16: 156.
5, 17: 157.
5, 17ss.: 15, 152.
5, 18: 160.
5, 19: 162.
5, 19-21: 161.
5, 22: 162.
5, 22-23: 163.
5, 24: 163.
5, 25: 164.
5, 26: 164.
6, 1: 165, 166.
6, 2: 166, 169.
6, 3: 167.
6, 4: 167, 168.
6, 5: 169.
6, 6: 169.
6, 7-8: 18, 171.
6, 9: 171.
6, 9-10: 172.
6, 10: 174.
6, 11-12: 174.
6, 12-13: 175.
6, 14: 176, 177.
6, 15-16: 178.
6, 16: 179
6, 17: 25, 179.
6, 18: 181.

Efesios
2, 21: 26.
4, 13: 120.
6, 12: 158.

Filipenses
1, 22: 37.
1, 22-23: 14.
1, 23: 37.
2, 6: 31, 35.
2, 7: 177.

Colosenses
1, 18: 159.
1, 18.24: 166.
3, 5: 94.

1 Tesalonicenses
2, 14: 81.

1 Timoteo
1, 15: 63.
1, 16: 57.
5, 18: 169.

2 Timoteo
2, 25-26: 179.
4, 2: 179.

Tito
2, 14: 96.
3, 5: 35, 43.
3, 10: 150.

Hebreos
1, 3: 31.
5, 12-14: 104.
9, 15ss.: 113.
9, 17: 113.
10, 34: 81.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abraham: 50, 59, 105-110, 112-115, 118, 121, 122, 124, 133, 134, 139, 173.
Acaya: 88.
Agua (bautismal): 94.
Agar: 135, 136, 139.
Agustín: 117.
Alfeo: 66.
Alianza (antigua): 40, 41, 136.
– (nueva): 40, 145.
Alegoría: 135.
Ambrosiaster: 117.
Amistad: 42, 65.
Amor: 7, 12, 24, 42, 55, 56, 65, 82, 96, 127, 132, 144-146, 153-156, 162, 163, 169, 170, 177.
Ananías: 28, 57.
Ananías (marido de Safira): 100.
Anatema: 49, 50.
Andrés (hermano de Pedro): 28
Aniano de Celeda: 7.
Alma: 8, 11, 15, 50, 51, 58, 62, 64, 67, 70, 85, 93-95, 101, 105, 116, 121, 128, 151, 152, 156-160, 162, 163, 166,
Anomeos: 12, 29.
Antiguo Testamento: 37, 44, 46, 107, 114, 133, 134.
Antioquía: 5, 9, 10, 12, 56, 60, 61 70, 82, 83, 84, 85.
Antítesis (obra perdida de Marción): 44.
Arabia: 62, 135.
Arbitrio (libre): 17.
Aretas (rey): 63.
Arrianos: 12, 29, 32, 46, 117.
Asia Menor: 23, 65, 105.

Bernabé: 29, 69, 71, 78, 79, 85.
Bartelink G. J. M.: 154.
Basilio de Cesarea: 117.
Bautismo: 30, 94, 178.
Baur C.: 5, 6, 9.
Beneficios de Dios: 31, 32, 35, 41, 100, 103, 123.
Boularand E.: 117.

Caridad: 9, 34, 56, 171, 173.
Carne: 15, 37-39, 56, 58, 60, 62, 67, 95, 103, 104, 115, 128, 134, 135, 138, 162, 174, 175, 176.
Cefas: 79.
Cilicia: 65, 67, 68.
Cioffi A.: 7.
Cipriano: 100.
Circuncisión: 26, 27, 467, 48, 61, 68, 70-73, 75-85, 89, 90, 104, 125, 132, 143, 145, 148, 149, 155, 164, 175, 176, 178, 179, 181.
Clemente de Alejandría: 172
Cleofás: 66.
Condescendencia: 26, 72, 73, 75, 78, 168.

Conversión (de Pablo): 53, 54, 56.
Cuerpo: 13, 15, 18, 33, 39, 46, 93, 104, 134, 151, 152, 156-159, 162, 166, 167, 172, 179, 180.
Constantinopla: 5, 6, 9, 105.
Creación (libro de la): 133.
Cristo (ley de C.): 166.
– (mediador entre Dios y los hombres): 11, 116, 117.
– (médico): 11, 118.
– (muerte de C.): 10, 32, 97.
– (resurrección de C.): 32, 33, 41, 83.
– (revestirse de C.): 16, 90, 121, 124, 145.
– (sacrificio redentor de C.): 11, 96.
Cruz: 8, 32, 41, 82, 102, 113, 149, 175, 176, 177, 178,

Damasco: 62.
Degen H.: 18.
Demonio, demonios: 151, 158, 166.
Destino, hado: 17, 48.
Diablo: 43, 100, 158, 179.
Diluvio: 95.
Don divino: 41-43, 106.
Doxología: 41.

Economía de la encarnación: 31, 32
Éfeso: 29, 132.
Encarnación: 31, 32, 124.
Envidia: 100, 101, 164.
Elías: 59.
Epifanio: 44.
Espíritu, Espíritu de Dios, Espíritu Santo: 8, 10-15, 24, 29, 30, 35, 58, 62, 69-71, 77, 82, 92, 102, 103, 105, 106, 112, 113, 124, 138, 145, 156, 157, 158, 160-165, 171, 181.
Esteban: 149.
Eunomio: 29, 30.
Eusebio de Cesarea: 34.
Eusebio de Emesa: 8.
Eva: 85.

Fe: 10, 12, 16, 24, 28, 31, 33, 43, 46, 48, 57, 58, 67, 68, 81, 82, 88, 91, 92, 95, 99, 100, 102, 103, 105-114, 116, 118, 119-121, 132, 134, 142, 144-146, 159, 172, 183.
Ferrari A. : 5.
Festugière A. J.: 5.
Field F.: 19, 81, 116, 130, 155, 157, 167, 168, 178.
Filosofía: 12, 153, 162, 174.
Finés: 59.
Fuente bautismal: 138.

Génesis: 133.
Gifford S. K.: 23.
Gnilka J.: 31.
Gori F.: 117.
Gracia: 10, 11, 15, 23, 25, 34, 40, 41, 49, 56, 57, 68, 70, 73, 79, 90, 92, 97, 105-107, 110-113, 120, 124, 127, 142, 144, 145, 153, 161, 174, 179, 180, 181.

Habacuc: 110.
Hairetikòs: 150.
Halkin F.: 5.
Hélade: 137.
Herejes: 29, 36, 46, 117.

Herejías: 154.
Hijo de Dios: 11, 13, 36, 46, 54, 82, 95, 121.
Humildad (de Pablo): 7, 57, 62, 63, 66, 67, 129.

Iglesia: 24, 26, 29, 34, 47, 49, 53-56, 60, 61, 67, 136, 137, 139, 159, 166, 181.
Ireneo: 44.
Isaac: 132, 133, 135, 137, 138.
Isaías: 136, 137.
Isauria: 23.
Isidoro de Pelusio: 6.
Ismael: 134, 135, 138, 139.
Israel: 178, 179.

Jerusalén: 58, 59, 62, 64, 69, 70, 71, 81, 83-85, 88, 89, 72, 90, 102, 136, 150.
Joppe: 89.
Jorge de Alejandría: 5.
Juan: 24, 26-28, 34, 36, 49, 70, 71, 79.
Juliano: 117.
Judaizantes: 9, 17, 31, 42, 91, 101, 125, 132.
Judea: 26, 67, 68, 73, 81.
Justificación: 10, 12, 47, 49, 52, 76, 88, 89, 90, 91, 97, 106-111, 112, 115, 118, 120, 128, 145.

Koinonía: 170.

Lagrange M. J.: 165.
Lavatorio de la regeneración: 35.
Lázaro (el pobre): 50, 173.
Ley: 10-12, 17, 25, 27, 32, 35, 36, 38, 40, 41, 50, 60, 70, 71, 73, 75, 80, 83, 84, 86, 88-95, 97, 99, 102, 103, 104, 106-112, 114-121, 123, 124, 127, 133, 134, 141-144, 146, 148, 149, 152-155, 160, 161, 163, 164, 166, 168, 169, 2754, 176, 181.
Levitas: 169.
Libertad: 12, 47, 74, 106, 138, 139, 141, 142, 150, 153.
Licaonia: 23, 65.
Limosna: 88.
Locher A.: 117.
Lucas: 16, 29, 44, 61.
Lyonnet S.: 66.

Macedonia: 88.
Malingrey A. M.: 154.
Maniqueísmo, maniqueos: 14, 36, 37, 150, 151.
Maná: 170.
Marcelo de Ancira: 34.
Marción, marcionitas: 16, 44.
María de Cleofás: 66.
Mario Victorino: 117.
Mar Negro: 44.
Materia: 14, 37, 105, 150, 151.
Mateo: 45.
Milesios: 29, 132.
Mileto: 29.
Ministerio apostólico: 28, 56-58.
Misericordia: 57, 172-174, 178.
Misterio: 97.
Mundo: 38, 39, 41, 44, 80, 96, 123, 137, 178.
Montfaucon B. (de): 19, 168.
Moisés: 49, 50, 93, 117.
Moulard A.: 5.

Nabateos: 62.
Naturaleza: 30-39, 58, 96, 137,

138, 152, 158, 162, 177.
Nicolás: 61.
Novacianos: 16, 105.
Nuevo Testamento: 44, 134, 150, 169.

Ojos de la fe: 102, 116.
– del ánimo: 46, 116.
Ohleyer L. J.: 122.
Orígenes: 8, 32, 100, 117.
Orontes: 61.
Oseas: 114.
Oveja (parábola de la oveja perdida): 97.
Oza: 47.

Paz: 34, 41, 162, 163, 178, 179.
Paflagonia: 23.
Palestina: 54, 81.
Panfilia: 23, 65.
Pablo (y Cristo): 8, 23, 50.
Palabra (de Dios): 62, 134.
Parrhesía: 106.
Pasquato O.: 5.
Pecado, pecados: 10, 11, 35, 36, 39, 40-42, 47, 63, 87, 91, 94, 95, 97, 101, 117-119, 131.
Penitencia: 16, 105.
Pedro: 24, 26-28, 64-67, 69, 70, 78-90, 100, 103.
Pisidia: 23.
Pneuma: 15.
Pobreza: 171, 181.
Prefiguración: 134, 135, 136, 138.
Plegaria: 180, 181.
Proclo: 5.
Puech H. C.: 151.

Redención: 11, 41.
Reino de Dios: 90, 161.
Riqueza: 100, 137.

Sabelianismo: 34.
Safira: 100.
Samaritana: 24.
Samuel: 59.
Santiago (hijo de Alfeo): 66.
Santiago (hijo de Zebedeo): 28, 66.
Santiago (hermano del Señor): 26, 27, 49, 65, 66, 79, 82, 85.
Sara: 134-137, 139.
Savile H.: 19, 168, 178.
Scarpat, G.: 106.
Schlier H.: 62.
Seleuco Nicátor: 61.
Siervo (de Cristo): 51
Silas: 61.
Simon M.: 10.
Simonetti M.: 30, 117.
Sinagoga: 137, 139.
Sinaí: 135, 136.
Sínope: 44.
Siria:13, 37, 44, 67, 68.
Spicq C.: 150.
Staab K.: 8.
Swete H. B.: 117.

Teodoreto : 117.
Teodoro de Mopsuestia: 117.
Tertuliano: 44.
Tercio: 174.
Tesoros de los cielos: 172.
Tesoro de la sabiduría: 60.
Timoteo: 75, 148.
Tipología: 139.
Tito: 69, 71, 72, 77, 78.
Trasgresión: 11, 79, 110, 112, 116, 131.

Turquía: 23.

Unigénito (Hijo): 36, 54.

Vanagloria: 25, 49, 55, 164, 168, 169, 175, 176.
Verbo (divinidad del): 31.
Viciano A.: 5.
Vírgenes (parábola de las): 173.
Vida presente: 14, 37, 38, 39.
Voluntad: 8, 13, 14, 16, 26, 36, 38, 40, 41, 81, 94.

Zebedeo: 28, 166.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
1. Juan Crisóstomo y san Pablo 5
2. La estructura del comentario 8
3. Ley y fe 10
4. Aspectos polémicos 12
5. El lenguaje 17

Juan Crisóstomo
COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS

CAPÍTULO I 23
Pablo sobre las huellas de Cristo 23
Razones de la composición de la carta 25
Vocación de Pablo 27
Polémica antiarriana 29
El beneficio divino 31
De nuevo contra los arrianos 32
Polémica antimaniquea 36
Antigua y Nueva Alianza 40
Los marcionitas y los evangelios 44
Preservar la verdad de toda alteración 45
Contra los usos judíos y paganos 48
Sabiduría de Pablo 49
La defensa de Pablo 52
La conversión de Pablo 54
La llamada de Dios 56
Origen divino del ministerio apostólico de Pablo 58
Fervor apostólico de Pablo 62

La visita a Pedro 64
Nobleza y humildad de Pablo 66

CAPÍTULO II 69
El viaje de Pablo a Jerusalén 69
Condescendencia de Pablo y de los apóstoles 72
La comunión entre Pablo y los apóstoles 78
El cuidado de los pobres 80
El incidente de Antioquía 82
Ley y fe 88
Polémica antijudaizante 90
La muerte en la ley y la vida en Cristo 92
Universalidad del sacrificio redentor de Cristo .. 96

CAPÍTULO III 99
El justo reproche de Pablo 99
La envidia 101
La fuerza de la fe 102
Carne y Espíritu 103
Invitación a la esperanza 104
Ley y fe. El ejemplo de Abraham 105
De la fe procede la bendición 108
La justificación por la fe 109
Cristo nos rescató de la maldición de la ley 111
El lenguaje de la Escritura 113
Función y límites de la ley 115
Pedagogía de la ley 120
La filiación con Dios y la asimilación a Cristo .. 121

CAPÍTULO IV 123
Los elementos del mundo 123
Temor y esperanza 126
El ejemplo de Pablo 126
Pablo y los Gálatas 128
Celos buenos y malos 130
Solicitud apostólica de Pablo 131
Los hijos de Abraham 133

Los dos Testamentos 135
La Iglesia, figura de la Jerusalén celeste 136

CAPÍTULO V 141
Cristo liberador 141
La cohesión interna de las distintas partes de la ley 143
Fe y amor 144
Angustia y confianza en la ayuda divina 146
Pablo y la circuncisión 148
Contra los maniqueos: la materia no es mala 150
El amor, medida de la libertad cristiana 153
El alma y la carne 157
Armonía y servicio mutuo entre alma y cuerpo .. 159
Ley y Espíritu 160
Las obras de la carne y el fruto del Espíritu 161
El amor, maestro de la filosofía 163

CAPÍTULO VI 165
La corrección fraterna 165
Tolerancia y comprensión mutua 166
Examinarse, antes que nada, a sí mismos 167
El cuidado de los maestros 169
La siembra y la cosecha 171
Ejercer la caridad mientras haya tiempo 173
La solicitud de Pablo 174
Los objetivos de los que sostienen la circuncisión 175
La gloria y el poder de la cruz 176
La nueva vida del cristiano 178
Exhortación final de Pablo 179

ÍNDICE BÍBLICO 183
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 189

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.